

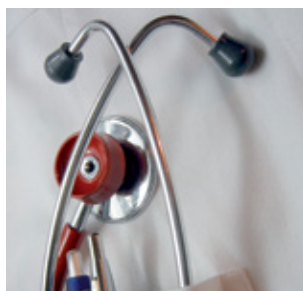


CENTRO DE
POLÍTICAS
PÚBLICAS UC

TEMAS DE LA AGENDA PÚBLICA

Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2011 «Una mirada al alma de Chile»

Seminario 5 de enero, 2012



Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2011 «Una mirada al alma de Chile»

Seminario
5 de enero, 2012

ÍNDICE

Prólogo

FRANCISCA ALESSANDRI, Coordinadora Encuesta Bicentenario UC-Adimark. 5

Exposiciones

1. Chile contingente

Conflicto y crisis de expectativas: la necesidad de un pacto social 7
RODRIGO MARDONES, Director del Instituto de Ciencia Política UC.

Comentario

PATRICIO NAVIA, académico de la Universidad Diego Portales. 12

ROBERTO IZIKSON, Director de Estudios, Secretaría de Comunicaciones, 16
Ministerio Secretaría General de Gobierno.

2. Familia, maternidad y crianza

Familia, maternidad y trabajo: hacia la corresponsabilidad social 18
PAULA BEDREGAL, académica de la Escuela de Medicina UC.

Comentario

SOLEDAD ARELLANO, Subsecretaria de Evaluación Social, Ministerio 24
de Desarrollo Social.

VERÓNICA GUBBINS, Directora del Magíster en Psicología Educacional, 25
Universidad Alberto Hurtado.

3. Los chilenos y la Iglesia

La Iglesia Católica en la opinión pública: balance de una década 29
EDUARDO VALENZUELA, Director del Instituto de Sociología UC.

Comentario

SOL SERRANO, académica del Instituto de Historia UC. 37

MONS. CRISTIÁN CONTRERAS, Obispo Auxiliar de Santiago 39

4. Chile y sus vecinos

Chile y sus relaciones vecinales 43
JUAN EMILIO CHEYRE, Director del Centro de Estudios Internacionales UC.

Comentario

EUGENIO TUMA, Senador de la República. 51

JOSÉ RODRIGUEZ ELIZONDO, Director del Programa de Relaciones 54
Internacionales de la Facultad de Derecho, Universidad de Chile.

Prólogo

La Encuesta Nacional Bicentenario 2011 es la primera versión de la segunda etapa del proyecto que la Pontificia Universidad Católica de Chile en conjunto con Adimark /GfK iniciara en 2006, como una instancia de análisis y reflexión sobre las grandes tendencias que configuran la sociedad chilena del Bicentenario.

Las ya seis versiones de este sondeo, que abarca una muestra probabilística anual de más de dos mil respuestas efectivas, han permitido obtener datos invaluable sobre las inquietudes, percepciones, creencias y temores de los chilenos.

La encuesta de este año, como los estudios anteriores, incluyó temas tanto nuevos como permanentes, agrupados en cinco capítulos: Chile contingente; Familia, maternidad y crianza; Religión; Nación y sociedad. Especialmente interesante resulta la comparación con sondeos hechos hace 40 años por Eduardo Hamuy, profesor de sociología de la Universidad de Chile, al replicar en la encuesta de este año algunas de las preguntas que el sociólogo realizara en la década de los 60 y 70.

Los resultados de la Encuesta Nacional Bicentenario 2011 han sido ampliamente difundidos y analizados gracias al valioso apoyo de El Mercurio y Canal 13.

Especial interés tuvo el seminario “Una mirada al Alma de Chile 2011”, realizado el 5 de enero de 2012, en el cual se realizaron cuatro paneles con la presencia de académicos, autoridades y actores relevantes del ámbito público y privado, cuyas presentaciones y comentarios se publican en el presente documento.

En el panel “Chile Contingente”, el análisis se centró en aquellos datos de la encuesta que reflejan una ciudadanía menos optimista y con una profunda desconfianza de las instituciones, lo que ha sido caracterizado como crisis de las expectativas. Frente a esto, el autor de la ponencia y los comentaristas debatieron entre la necesidad de una respuesta de fondo –un nuevo pacto social– para evitar una crisis institucional profunda y medidas más acotadas que mejoren las oportunidades de los chilenos.

Respecto del panel “Familia, maternidad y crianza”, la discusión se centró en aspectos relativos al cuidado de los niños, principalmente hasta el primer año de vida, tarea que

se observó como prioritaria para las madres, quienes presentan una baja tasa de participación laboral, decreciente a menor nivel socioeconómico. Se destacó el desafío de avanzar hacia una mayor corresponsabilidad social que permita a las mujeres con hijos pequeños integrarse a la fuerza laboral por los múltiples beneficios que esto trae. Esto requiere de una oferta laboral más flexible pero también que el Estado asuma una función importante en la labor de cuidado, para lo que es necesario trabajar en la confianza hacia las instituciones que cumplen tales tareas, como las salas cuna y los jardines infantiles.

En el panel “Los chilenos y la Iglesia” se analizó la creciente desinstitucionalización de la religión en Chile, debido a la creciente desconfianza que –principalmente los católicos– declaran frente a la Iglesia Católica, lo que presenta grandes desafíos, especialmente ante un aumento sostenido de los no creyentes.

Respecto de “Chile y sus vecinos”, el debate se centró en la necesidad de construir confianzas con los países fronterizos y profundizar la información que la ciudadanía tiene respecto de temas cruciales en materia de política exterior, falencias que se evidencian en los altos porcentajes de chilenos que, según el estudio, no parecen favorecer relaciones de mayor integración con los países vecinos.

Las ponencias y los comentarios que presentamos en esta publicación representan un valioso análisis de los datos entregados por la Encuesta Nacional Bicentenario 2011 y constituyen un gran aporte a la comprensión de las grandes tendencias de la sociedad chilena.

FRANCISCA ALESSANDRI

COORDINADORA

ENCUESTA NACIONAL BICENTENARIO
UNIVERSIDAD CATÓLICA-ADIMARK

Conflicto y crisis de expectativas: la necesidad de un pacto social

RODRIGO MARDONES

Director del Instituto de Ciencia Política UC

La contingencia política del año 2011 estuvo marcada por la incidencia del movimiento estudiantil. Aunque el diseño de la Encuesta Nacional Bicentenario no indaga de modo preferencial sobre el tema educacional, su aplicación en terreno se realizó entre el 20 de junio y el 29 de julio de 2011, esto es, cuando el movimiento escalaba en intensidad, alcanzando su *peak* con el cambio de Ministro de Educación realizado el 18 de julio. En el mismo período (9 de junio), La Polar admitía haber realizado las repactaciones indebidas con sus clientes, las que habían sido denunciadas por el Sernac, lo que representaba la gota que rebalsó el vaso en la percepción de una fuerte asimetría entre grandes empresas y clientes/ciudadanos y de una ausencia del Estado. Al respecto, es ilustrativo que el 58% de los encuestados crean que en los últimos 10 años los empresarios han ganado poder. Por lo mismo, no cabe duda de que los resultados de la Encuesta Bicentenario están permeados por los efectos de esta inédita movilización y del caso La Polar.

Las cifras macroeconómicas de Chile son auspiciosas. Según datos del Banco Central, el actual gobierno comenzó con un desempleo del 9% en marzo de 2010 y a octubre de 2011 descendió al 7,2%. Además, existe equilibrio fiscal e inflación controlada. Aunque la inflación creció de 2,4% en 2010 a 3,6% en 2011, se estima que para 2012 quedará en un rango inferior (entre 2,5% a 3,2%). Por otro lado, el PIB per cápita se sitúa en alrededor de US\$ 15.000 (paridad de poder adquisi-

sitivo), mientras que el crecimiento promedio del PIB en la última década (2000-2010) fue de 3,8% anual, pasando de 1,5% en 2009 a 5,1% en 2010, y a 6,2% en 2011, estimándose una contracción de la economía para 2012 –por efecto de la crisis europea– que llevará la cifra de crecimiento del PIB a un 4,2%¹. El gobierno, por su parte, ha anunciado que en 2011 se logró un récord histórico de inversión extranjera autorizada (US\$ 13.790 millones).

En términos de desigualdad de ingreso, la evolución del coeficiente de Gini ha sido favorable para Chile. Según cifras de la CEPAL (2010, pp. 186-187), este indicador se mantuvo estático en el orden de 0,56 entre 1990 y 2002, mientras que la cifra de 2008 lo redujo a 0,52. Por su parte, la OCDE, en su última medición de fines de la década, lo sitúa en 0,49. Según la CEPAL, en 1990 había cinco países en la región con peor distribución del ingreso que Chile: Brasil, Colombia, Guatemala, Honduras y Nicaragua, “ranking de los peores” que se mantiene estático al 2008, lo que se explica, según la CEPAL, por una leve, pero evidente mejoría hacia una menor concentración del ingreso en la región. En el caso de los países de la OCDE, el Gini de Chile de 0,49 es el peor de todos, aunque también constata una mejoría equivalente a la reportada por la CEPAL.

A pesar de las tendencias correctas de mediano y largo plazo y del auspicioso año 2011, la percepción de la situación económica del país en los últimos dos años se ha

¹ Ver www.bcentral.cl/estadisticas-economicas/series-indicadores/index.htm [accedido el 3 de enero de 2012]. La cifra de inflación y crecimiento para 2011 incluye una estimación para el mes de diciembre pasado. Esta estimación, al igual que la proyección de 2012, aparece en la última Encuesta Mensual de Expectativas Económicas (12 de diciembre de 2011) que realiza el Banco Central, y que se encuentra disponible en el mismo enlace.

mantenido prácticamente en el mismo nivel. En la última encuesta CEP-Chile (noviembre-diciembre de 2011), el 33% la evalúa como mala o muy mala, cifra idéntica a la que se observaba en agosto de 2009 bajo el gobierno de Michelle Bachelet, mientras que el 29% creía que en los próximos 12 meses la situación empeoraría.

El año 2011 marca el nivel más bajo de apoyo que haya tenido un presidente de la república desde el retorno de la democracia, con 23% de aprobación según la última encuesta CEP. Estas cifras son peores a las de su más cercano seguidor, Eduardo Frei, quien a fines de 1999 marcó en la misma encuesta 28% de aprobación y 45% de desaprobación, muy por debajo del rechazo que actualmente genera el Presidente Piñera (62%).

Por otro lado, la Encuesta Bicentenario arroja la existencia de una percepción de violencia latente: solo el 1,3% de los encuestados señala que no existe violencia en el país. El 61,1% cree que sí existe y que ello amenaza con destruir el orden institucional. Otro 28,5% cree que existe violencia, que es importante, pero que no hay que exagerar; y el 8,3% cree que hay violencia, pero producto de pequeños grupos sin importancia.

Al menos en el ámbito económico parece haber una disonancia entre los indicadores más duros y las percepciones y expectativas crecientes de las personas. ¿Qué es lo que está sucediendo entonces? Me inclino por la opinión de varios observadores que constatan la existencia de dos fenómenos relacionados: la crisis o agotamiento tanto del régimen político como del modelo económico. Los resultados de la Encuesta Bicentenario 2011 evidencian este diagnóstico, tanto en una percepción creciente de conflicto y pesimismo en las expectativas económicas y de desarrollo individual, como decrecientes niveles de confianza en las instituciones democráticas, particularmente en los partidos políticos. De manera preocupante, el gobierno parece no entender el alcance de este escenario y es incapaz de proponer medidas de fondo para enfrentarlo.

Percepción creciente de conflicto

La Encuesta Bicentenario exhibe desde 2007 a 2011 un aumento de la percepción de un “gran conflicto” entre gobierno y oposición (aumenta de 69% a 77%). Pero, ¿cuáles son las razones de esta percepción? El sondeo indaga en diversas fuentes tentativas de conflicto o en áreas de política pública que podrían inducirlo: los intereses de Santiago versus las regiones, el tema mapuche

y el histórico clivaje de clases, los que se analizan a continuación uno a uno.

En relación al conflicto entre Santiago y las regiones, la Encuesta Bicentenario arroja que para el 33,1% existe un “gran conflicto”; el 47,5% asegura que se trata de un “conflicto menor” y, finalmente, solo el 16,2% es de la idea de que no existe.

La encuesta también constata una percepción de creciente conflicto entre mapuches y el Estado chileno entre los años 2007 y 2011, que aumenta de 66% a 78%. A pesar de que prima la idea de mantención de la cultura mapuche (72,2% a favor), esto se contradice con el rechazo de la ciudadanía a promover políticas que aseguren esta condición. Por ejemplo, solo el 23% cree el Estado debe favorecer a algunas personas considerando su origen étnico. Por otro lado, solo el 26,6% está de acuerdo con que se otorgue un reconocimiento constitucional al pueblo mapuche. Finalmente, solo el 20,2% cree que los mapuches debieran tener cupos especiales en el Congreso. La sociedad chilena parece no reconocer deuda histórica alguna con el pueblo mapuche, y las políticas de Estado son en parte reflejo de esta posición. Las crecientes expectativas del pueblo mapuche no tienen otro resultado más que el escalamiento del conflicto frente a un gobierno que responde priorizando la represión policial como estrategia.

Finalmente, la Encuesta Bicentenario 2011 señala que la percepción de un gran conflicto entre ricos y pobres descendió, desde el 60% al 55% entre los años 2007 y 2011. Sin embargo, en una segunda lectura que agrega para 2011 la percepción de un “conflicto menor” entre ricos y pobres (33,2%), se llega a que el 88% de los encuestados constata algún tipo de conflicto en este eje.

Questionamientos al modelo económico y social

Para la serie 2007-2011, la Encuesta Bicentenario arroja un innegable escenario de mayor pesimismo sobre el futuro económico de Chile en los próximos 10 años. Las tres dimensiones (desarrollo, pobreza y desigualdad) que se reportan a continuación hacen referencia al año *peak* de mayor optimismo (2009) y al nivel de mayor pesimismo (2011). Ante la pregunta de si se habrán alcanzado cada una de las tres metas que siguen, los porcentajes de acuerdo descienden según se indica:

- a) Ser un país desarrollado: de 71% a 55%.
- b) Eliminar la pobreza: de 50% a 35%.

c) Reducir la desigualdad de ingresos: de 41% a 28%.

La Encuesta Bicentenario muestra desde 2007 que la población cree más posible llegar a ser un país desarrollado (55%), que reducir la desigualdad de ingresos (28%). Es decir, Chile lograría ser un país desarrollado, pero con un alto grado de desigualdad². Lo anterior es consistente con las percepciones de mérito individual para el logro de metas que se encuentran en el sondeo. El escenario de un mayor pesimismo es notorio entre las rondas 2009 y 2011, donde se observan caídas importantes en los porcentajes de encuestados de acuerdo con las proposiciones que se enumeran a continuación:

- a) Un pobre de salir de la pobreza: de 27% a 17%.
- b) Una persona de clase media de llegar a tener una muy buena situación económica: de 49% a 34%.
- c) Un joven inteligente pero sin recursos de ingresar a la universidad: de 52% a 45%.
- d) Cualquier persona de iniciar su propio negocio y establecerse independientemente: de 51% a 43%.
- e) Alguien que tiene un negocio o empresa pequeña de convertirla en una empresa grande y exitosa: de 49% a 40%.
- f) Cualquier trabajador de adquirir su propia vivienda en un tiempo razonable: de 55% a 40%.

Este pesimismo sobre la capacidad del modelo económico y social de generar condiciones para un desarrollo individual incide en la ubicación de las personas en el eje pro mercado versus pro Estado. En la encuesta LAPOP 2010, un masivo 86,7% de los encuestados en Chile prefieren mayores grados de intervención del Estado en la economía (Luna y Zechmeister 2010). Por su parte, la Encuesta Bicentenario exhibe una disminución de 5 puntos porcentuales (de 43% a 38%) en el quinquenio 2006-2011 de quienes favorecen al mercado, mientras aparece un aumento equivalente de 5 puntos porcentuales entre quienes favorecen al Estado (de 25% a 30%). Lo anterior significa que existe una creciente percepción de que el mérito individual juega un rol, pero que el Estado debe responsabilizarse mucho más en la promoción del bienestar de las personas. Es decir, ha habido una leve inclinación hacia el Estado, sin que deje de primar el mercado por sobre el Estado (38% pro mercado, 33% en las posiciones centristas y 30% pro Estado).

Confianza en las instituciones

Según los datos de la Encuesta Bicentenario, la caída en los niveles de confianza en el gobierno es muy notoria, puesto que pasa de 31% en 2006 a 15% en 2011. Es necesario matizar con el hecho de que se compara el primer año de gobierno (luna de miel) de Michelle Bachelet con el segundo año de gobierno de Sebastián Piñera. Comparando “años equivalentes”, en la versión 2010 de la encuesta, el Ejecutivo alcanzaba el 22% de mucho o bastante respaldo, lo que representa una caída de 9 puntos porcentuales en relación a 2006, lo que de todos modos es bastante importante.

Resultan también notorios los mínimos niveles de confianza hacia los partidos políticos y los parlamentarios, que son los peor evaluados entre las instituciones consultadas y que exhiben, además, una tendencia a la baja desde 2006 a 2011 (de 6% a 4% en el caso de los partidos, y de 5% a 3% para los parlamentarios). Esta apreciación es confirmada por la encuesta LAPOP, en la que las diferencias de confianza en las versiones 2006, 2008 y 2010 no tienen una tendencia claramente definida y las mínimas diferencias entre un año y otro están dentro de los márgenes de error (Luna y Zechmeister 2010, p. 91).

En relación a los partidos políticos, lo anterior no es sorprendente sino coherente con lo que ocurre en la mayor parte de las democracias. Según los datos del Global Corruption Barometer 2010 de Transparencia Internacional, estas instituciones son las más frecuentemente percibidas como corruptas. Por región del mundo, solo en los 10 países de África estudiados la policía es percibida como la institución más corrupta. En la región Asia Pacífico, de los 22 países incluidos en el estudio, en 10 casos los partidos reciben la primera opción entre las instituciones más corruptas, repartiéndose el resto entre el parlamento y la policía. En 20 de los 24 países estudiados de Europa, los partidos son las instituciones más corruptas. En tres países europeos (Luxemburgo, Holanda y Noruega) el sector privado es la institución percibida como la más corrupta. En las Américas (incluidos Canadá y EE.UU.) en 9 de los 11 países estudiados los partidos fueron percibidos como los más corruptos, mientras que solo en Venezuela primó la policía y en Perú, el Poder Judicial.

² Según cifras de la OCDE (2011), el porcentaje de personas que vive con menos del 50% de la mediana del ingreso equivalente de hogares alcanza al 18, 9% de la población, con una impresionante reducción de 0,7% anual desde mediados de los 80 hasta fines de la década del 2000.

En el caso de Chile, en una escala de 1 (nada de corrupto) a 5 (extremadamente corrupto) del Global Corruption Barometer, las instituciones chilenas obtienen el siguiente orden, desde la más a la menos corrupta:

- 1° Partidos políticos (4,0)
- 2° Congreso Nacional (3,7)
- 3° Poder Judicial (3,6)
- 4° Servicio civil (3,6)
- 5° Sector privado (3,4)
- 6° Policía (3,1)
- 7° Iglesias (3,0)
- 8° Sistema educacional (3,0)
- 9° ONG (2,9)
- 10° Medios (2,7).

La encuesta LAPOP 2010, por su parte, muestra que en Chile la adhesión a un partido político es la menor del total de 26 países estudiados. De hecho, el 11,6% de los encuestados declara simpatía con un partido. Esto se contrapone con el 66,2% que muestra Uruguay, país que encabeza la lista. En Chile, la simpatía con los partidos pasó de 26,2% en 2006 a 21,1% en 2008, finalizando en 11,6% en 2010 (Luna y Zechmeister 2010, pp. 170-171). Esta negativa percepción con respecto a los partidos y al Congreso es consistente con los resultados de la Encuesta Nacional UDP 2011 y de la Encuesta Bicentenario 2011³.

En relación a este último sondeo, el 44,2% cree que los partidos han perdido poder en esta década. Con todo y a pesar de esta oscura percepción mundial, llama la atención que el 58,1% de los encuestados crea que los partidos son indispensables para gobernar, mientras que el 35,8% responde que no lo son (NS/NR=6,1%). Esta apreciación es curiosa, puesto que dados los bajísimos niveles de confianza hacia los partidos se esperaría una mayor –y no por ello menos peligrosa para la sustentabilidad de la democracia– inclinación ciudadana hacia su prescindencia.

La necesidad de un pacto social

En el año 2009 me correspondió participar en una investigación encargada por la Secretaría General de la Presidencia sobre las condiciones para un pacto social

en Chile (Luna, Mardones y Piñeiro, 2009). El estudio constataba crecientes grados de descontento ciudadano y alienación política, así como intolerables y persistentes grados de desigualdad. Lo anterior se ve confirmado por las preocupantes cifras de participación electoral (en la elección presidencial de 2009 se constató una abstención de 13,9% y solo el 68% de la población en edad de votar inscrita en los registros electorales). Adicionalmente, según la última encuesta CEP, el 78% cree que la democracia funciona regular, mal o muy mal. Finalmente, según la misma encuesta, la Concertación tiene el 54% de desaprobación ciudadana, mientras que la Alianza alcanza el 55%.

Lo más preocupante es que Chile no solo exhibe bajos niveles de confianza en las instituciones, sino que según los indicadores sociales de la OCDE, también tiene un bajísimo nivel de confianza interpersonal. Prueba de ello es que un escuálido 13,4% de los encuestados declara confiar en otras personas; el doble lo obtiene México, con 26%, mientras que el promedio de los países de la OCDE es de 58,6%. El estudio de la OCDE señala que la confianza interpersonal está fuerte y positivamente correlacionada con mayores niveles de equidad de una sociedad.

En 2009 la propuesta de pacto social parecía inviable para un gobierno que se encontraba a pocos meses de finalizar su mandato y para una coalición que abandonaría el control del Poder Ejecutivo después de 20 años. No dejó de aparecer en las entrevistas de este estudio la idea de que tal alternativa solo sería factible para un eventual gobierno de derecha, enfrentado a una avalancha de demandas sociales, tal como finalmente ocurrió con el movimiento estudiantil. Ahora, al inicio de 2012, y con una administración que comienza su segundo tiempo, la posibilidad de articular acuerdos que incorporen amplios sectores políticos y sociales, desempañados en al menos tres pactos (en educación, en reformas políticas, en agenda pro equidad /pacto tributario) es una alternativa que el gobierno debiera considerar seriamente para salir del actual punto muerto, y para pensar siquiera en ser relevado por un nuevo gobierno de la Alianza.

La propia Concertación debiera considerar esta alternativa si es que intenta aspirar a retomar a La Moneda. Ambas coaliciones desearían prevenir la posibilidad más cercana que nunca de un colapso de la “ejemplar” estabilidad del sistema político chileno, amenazado por desafiantes candidaturas antisistémicas que debutaron exitosamente

³ Para un análisis reciente del sistema de partidos en Chile, ver Luna y Mardones (2010).

en la última elección presidencial sumando el 26,2% del electorado. Es perfectamente plausible que una nueva coalición política antisistema pueda levantarse con ímpetu en 2013, forzando una segunda vuelta de incierto resultado con alguna de las dos coaliciones tradicionales: o bien superando el desmejorado 29,6% conseguido por el último candidato de la Concertación, o bien desbancando al candidato de continuidad del actual gobierno, sobrepasando por las demandas sociales y las crecientes expectativas insatisfechas de los indignados locales.

Referencias

- CEPAL**, 2010. *La hora de la igualdad*. Brechas por cerrar, caminos por abrir. Santiago: CEPAL.
- CEP Chile**, 2011. *Encuesta Nacional de Opinión Pública*, N° 64, junio-julio de 2011. Presentación power point disponible en http://www.cepchile.cl/dms/lang_1/doc_4844.html [accedido el 27 de diciembre de 2011].
- ICSO, Universidad Diego Portales**, 2011. *Encuesta Nacional UDP 2011*. Presentación power point disponible en <http://www.encuesta.udp.cl/tag/encuesta-udp-2011/> [accedido el 27 de diciembre de 2011].
- Luna, J.P., Mardones, R. y Piñeiro, R.**, 2009. Condiciones para un pacto social en Chile: disposición de actores. En: De la Fuente, G., Contreras, S., Hidalgo, P. y Sau, J., eds. *Estrategias de desarrollo y protección social*, Vol. 2. Santiago: Gobierno de Chile, Ministerio Secretaría General de la Presidencia.
- Luna, J.P. y Mardones, R.**, 2010. Chile: are the parties over? *Journal of Democracy*, 21 (3), 107-121.
- Luna, J.P. y Zechmeister, E.J.**, 2010. *Cultura política de la democracia en Chile, 2010. Consolidación democrática en las Américas en tiempos difíciles*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile / Vanderbilt University.
- OECD**, 2011. *Society at a glance 2011: OECD Social Indicators*. Disponible en http://www.oecd.org/document/24/0,3746,en_2649_37419_2671576_1_1_1_37419,00.html [accedido el 3 de enero de 2011].
- Transparency International**, 2010. *Global Corruption Barometer 2010*. Disponible en http://www.transparency.org/policy_research/surveys_indices/gcb [accedido el 27 de diciembre de 2011].
- Universidad Católica – ADIMARK**, 2011. *Encuesta Nacional Bicentenario 2011*. Disponible en <http://www.uc.cl/encuestabicentenario/encuestas/2011/index.html> [accedido el 27 de diciembre de 2011].
- Vanderbilt University**. *Latin American Public Opinion Project (LAPOP)*. Rondas 2006, 2008 y 2010, disponibles en <http://www.vanderbilt.edu/lapop/chile.php> [accedido el 27 de diciembre de 2011].

Comentario

PATRICIO NAVIA

Académico de la Universidad Diego Portales

Yo tengo un par de comentarios metodológicos a la encuesta y a la interpretación de resultados, comentarios a algunos resultados y luego mis comentarios a la ponencia de Rodrigo.

Respecto a comentarios metodológicos, quiero subrayar que cómo hacemos las preguntas condiciona las respuestas que recibimos. A mi juicio, la encuesta UC-Adimark tiene un problema que corregir. Segundo, cómo analizamos los datos condiciona también nuestros resultados. Voy a dar un ejemplo, utilizando datos de la encuesta de octubre de 2009 del CEP. En su informe, el CEP nos entrega porcentajes de chilenos que se identifican de centro, de izquierda y de derecha, independientes y ninguno. El 40% se identifica con “ninguno”. La forma como se distribuye esto muestra un país un poco polarizado. Hay muy poca gente de centro. Pero si vamos al cuestionario del CEP y analizamos la base de datos (y aquí paso un anuncio a la Encuesta Bicentenario, las bases de datos no están *online*, podrían hacerlas públicas para todos), vemos que el CEP en esta pregunta tiene cinco categorías, no tres. El CEP pregunta a la gente si son de derecha, de centro-derecha, de centro, de centro-izquierda y de izquierda. Cuando mostramos los resultados de las cinco categorías, el país aparece menos polarizado y mucho mejor distribuido. Aunque todavía con un montón de gente que se identifica como “ninguno”. Ahora bien, en la misma encuesta del CEP, de octubre de 2009, se hizo otra pregunta, usando escala en vez de categorías. ¿En la escala 1 a 10, donde se ubica Ud.? Fijense lo que dice la gente. Ahí el país deja de estar polarizado. De hecho, es un país de gente moderada. El grupo más grande está en el centro (25%) y los “ninguno” disminuyen de 40% a un poco menos de 30%. O sea, si hacemos una mejor pregunta, vamos a obtener

mejores respuestas. Esa es una lección para todos los que hacemos encuestas.

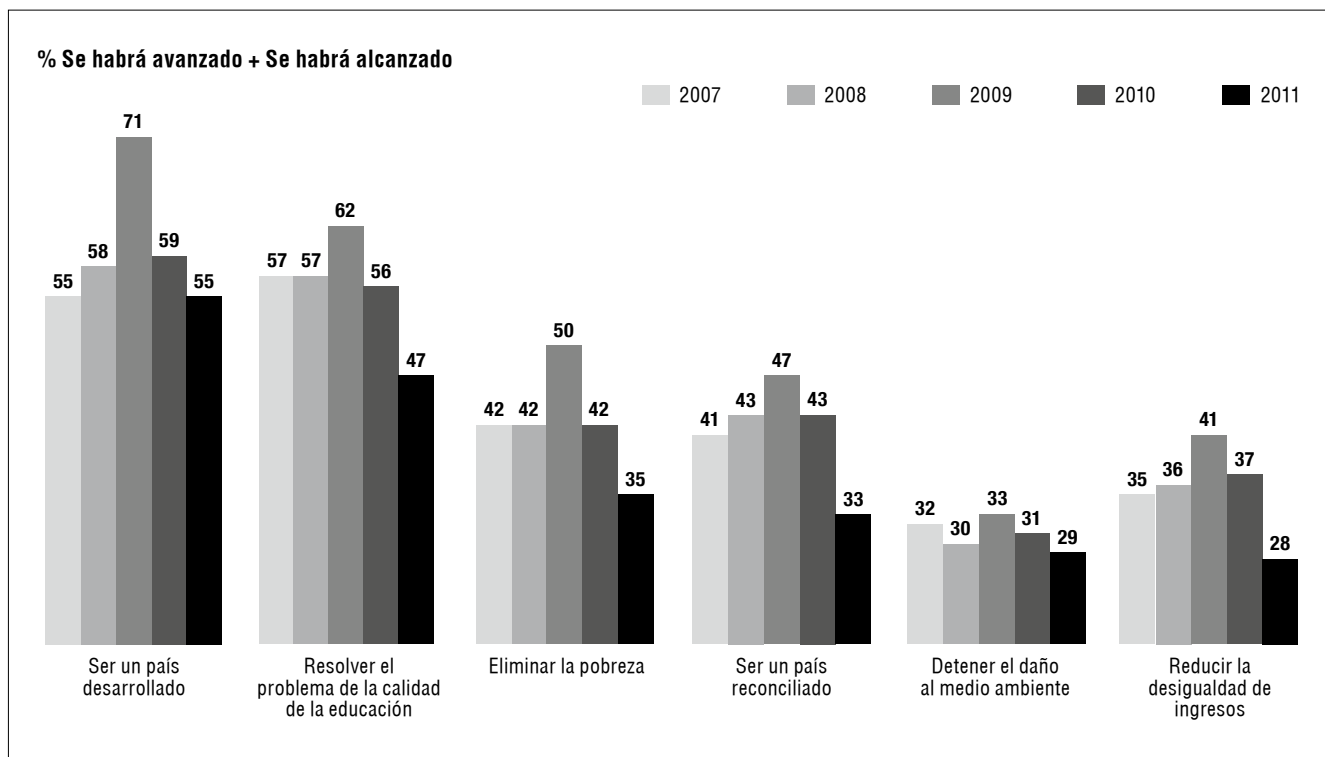
Vamos ahora a la encuesta UC-Adimark. Todos sabemos que la mitad entre 1 y 10 es 5,5. Pero la gente equivocadamente piensa que la mitad entre 1 y 10 es 5 (la mitad entre 0 y 10 es 5). El informe de la encuesta agrupa pro mercado de 1 a 4 y pro Estado de 7 a 10. Yo sugeriría agrupar de 6 a 10 suponiendo que la gente equivocadamente piensa que la mitad entre 1 y 10 es 5 y no 5,5. Eso nos da algunos resultados un poco distintos. 41% está entre 4 y 6, o sea, se acerca a una distribución más o menos normal. 38% se ubica a la derecha de 5 –más mercado– lo que representa una disminución de 5% respecto a 2006, en que era un 43%, y a la izquierda se ubica un 39% (35% en 2006). Hay algunos cambios, pero no son cambios a mi juicio copernicanos ni reflejan una imagen dantesca de la realidad actual chilena.

Luego, la guinda de la terna. Una pregunta de la Encuestas Bicentenario dice “¿Usted cree que en Chile existe un gran conflicto, un conflicto menor o no hay conflicto entre...?” Fijense que el principal conflicto identificado por los chilenos (mapuches y el Estado) no es un tema de la calle, no es un tema de las protestas. Y el segundo mayor conflicto (gobierno-oposición) aparentemente, por los datos de la propia encuesta, es algo que cada vez le interesa menos a la gente. Creo que hay un problema con la pregunta. Me parece que esta pregunta sesga la respuesta. Sugiero preguntar “¿Cómo definiría usted la relación entre mapuches y el Estado chileno? De conflicto, cooperación, no sabe, no responde”. Eso es mucho más correcto. Si uno quiere sesgar en la dirección opuesta puede preguntar “Ud. cree que en Chile existe cooperación entre...?” y luego entregar las categorías. Probablemente si uno sesga la pregunta planteando “existe cooperación” va a tener resultados que son algo más positivo que si sesga la pregunta con “existe conflicto”. De hecho, la forma correcta de preguntar, a mi juicio, para no sesgarla en ninguna dirección, es simplemente definir la relación y entregar opciones que son positivas y opciones que son negativas.

Respecto a los resultados de la encuesta, hay una pregunta que dice: “Pensando en un plazo de diez años, ¿usted cree que se habrán alcanzado las siguientes metas como país?”. Las categorías son: ser un país desarrollado, resolver el problema de la calidad de la educación, eliminar la pobreza, ser un país reconciliado, detener el daño al medio ambiente, reducir la desigualdad de ingresos. Si miramos la tendencia de los últimos tres

años, podemos pensar que los chilenos están menos optimistas, pero más sabios. Tal vez estamos más maduros como país, menos adolescentes, y hemos aterrizado las expectativas. Entendemos que los cambios no se producen de forma tan radical como pensábamos antes. No es mala noticia aterrizar las expectativas. De hecho, tal vez habría que avisarle a la gente en el gobierno que hay que aterrizar expectativas cuando uno llega al poder.

Gráfico 1 | Pensando en un plazo de diez años, ¿usted cree que se habrán alcanzado las siguientes metas como país?



Las respuestas se llevaron a 100% sacando los NS/NR para 2007.
Fuente: Encuesta Nacional Bicentenario 2011.

Ahora, ¿qué hubiese pasado si nos desaparecemos en Chile entre 2007 y 2011? Hay una mejora de expectativas en 2009. Ese año nos embriagamos de optimismo. Uno podría suponer que nos vamos a volver a embriagar de optimismo el 2013 cuando todos los candidatos prometan que el país va a ser mucho mejor, y especialmente mejor si ganan ellos. Pero si comparamos los datos de 2007 con los de 2011, no hay grandes diferencias.

Por otra parte, se consolida la percepción de que el país es insuficientemente meritocrático. Eso es una mala no-

ticia porque tenemos un problema. Pero es una buena noticia porque nos damos cuenta de que existe ese problema. Si alguna vez ustedes fueron a retirar sus exámenes de sangre y vieron que tenían el colesterol alto, les va a pasar un fenómeno singular. Esa noche se van a preocupar porque tienen el colesterol alto, que estaba igualmente alto el día anterior a que retiraran los exámenes. Pero el estar conscientes de un problema nos hace sentir de una forma distinta.

Respecto a confianza en las instituciones, como ya todos

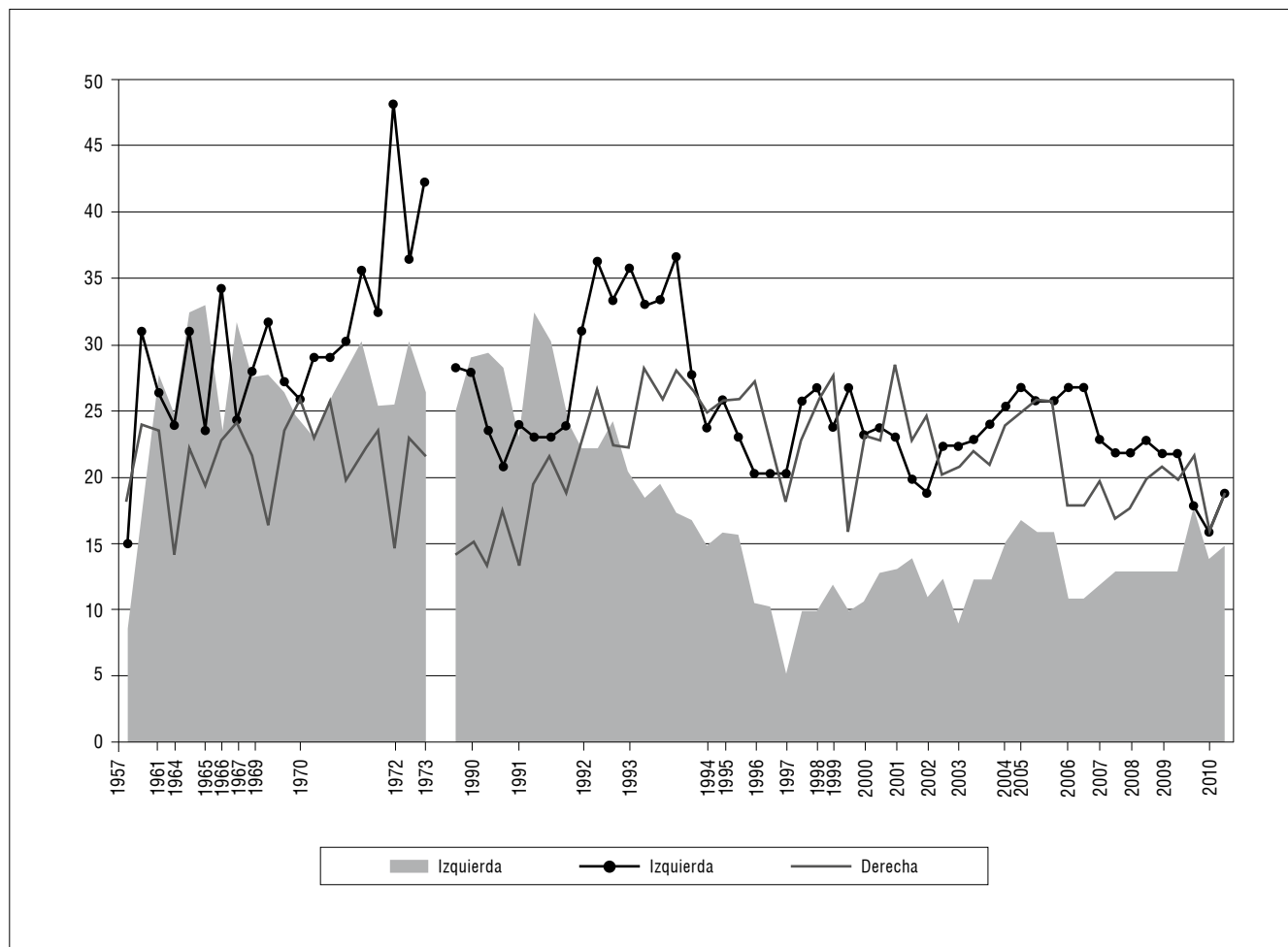
los subrayaron, va cayendo. Este es un desafío importante, aunque también refleja una tendencia mundial, nada particularmente terrible sobre Chile, preocupante naturalmente, pero no me parece que estamos en una situación de crisis.

Y finalmente, respecto a los datos sobre quiénes han ganado poder, los empresarios y medios de comunicación han ganado. La Iglesia Católica ha sido la que más ha perdido. Es un gran tema de campaña para 2013, hay que hacer campaña contra los empresarios.

También tengo algunos comentarios respecto al tema “Chile, 40 años después”. Esta sección me pareció muy

provocadora. Quiero mostrarles una figura que está en un *paper* que escribí junto a Rodrigo Osorio, de la Universidad Diego Portales, sobre el mito de los partidos enraizados en Chile. Se muestra la identificación con el centro, la izquierda y la derecha desde la primera encuesta de Hamuy el año 1957 hasta el año 2011 con las encuestas del CEP. Vemos que el porcentaje de gente de centro en 1973 y luego del interludio de régimen militar en 1989 era más o menos igual. Se observa que tiende a aumentar el apoyo a la izquierda entre 1970 y 1973, lo que es normal y más o menos esperado, y la derecha en particular se mantiene relativamente estable, hay continuidad. El centro se mueve bastante más.

Gráfico 2 | Identificación política con la izquierda, centro y derecha en Chile, 1957-2011



Fuente: Navia, P. y Osorio, R. Próximamente, 2012. The Myth of Deeply Rooted Parties: Party Identification in Chile before 1973 and after 1990.

Respecto al porcentaje que se identificaba con “ninguno” desde el año 1957 hasta 2011, la polarización disminuye la identificación con el ninguno. Cuando se polarizan las élites del país, se polariza también el electorado. Mientras menos “ninguno” veamos, peor estamos. La disminución de identificación con ninguno refleja una polarización del país. Por eso, ver un aumento de los “ninguno” no parece necesariamente malo. Tampoco parece muy distinto de la situación antes que el país se polarizara a fines de los 60.

Ahora, mis comentarios a la ponencia de Rodrigo Marcondes. En general estoy muy de acuerdo con su lectura. Subrayo el punto de que los chilenos creen que los partidos son importantes para la democracia, pero no gustan de los partidos políticos actuales. Eso me parece una buena señal. La gente sigue valorando a los partidos políticos aunque no les gustan los que hay. Pero no están, al menos todavía, dispuestos a subirse a micros que vayan para otra parte.

Rodrigo dice que “es plausible que una coalición política antisistema pueda levantarse con ímpetu en 2013”. Es valiente al decirlo. Lo deja por escrito. A mi modo de ver, 2013 está demasiado encima, no veo la aparición de una coalición antisistema. Pero sí quiero subrayar lo que se decía de Venezuela a fines de los 80. Esto está en muchos libros sobre la democracia latinoamericana. Venezuela era la democracia más estable a inicios de los 80. De hecho, era de las pocas que no fue remplazada por gobiernos militares en su momento. Pero la democracia venezolana tenía dos problemas: la desigualdad y un duopolio político poco competitivo y crecientemente corrupto. Hoy, la democracia más estable en América Latina es la nuestra, pero también tiene esos mismos dos problemas. No creo que estemos *ad portas* de lo que ocurrió con Venezuela. Pero hay una señal de advertencia. Esta señal se parece a la siguiente metáfora. Un paciente llega con dolor de pecho a la clínica. Ahí ve a otros pacientes que están con ataques cardíacos o padecen de cáncer. Esos pacientes tienen problemas muchos más grandes. El doctor le dice a nuestro paciente que lo suyo es dolor de pecho, no fue un preinfarto. Pero el doctor le advierte al paciente que está fumando mucho, tomando mucho, que su colesterol está alto, que tiene sobrepeso, mucha azúcar en la sangre y mucho estrés. Si el paciente no corrige su estilo de vida, va a tener un ataque cardíaco en 2 años, 5 años o 10 años. Ese paciente sale con un problema. Creo que esa es la disyuntiva en la que está Chile hoy. El paciente se puede ir a casa y decir “voy a cambiar mi actitud, voy a empezar a comer más saluda-

ble, voy a hacer las cosas que necesito hacer”. O bien, el paciente puede decir “¡Uf! De la que me salvé. Invitaré a todos mis amigos a hacer un asado”. Mi duda es, y en eso subrayo el punto de Rodrigo, si Chile se va a hacer cargo de los problemas que enfrenta y los desafíos que muestra esta encuesta o si solo vamos a salir a celebrar que no estamos en medio de una crisis.

Comentario

ROBERTO IZIKSON

Director de Estudios, Secretaría de Comunicaciones
Ministerio Secretaría General de Gobierno

El mito de la crisis del modelo

Hablar de la crisis del modelo está moda. Y está de moda porque es la mejor (o más simple) forma que tienen hoy los políticos, los académicos y los líderes de opinión para explicar lo que pasó en nuestro país durante el 2011.

La verdad es que se habla de crisis del modelo chileno porque, como país, no hemos sido capaces de anticipar, analizar y explicar los procesos políticos y socioeconómicos que tuvieron, en su momento cúlmine, a miles de estudiantes marchando por la Alameda. Nadie, ni en el mundo público ni en el privado, fue capaz de anticipar y explicar lo que se venía, y menos la magnitud que llegó a adquirir.

Pero no hay que perder la perspectiva; el país ha tenido en su historia reciente severas crisis políticas (en el gobierno de Ricardo Lagos con el caso MOP-Gate y en el gobierno de Michelle Bachelet con el Transantiago) y económicas (como la que vivió la administración Frei en 1997 y la de Michelle Bachelet en el 2008); y aún con todo eso no recuerdo que se discutieran las bases del modelo.

Entonces, ¿qué hubo de distinto durante el 2011 para que se señalara que este sería recordado como el año de la desconfianza? Una desconfianza que abarca las principales instituciones del país: al ya mencionado modelo sumamos al gobierno, la Iglesia, los empresarios, los políticos, e incluso, una desconfianza creciente entre las personas. Lo distinto es que —paradójicamente, con un ritmo de crecimiento de 6% y con una tasa de creación de empleos que superó el medio millón en dos años— un sector mayoritario de nuestro país, la clase media, se sintió marginada de esta bonanza. Y se empezó a repetir insistentemente la

frase de que los ricos se cuidan solos, los pobres reciben ayuda del Estado y, ¿quién me ayuda a mí?

En este escenario, empieza a emerger un “nuevo ciudadano”, exigente, que busca satisfacer sus necesidades (cada vez más complejas) de forma inmediata, empoderado y más consciente de sus derechos, individualista, interconectado y pragmático. En resumen, lo que se resiente en Chile es la idea de que para progresar individual o colectivamente se necesita exclusivamente el mérito, el talento y el esfuerzo de cada uno de nosotros. En el fondo, lo que está en crisis hoy en nuestro país es la imagen de la educación como la herramienta más efectiva para generar de movilidad social.

La clase media, que todavía carga la pesada mochila del sobre endeudamiento para acceder al sueño de la educación superior, siente que hoy no hay igualdad de oportunidades, no hay suficiente competencia, no hay equidad y, por lo tanto, se limita su idea de libertad. Esto genera entonces sentimientos de rabia, frustración, desconfianza y una creciente sensación de desigualdad.

¿Qué necesitamos entonces? Reconocer sin temor que en Chile las diferencias de acceso a las oportunidades que entrega nuestro modelo son excesivas e intolerables, como lo dijo el propio Presidente Piñera. Tenemos que entender y asimilar que el crecimiento económico y la creación de empleos son esenciales para alcanzar el desarrollo, pero son insuficientes. Que nuestro país debe jugarse por un desarrollo integral, que busque generar igualdad de oportunidades y asegurar el respeto e igualdad ante la ley.

En este escenario, el gobierno de Sebastián Piñera ha escogido la hoja de ruta adecuada, que apunta a emparejar la cancha: junto con el crecimiento y el empleo, está enfocando sus esfuerzos en superar la pobreza extrema (Ingreso Ético Familiar), generar igualdad de oportunidades (reforma educacional, posnatal de seis meses), proteger a los ciudadanos contra los abusos (Sernac Financiero) y construir una sociedad de segu-

ridades (compromiso con el orden público y la lucha contra la delincuencia) y valores (defensa de la vida del que está por nacer).

El Gobierno ha cumplido la mitad de su período. ¿Cómo será medido en dos años más? Probablemente, según reflexiona en sus memorias el ex Primer Ministro Británico Tony Blair:

Al final llegué a la conclusión de que la gente funciona a dos niveles en relación con los líderes políticos. En un nivel, depositan en el líder todas sus esperanzas, sus expectativas y, sobre todo, una vez que llega al gobierno, sus frustraciones. Uno es el centro de atención, y por consiguiente el centro de las críticas. A ese nivel, a uno no se le mide respecto a un criterio razonable, sino respecto a la perfección. No es de extrañar que uno se quede corto. Sin embargo, en otro nivel, menos visible pero real, la gente realmente adopta un punto de vista más maduro, y si realmente lo estás intentando, la gente lo reconoce.

Familia, maternidad y trabajo: Hacia la corresponsabilidad social

DRA. PAULA BEDREGAL

Académica de la Escuela de Medicina UC

Introducción

La inauguración del Bicentenario en Chile nos ha traído como gran logro colectivo la Ley N° 20.545 que modifica las normas de protección a la maternidad e incorpora un permiso postnatal parental. Este cuerpo legal hubiera sido impensable en el inicio del Chile republicano, en que las mujeres eran consideradas individuos de segunda categoría, solo aptas para el matrimonio y el trabajo doméstico, y los niños y niñas eran invisibles como tales y compartían sin distinción los espacios de los adultos (Rojas 2010). La alta mortalidad infantil y materna en esos años, no solo se explican por las condiciones de vida, sino también por una despreocupación por su supervivencia. El trabajo de las mujeres era la crianza y la familia, iniciado tempranamente (12 años), mientras que el papel masculino en la crianza solo se explicitaba públicamente cuando el niño/a adquiría “entendimiento” (a partir de los 7 años de edad).

Cien años después emergió el interés por los niños y por la madre gracias a la influencia de las ideas liberales traídas por intelectuales y profesionales formados en Europa. El concepto de la puericultura, tomado de la pediatría alemana y de la seguridad social, permitió cambios importantes al visualizar a estos grupos como sujetos de cuidado por parte de la sociedad. Los aportes del Estado en materia de políticas sociales fueron prácticamente nulos, en cambio, es destacable el papel de iniciativas filantrópicas privadas para los niños y madres, las que se incrementaron desde fines del siglo XIX. No fue sino hasta la década de 1920 que se desarrolló una política estatal sobre infancia y maternidad como una cuestión social.

Hoy, a doscientos años desde el inicio de la República, nos situamos en un escenario diferente en que Chile ha

sido pionero en América en la instalación de servicios sociales que han permitido reducir de manera significativa las muertes infantiles y maternas, y mejorar las condiciones de vida de la población general (Jiménez 2009). Paralelamente, la incorporación del discurso de derechos humanos en el concierto internacional y los acuerdos firmados sobre derechos en la infancia, derechos de la mujer y derechos del trabajador, han promovido la puesta en marcha de transformaciones jurídicas y programáticas sobre la familia, maternidad y trabajo.

El objetivo de este reporte es analizar algunos aspectos relacionados con la crianza y los roles parentales presentes en la Encuesta Bicentenario (en adelante EB), y proponer un camino hacia la sociedad del cuidado y desarrollo humano.

La situación

Actualmente se entiende que el cuidado y la protección de los niños pequeños corresponden fundamentalmente a los padres o figuras parentales, y por lo tanto, a la familia. Madre, padre y familia son los mediadores del desarrollo del niño, y son los responsables de la promoción y protección de la salud. La información científica enfatiza que la participación del padre y de figuras parentales sustitutas es fundamental para el desarrollo favorable del potencial genético de los niños/as. La Organización Mundial de la Salud, en concordancia con la Convención de los Derechos de los Niños, ha señalado que “la aplicación de políticas públicas de protección social favorables a las familias, que garanticen que cuenten con ingresos suficientes, subsidios a la maternidad y apoyo financiero, y que permitan que los padres, madres y cuidadores puedan dedicar tiempo y atención a los niños de corta edad, es beneficiosa para estos” (OMS 2009, nota descriptiva 332).

Pese a la importancia otorgada a padres, madres y cuidadores, en el caso chileno es posible señalar que culturalmente tanto hombres como mujeres privilegian el papel de la madre en la crianza y cuidado de los hijos. Esta valorización es mayor cuando son más pequeños y es una creencia especialmente relevante en los sectores de menores niveles socioeconómicos, tanto rurales como urbanos (Muñoz y Reyes 1997; JUNJI, UNICEF y UNESCO 2010; Bedregal *et al.* 2011)¹. En consonancia, la EB muestra un patrón de cuidado de los niños pequeños durante el primer año de vida que está dado principalmente por la madre y de manera sustituta por los abuelos.

El cuidado otorgado en salas cuna y jardines, en concordancia con otros estudios (CASEN 2009; JUNJI, UNICEF y UNESCO 2010), es mirado con confianza por menos del 50% de los encuestados. Muestran más confianza los hombres (33%) y las personas de nivel socioeconómico alto (40%). Esto es preocupante, ya que son justamente las familias de estrato socioeconómico más bajo quienes más se pueden beneficiar de este cuidado para incrementar el acceso al mercado laboral de las madres, y favorecer el desarrollo biopsicosocial de los niños. Sin embargo, como muchos estudios señalan, esta oferta debe ser de calidad para cumplir con su cometido, en particular en el área del desarrollo cognitivo, y debe ser percibida por sus usuarios como propia (Camilli *et al.* 2010).

La EB muestra que las madres suelen no trabajar (58%); el grupo de nivel socioeconómico más bajo es el que menos trabaja (67% versus 53%). Adicionalmente, las que trabajaban antes del embarazo, dejaron de trabajar, y no optaron por modificar la forma de trabajo. Esto en parte refleja la tendencia cultural a mantener el cuidado a cargo de la madre durante el primer año, pero también habla de una oferta laboral rígida que incentiva la jornada completa respecto de otros esquemas (Lehman 2003). Este hecho no es nuevo. Hinzpeter y Lehman (1996), con base en una muestra nacional urbana y rural, señalaban que la maternidad constituye un freno para la participación laboral, especialmente en hogares con bajo nivel socioeconómico que además desconfían más del cuidado

otorgado por instituciones como salas cuna. En el caso de las personas de nivel socioeconómico alto, la decisión de no trabajar fuera del hogar parece relacionarse más con la preferencia por el trabajo en el hogar, aunque muchas trabajarían si existiera oferta laboral flexible.

En el caso de las mujeres de nivel socioeconómico más bajo de Chile, la participación en el mercado laboral no solo tiene una connotación positiva desde el punto de vista económico, sino que también desde el punto de vista de la salud. Las evidencias actuales (Bedregal *et al.* 2011) muestran, por ejemplo, que las mujeres de estratos socioeconómicos bajos con niños pequeños tienden a aislarse: 64% no se vinculó con amigos el mes previo a la encuesta, menos de 15% participa de organizaciones sociales (incluidas las iglesias), 43% no confía en la gente de su barrio. Además, tienen patrones de creencias coercitivas respecto del cuidado de los niños: 67% cree que los niños deberían siempre callarse y escuchar a los adultos; 62% cree que los niños siempre deben ser tranquilos y callados. Y estas mujeres se perciben con baja autoeficacia: 3% declara tener capacidades para controlar las emociones que devienen del cuidado a los niños. En este escenario, el trabajo provee a la mujer la posibilidad de contar con una puerta de entrada a redes sociales, de mejorar su autoestima y de contribuir al ingreso familiar, lo que, como determinante social, impacta en la salud de las personas. Sin embargo, para que tenga un efecto positivo, el trabajo tiene que ser de calidad y no precario² (Amable 2001).

Pese a estas creencias, tanto hombres como mujeres hace ya más de 20 años señalan que ambos sexos deberían tener un papel compartido en la crianza y el cuidado (Edwards 1993), papel que en la práctica no se concreta. Los estudios muestran que el énfasis de padres y madres está en conciliar roles, es decir, llegar a un acuerdo beneficioso para ambos, aunque en la negociación la mujer suele no ser beneficiada. Por su parte, la EB muestra cambios generacionales en cuanto a las conductas realizadas por los padres, de modo que la disposición al cuidado por parte de estos (señalado por la madre) es mayor a menor edad de la madre. Por ejemplo, el cuidar en las noches a

1 La mayor parte de las encuestas nacionales (Encuesta Nacional de Primera Infancia, ENPI, 2010; Encuesta Nacional de Calidad de Vida y Salud 2006, entre otras) muestra frecuencias sobre 60% en cuidados dados por la madre en el hogar, frecuencia que aumenta a menor edad del niño/a y menor nivel socioeconómico. Bedregal *et al.* encuentra que el cuidador principal en niños de 3-4 años asistentes a redes públicas de salud es la madre en un 78% y en redes privadas alcanza al 85,5%, asistiendo a jardines entre el 30-40% de los niños en ambos grupos, con mayor asistencia en el caso de los niños de redes privadas de salud.

2 Definida la precariedad laboral como la presencia de inestabilidad laboral en el empleo, vulnerabilidad al mal trato en el trabajo, menores ingresos y menor acceso a servicios sociales. En Chile, el informe Precariedad Laboral y Salud de los trabajadores y trabajadoras (MINSAL 2011), muestra que la precariedad laboral en las mujeres alcanza hasta un 72,4%, y que precariedad alta se asocia a mayor riesgo en salud mental.

los niños por parte de los padres en el grupo de madres entre 18 y 34 años fluctuó entre 64-69%, mientras que en el grupo de 45 y más años fue de 39-37%.

No basta con la conciliación de roles en una suerte de negociación al interior de la familia. Para profundizar las políticas y apuntar hacia una mejor calidad de vida familiar y al desarrollo de cada uno de los miembros, es necesario comprender esta conciliación en un contexto de corresponsabilidad. ¿Por qué su importancia?

La corresponsabilidad: de la familia hacia la sociedad

La teoría sistémica en psicología, desde hace más de 30 años, ha relevado la importancia de las relaciones entre los padres o figuras parentales para el desarrollo integral del niño/a, cuya dinámica constituiría en sí un subsistema que regula interacciones y resultados de la vida familiar (Minuchin 1985). Por coparentalidad se entiende a los procesos de crianza de dos figuras parentales que comparten responsabilidades por un niño/a (Feinberg 2003). Así definido, pero mirado desde un contexto sociopolítico más amplio, es sinónimo de corresponsabilidad. La corresponsabilidad implica la participación de ambos padres o figuras parentales hacia un niño/a, entendiéndolo como una persona con derechos y deberes, los que deben ser armonizados con los derechos de los padres en un proceso de crianza conjunta que permita el mayor bienestar del niño/a. Este proceso implica generar mecanismos que medien la relación entre los padres o figuras parentales y las relaciones diádicas entre cada figura parental con el niño/a, de modo que las tareas se compartan armónicamente.

El cambio en la evidencia de investigaciones es notable: hasta 1980 la investigación en salud y desarrollo sostenía que era innecesario la participación de figuras paternas en programas de crianza destinados a lactantes, ya que se entendía que las madres eran las responsables de interactuar y criar a los niños y se consideraba que los padres tenían patrones conductuales y de creencias sobre crianza muy asentados y poco permeables al cambio. Pero las evidencias más recientes han mostrado lo contrario: la falta de coparentalidad es uno de los predictores más importantes (excluido el nivel socioeconómico) de trastornos conductuales en los niños/as, controlando por la calidad de la relación de pareja (Kolak y Vernon-Feagans 2008), y por sobre los estilos parentales individuales de la madre y el padre (Karreman *et al.* 2008), e influye en el desarrollo social de los niños y el lenguaje (McHale y colaboradores, 2008).

Se ha encontrado que la ausencia de cooperación entre padres de niños de dos años de edad se asocia con conductas de inhibición (riesgo de depresión) en los niños/as a los tres años (Belsky *et al.* 1996); mientras que la existencia de acuerdo entre los padres o figuras parentales de niños de 12-14 meses de edad se asoció con mejor control conductual en los niños/as cuatro meses después (Lindsey y Caldera 2005). Del mismo modo, la falta de cooperación entre los padres o figuras parentales de niños/as escolares, se asoció con problemas de atención, pasividad y problemas en el rendimiento escolar (Stright y Neitzel 2003). Otros estudios han mostrado que la existencia de un mal manejo de conflictos entre los padres (como un aspecto de la coparentalidad) en el primer año de vida se asocia con niños/as más agresivos a los cuatro años de edad (McHale y Rasmussen 1998; Schoppe, Mangelsdork y Frosh 2001). Un reciente meta-análisis (Pinquart y Teuber 2010) ha mostrado que la coparentalidad predice cambios en el ajuste psicológico de niños pequeños, controlando por el tipo de relación parental (de cada uno) y calidad de la relación de pareja. El tamaño del efecto encontrado ajustado por sesgos de publicación es moderado por una serie de factores importantes a considerar como: edad del niño/a (menor efecto a mayor edad); sexo del niño/a (menor efecto si es mujer); situación de la pareja (menor efecto si los padres son separados); ingreso familiar (mayor efecto si el ingreso es menor); niño/a con enfermedad mental o discapacidad (mayor efecto si tiene).

Complementariamente a esta información, uno de los pocos estudios experimentales aleatorios en que se prueba un programa de psicoeducación de ocho sesiones cuyo foco está puesto en la corresponsabilidad, y que se realiza desde el embarazo, muestra efectos en la coparentalidad, parentalidad y capacidades autorregulatorias de los niños/as medidos al año de vida del niño/a, con tamaños de efecto de moderados a grandes (Feinberg, Kan y Goslin 2009). Otros programas están en implementación como es el caso del programa “Construir lo cotidiano” en España, cuyo énfasis está puesto en la modificación de creencias de los padres, al iniciar estos la vida escolar con sus hijos. El propósito es contribuir al desarrollo de los nuevos escolares buscando comprender qué entienden los padres por educación y socialización, y desde esos conceptos, reconstruir el marco de relaciones, divisiones de las tareas familiares y responsabilidades, de manera de fomentar una responsabilidad compartida en la vida familiar (Toro *et al.* 2010).

Con estos antecedentes es posible señalar que no solo

basta con trabajar con la madre y el padre, se requiere trabajar *en conjunto*, y acompañar *a cada uno y la pareja*.

La corresponsabilidad se inicia antes de la gestación, se relaciona con los primeros pasos que da la pareja con miras a la parentalidad, y está relacionada con los patrones culturales que imprime la comunidad. La tabla 1 muestra los elementos básicos para considerar la existencia de una adecuada corresponsabilidad, siguiendo los modelos teóricos propuestos por Feinberg (2003) y Margolin, Gordis y John (2001), quienes señalan que la corresponsabilidad implica compromiso declarado ex-

plicito hacia el niño/a, cooperación en la crianza, acuerdos sobre pautas de crianza, contar con habilidades para manejar conflictos que surgen en la crianza y manejo apropiado de las interacciones familiares. En suma, implica participación responsable, amorosa, vinculante y generativa al interior de la familia. Se basa en la generación de un vínculo, entendido como una relación que da cuenta de una estructura que los envuelve más allá de sus propias individualidades y que permite el aprendizaje (Winnicott 1993). Para su éxito se requiere de incentivos culturales y sociales.

Tabla 1 | Dimensiones de corresponsabilidad

Dimensiones de coparentalidad	Papel de los padres o figuras parentales
Requisito básico	Compromiso con el niño/a
Modelo de cooperación en la crianza	Intercambio de información sobre el niño/a
	Apoyo y respeto hacia el otro en su calidad de padre/madre
	Lealtad entre los padres
	División de tareas de crianza acordadas explícitamente
Acuerdo sobre pautas de crianza	Conocimiento sobre las pautas de cada padre
	Conocimiento de acuerdos y desacuerdos
	Flexibilidad ante las reglas
Manejo de conflictos	Identificación de lo positivo en el otro
	Ausencia de descalificación del otro frente a los niños/as (aún pequeños)
Manejo de las interacciones familiares	Cohesión (interacción y decisión compartida)
	Ausencia de coaliciones cerradas entre el niño/a y padres
	Los conflictos entre los padres se resuelven entre ellos y no se triangulan.

Fuente: elaborado en base a Feinberg (2003) y Margolin, Gordis y John (2001).

En Chile, el subsistema de protección social Chile Crece Contigo, promueve en sus fundamentos los derechos de los niños y niñas, y por lo tanto la participación de la familia (Ley N° 20.379). Si bien existen instancias de participación paterna y la apertura de los servicios de salud y educativos a ambos padres y otros cuidadores principales, en sus bases e intervenciones todavía no se encuentra instalada con solidez conceptual y práctica la corresponsabilidad. Esto implica no solo el acompañamiento del padre o figura relevante a la madre (por ejemplo: acompañar en el parto, acompañar para las tareas de crianza) sino, como hemos visto, participar activa y correspon-

blemente. La ausencia del padre no excluye un trabajo en esta línea, ya que desde la perspectiva del desarrollo del niño/a lo esencial es que cuente con una figura paterna que se involucre. Otra instancia de trabajo la constituye en términos longitudinales, la escuela. En particular, con aquellos padres que por primera vez se involucran en la tarea escolar, es posible establecer un sistema de acompañamiento responsable, que entregue habilidades para la tarea y no solo conocimientos.

La corresponsabilidad parental es un primer pilar en una apuesta social mayor: la corresponsabilidad social. Esto

implica ir avanzando hacia una sociedad del cuidado, en que la participación social, la cohesión (vinculación), la responsabilidad hacia el otro, las oportunidades para el desarrollo humano y por tanto equidad, sean elementos clave del diseño de políticas públicas. Sabemos que los hombres que no participan y no tienen cohesión social tienen un 61% más de riesgo de desarrollar enfermedades mentales y las mujeres, un 82% (Pevalin 2004), por lo que el conjunto de políticas sociales tiene un impacto directo sobre la salud de las personas, y esta en el desempeño social y productivo.

Hawe y Shiell (2000) señalan que para la implementación de políticas en esta línea es importante considerar los niveles de intervención microsociales y macrosociales e identificar potenciales tensiones entre la generación de vínculos (cohesión) y la autonomía. Para estos autores, no puede haber buen vínculo social si no se reconoce al mismo tiempo la libertad, entendida como aquella limitada o subordinada a un principio superior que es la solidaridad, el cuidado y el respeto al otro.

En síntesis, si bien hemos avanzado, es importante señalar que una ley no resuelve la corresponsabilidad sino que es necesario un conjunto de políticas saludables y prácticas sociales que fortalezcan el cuidado social. Los campos de trabajo inmediato son: *la familia* (favorecer cambios culturales que promuevan la corresponsabilidad, identificar fortalezas y debilidades); y *el contexto social de cuidado*, que implica favorecer la construcción de vínculos sociales en el barrio, al interior de las organizaciones sociales y entre éstas, que fomenten la confianza y la ciudadanía.

Referencias

- Amable, M., Benach, J. y González, S.**, 2001. La precariedad laboral y su repercusión sobre la salud. Conceptos y resultados preliminares de un estudio multimétodos. *Arch. Prev. Riesgos Labor*, 4 (4), 169-184.
- Bedregal, P., Hernández, V. y De la Cruz, R.**, 2011. Crianza y desarrollo infantil temprano: comparación entre asistentes a red pública y privada de salud en Chile. Comunicación preliminar.
- Benach, J. y Muntaner, C.**, 2007. Precarious Employment and Health: Developing a Research Agenda. *Journal Epidemiology Community Health*, 61, 276-277.
- Belsky, J., Putnam, S. y Crnic, K.**, 1996. Coparenting, parenting and early emotional development. En: McHale, J.P. y Cowan, P.A., eds. *Understanding How Family-Level Dynamics Affect Children's Development: Studies of Two-Parent Families*. San Francisco: Jossey-Bass.
- Camilli, G., Vargas, S., Ryan, S. y Barnett, W.S.**, 2010. Meta-Analysis of the Effects of Early Education Interventions on Cognitive and Social Development. *Teachers College Records*, 112, 579-620.
- Edwards, M.**, 1993. Percepción de la familia y de la formación de los hijos. *Estudios Públicos*, 53, 191-214.
- Feinberg, M.E.**, 2003. The internal structure and ecological context of coparenting. A framework for research and intervention. *Parenting: Science and Practice*, 3, 95-132.
- Feinberg, M.E., Kan, M.L. y Goslin, M.C.**, 2009. Enhancing Coparenting, Parenting, and Child Self-Regulation: Effects of Family Foundations 1 Year After Birth. *Prevention Science*, 10, 276-285.
- Hawe, P. y Shiell, A.**, 2000. Social Capital and Health Promotion: a Review. *Social Science Medicine*, 51 (6), 871-85.
- Hinzpeter, X. y Lehman, C.**, 1995. Mujeres en Chile hoy. *Puntos de referencia*, 155. Centro de Estudios Públicos.
- Jiménez, J.**, 2009. *Angelitos Salvados*. Santiago-Chile: Uqbar.
- JUNJI, UNICEF, UNESCO**, 2010. *Encuesta Nacional de la Primera Infancia, ENPI 2010*. – Resultados Preliminares.
- Karremans, A., Van Tuijl, C., Van Aken, M.A.G. y Dekovic, M.**, 2008. Parenting, Coparenting and Effortful Control in Preschoolers. *Journal of Family Psychology*, 22 (1), 30-40.
- Kolak, A.M. y Vernon-Feagans, L.**, 2008. Family-Level Coparenting Processes and Child Gender as Moderators of Family Stress and Toddler Adjustment. *Infant and Child Development*, 17 (6), 617-638.
- Lehmann, C.**, 2003. Mujer, Trabajo y Familia: Realidad, percepciones y desafíos. Análisis sobre la base de la encuesta CEP de diciembre 2002. *Puntos de Referencia*, 269. Centro de Estudios Públicos.
- Lindsey, E.W. y Caldera, Y.M.**, 2005. Interparental Agreement on the Use of Control in Childrearing and Infants' Compliance to Mother's Control Strategies. *Infant Behavior and Development*, 28 (2), 165-178.
- Margolin, G., Gordis, E.B., y John, R.S.**, 2001. Coparenting: A Link Between Marital Conflict and Parenting in Two-Parent Families. *Journal of Family Psychology*, 15, 3-21.
- McHale, J.P. y Rasmussen, J.L.**, 1998. Coparental and Family Group-Level Dynamics During Infancy: Early Precursors of Child and Family Functioning During Preschool. *Development and Psychopathology*, 10, 39-59.
- McHale, J.P. y Sullivan, M.J.**, 2008. Family systems. En: Hersen, M. y Gross, A.M., eds. *Handbook of Clinical Psychology*

gy. Vol. 2: Children and Adolescents. Hoboken, NJ: John Wiley & Sons.

Ministerio de Planificación, 2010. *CASEN 2009*. Encuesta de caracterización socioeconómica. Disponible en: www.ministeriodesarrollosocial.gob.cl/casen2009/case_educacion.pdf. [accedido el 15 de diciembre de 2011].

Ministerio de Salud, 2011. Precariedad laboral y salud de los trabajadores y trabajadoras de Chile. Disponible en www.saludytrabajo.cl [accedido el 15 de diciembre de 2011].

Minuchin, P., 1985. Families and Individual Development: Provocations from the Field of Family Therapy. *Child Development*, 56 (2), 289-302.

Muñoz, M. y Reyes, C., 1997. *Una mirada al interior de la familia. ¿Qué piensan hombres y mujeres en Chile? ¿Cómo viven en pareja? ¿Cómo son los padres? ¿Qué sienten los hijos?* Santiago-Chile: Ediciones Universidad Católica de Chile.

Pevalin, D.J., 2004. Cohabiting Unions, Repartnering and Mental Health. *Psychological Medicine*, 34 (8), 1553-1559.

Pinquart, M. y Teuber, D., 2010. Effects of Parenting Education With Expectant and New Parents: A Meta-Analysis. *Journal of Family Psychology*, 24, 316-327.

Rojas, J., 2010. *Historia de la infancia en el Chile Republicano*. Santiago-Chile: Ocho Libro Editores.

Schoppe, S.J., Mangelsdorf, S.C. y Frosch, C.A., 2001. Coparenting, Family Process, and Family Structure: Implications for Preschoolers' Externalizing Behavior Problems. *Journal of Family Psychology*, 15 (3), 526-545.

Stright, A.D. y Neitzel, C., 2003. Beyond parenting: Coparenting and Children's Classroom Adjustment. *International Journal of Behavioral Development*, 27 (1), 31-40.

Toro, S., Peña, J.V., Rodríguez, M., Fernández, C., y Molina, S., 2010. Hacia la corresponsabilidad familiar: "Construir lo cotidiano", un programa de educación parental. *Educatio Siglo XXI*, 28 (1), 85-108.

Winnicott, D., 1993. *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires-Argentina: Editorial Paidós.

Comentario

M. SOLEDAD ARELLANO

Subsecretaria de Evaluación Social

En el Ministerio de Desarrollo Social compartimos plenamente la necesidad de avanzar en una mayor integración de las madres al mercado laboral. Esta no es solo una herramienta fundamental en la superación de la pobreza, sino también una herramienta que permite mayor inclusión, vinculación y cohesión social.

Por lo mismo, es indispensable entender por qué las madres no desean dejar a sus hijos bajo el cuidado de salas cuna y jardines infantiles, como plantea el documento de Familia, Maternidad y Trabajo. La evidencia obtenida por la encuesta CASEN 2009 no apoya, precisamente, la idea de una percepción de baja calidad. En efecto, solo un 2,5% de los encuestados de CASEN respondieron con la alternativa “Desconfío del cuidado que recibiría” para justificar por qué no dejan a sus hijos menores de un año al cuidado de estas instituciones. Además, el 76,7% de los encuestados dice que no lo necesita porque los cuidan en casa, lo que sería un resultado mecánico si la madre no va a trabajar; y un 11,1% dice no verle la utilidad a que asista a una sala cuna a esa edad.

En este panorama, más que enfocarse plenamente en mejorar la calidad del cuidado infantil en las salas cuna, lo que se requiere son planes activos en el mercado laboral para la reinserción de las madres, y potenciar la flexibilidad laboral. Además, necesitamos generar un cambio cultural en madres, padres o tutores, para que estos puedan considerar las ventajas que tiene para el desarrollo biopsicosocial de los niños y niñas el hecho de que asistan a una sala cuna o a un jardín infantil.

En segundo lugar, la autora menciona en el documento la baja percepción de eficacia en el cuidado de los niños que tienen de sí mismas las madres que pertenecen a

grupos de bajos ingresos. En este sentido, el programa Chile Crece Contigo busca promover la corresponsabilidad a través de la iniciativa “Empápate”, que promueve la paternidad activa desde la gestación.

Además, es importante destacar que estamos realizando la evaluación de impacto del programa de apoyo a las habilidades parentales “Nadie es perfecto”. Este programa incentiva la asistencia de ambos padres a charlas de desarrollo de los niños, enfatiza la importancia de la corresponsabilidad, y coordina la participación de madres, padres o tutores en talleres de discusión, con el objetivo de validar a los padres ante sus pares y de conectarlos con un grupo social de características similares a las propias. Si bien ya se ha evaluado positivamente su efecto en los padres, ahora nos encontramos evaluando su impacto en el desarrollo biopsicosocial de los niños, lo que podría permitir una extensión en la cobertura del programa.

Finalmente, una consideración acerca de la evidencia utilizada en el documento para apoyar una transición hacia una sociedad de cuidado. La autora sostiene que aumentan los riesgos de desarrollar enfermedades mentales entre quienes no tienen cohesión social. Sin embargo, la estadística usada aplica solamente a adultos, por lo que sería necesaria más investigación y evidencia para poder justificar una transformación mayor e invasiva en la política estatal respecto a la crianza de los niños.

Comentario

VERÓNICA GUBBINS

Directora del Magíster Psicología Educacional,
Universidad Alberto Hurtado

El lanzamiento público de los resultados de la Encuesta Bicentenario siempre es una buena noticia. Esta es de las pocas encuestas donde se abordan materias de la relación entre familia y sociedad que permiten darle continuidad a la reflexión académica y debate público en este campo. Este año, la encuesta decidió abordar las temáticas de crianza, aborto y matrimonio. En consideración a mi especialidad, concentraré esta presentación solo en la primera de ellas: la crianza de los hijos e hijas. Esto, en base a dos ejes reflexivos: discutir la noción de crianza en relación a la de “función de cuidado” –uno de los conceptos que más ha colonizado el debate internacional en materia de políticas de familia de los últimos años–, y reaccionar a dos o tres hallazgos de la encuesta que muestran lo consolidado de la visión matri-céntrica y autosuficiente del cuidado y la crianza de los hijos en Chile, cuestión que, como muy bien ha desarrollado Paula Bedregal en su presentación, restringe el desarrollo pleno y saludable de las nuevas generaciones.

Antes de eso, quisiera comentar que esta encuesta centra la mayor parte de sus preguntas en recoger información acerca de la crianza durante el primer año de vida de los hijos. De ahí la indagación en materias como lactancia materna, salas cuna, jardines infantiles, aborto, entre otros. Sin embargo, es importante recordar que la crianza no termina a los tres años de edad; dura muchos años y tiene especificidades según tramo de edad, lo que hace relevante poner igualmente atención a los desafíos que enfrentan los padres en las otras etapas de la crianza (por ejemplo, gusto y motivación por el estudio y el aprender escolar en educación básica; exploración de la identidad en contexto de globalización de las comunica-

ciones en los jóvenes, entre otros). Más urgente se hace cuando, y de acuerdo a la encuesta CASEN (2009), el 39,2% de la población chilena son niños y jóvenes menores de 18 años de edad. Dentro de ellos, el grupo más numeroso es el que se encuentra entre los seis y los 14 años (13,8%), seguido de los niños menores de cinco años (8%) y el 7,3% de jóvenes entre los 15 y 18 años.

Hago esta observación porque, y sin pretender cuestionar la evidencia científica en materia de relevancia fundacional de las experiencias vividas en la primera infancia (Bowlby 1976; Bronfenbrenner 2002; Winicott 1993), una adultez plena y saludable también depende de las condiciones y oportunidades de desarrollo que cada hijo enfrenta a todo lo largo de su infancia y adolescencia. Así también lo ha subrayado magistralmente Paula.

Quiero partir, entonces, valorando el aporte conceptual que ha hecho esta encuesta al incorporar la noción de “crianza” al debate público. Todos coincidimos en que el lenguaje no es neutro. La sintáctica no tiene sentido si no es por los significados que ella trae consigo, semántica que, a su vez, tiene consecuencias prácticas para la toma de decisiones. Esto es más delicado aún cuando se trata de hacer definiciones que involucran el desarrollo y bienestar de una nación completa como es lo que se pretende desde las políticas de Estado.

No es lo mismo hablar de función de cuidado que de crianza, por ejemplo. El primer concepto, que ya se encuentra en pleno desarrollo a nivel del debate internacional en materia de desarrollo económico de los países y equidad de género, se fundamenta en la necesidad de hacer visible y superar las desigualdades en materia de participación de las mujeres en los distintos ámbitos de la vida social. Particularmente, en los modos de organizar roles y funciones entre hombres y mujeres en la vida doméstica, y las necesidades y tensiones que le acompañan. Lo que la Encuesta Bicentenario muestra es que persiste una visión matri-céntrica del cuidado de los hijos. Los datos son elocuentes: de un 51% de

mujeres que dicen trabajar jornada completa antes de tener hijos, solo el 31% lo hacía después de que el niño más pequeño entrara al colegio. Destacan por otra parte las diferencias existentes según nivel socioeconómico: el 53% de las mujeres de nivel socioeconómico alto señala no haber trabajado durante el primer año de vida de su hijo en comparación al 67% en el grupo de ingresos más bajos. Analizado el porcentaje que dice haberlo hecho en jornada completa, se tiene que el volumen de ingresos parece condicionar más oportunidades para ello: el 25% de las mujeres con más ingresos versus el 19% más pobre. Es probable que el cuidado materno pueda ser reemplazado por otro cuidador femenino remunerado como es la trabajadora de casa particular, por ejemplo. Con todo, la función de cuidado ejercida solo por las madres impacta en sus oportunidades de incorporación al trabajo, mejoramiento de ingresos y proyecciones laborales. Esta evidencia otorga argumentos suficientes para invitar al Estado a que también asuma responsabilidades en materia de protección social de la función de cuidado de los hijos.

De acuerdo a Montaña y Calderón (2010, p. 27) el cuidado se “refiere a los bienes y servicios, actividades que permiten a las personas alimentarse, educarse, estar sanas y vivir en un hábitat propicio. Abarca, por tanto, al cuidado material que implica un trabajo, al cuidado económico que involucra un costo y al cuidado psicológico que entraña un vínculo afectivo”. Sin embargo, y cuando se trata de condiciones para la optimización del desarrollo humano, se echa de menos en esta definición la dimensión más psicosocial del fenómeno, a saber, la seguridad, la enculturación y la formación integral de la infancia (Oliva *et al.* 2007).

De allí el interés por la noción de crianza que aquí se propone, la que alude al patrón de actividades, disposiciones, preferencias, decisiones y prácticas parento-filiales y sociales que afectan el ambiente micro o macrosistémico en el que se desarrollan los hijos. Los estilos de crianza son expresión de modos o sellos identitarios familiares. La crianza construye los estilos de vida de cada cual (o *habitus*, como diría Pierre Bourdieu (1997)); abarca cuidado, sí, pero también socialización. No se reduce solo al bienestar material y psicológico sino incorpora también ajuste psicosocial, éxito escolar, desarrollo de conductas prosociales, vínculo y participación en organizaciones sociales, cuestiones más cercanas a lo que se ha denominado capital cultural y social de las personas (Reay 2000; McNamara *et al.* 2003).

Detenerse en la semántica me parece además indispensable cuando se trata de discutir propuestas de política pública. La opción por uno u otro concepto será lo que permita dar luces para proporcionar respuesta a una de las preguntas fundamentales para el bien común: ¿cuál es el bien superior que se quiere proteger? ¿Solo cuidado? Mi opinión es que sí, pero integrando también la protección social de la crianza en ambientes familiares y sociales que asumen corresponsable y saludablemente la gran tarea del desarrollo humano y bienestar de las nuevas generaciones, sobre todo en países con una estructura social tan desigual en lo económico y lo cultural como es el caso de Chile. Se trata de un bien social de carácter simbólico y relacional, del cual también depende el nivel y los modos de vida de una nación entera.

Existe consenso para afirmar que no hay pautas universales o preestablecidas para la crianza, sino que estas dependen de parámetros culturales. Lo que es indiscutible, y como bien lo subraya la noción de “función de cuidado”, es que exige contextos familiares cuyas relaciones afectivas sean de buen trato, las que a su vez dependerán del estado emocional de los adultos a cargo, el nivel de tensión familiar, las expectativas parentales, las dificultades económicas, entre otros factores. Ello impele a reflexionar respecto a las condiciones sociales, económicas y urbanas dentro de las cuales se desarrolla la crianza en los distintos niveles socioeconómicos en Chile.

En esa línea, según un estudio acerca de calidad de vida realizado por el Ministerio de Salud el año 2006, las mujeres perciben un menor nivel de satisfacción, especialmente en la diversión, bienestar mental/emocional, condición física y salud. La satisfacción es mayor en las personas de mayor nivel socioeconómico. Asimismo, una de cada cuatro personas se siente en un estado permanente de estrés. Los hombres perciben menos estrés que las mujeres.

La optimización del desarrollo humano de las nuevas generaciones exige, también, flexibilizar el patrón cultural sobre el cual se ha organizado la vida social. Autores como Bronfenbrenner (2002, p. 26) sostienen que “los roles tienen un poder casi mágico para modificar cómo se trata a una persona, cómo actúa, lo que hace y, por lo tanto, incluso lo que piensa y siente”. De este modo, la crianza no puede ser solo responsabilidad de las madres, ya que en ella también influyen otras voces socializadas como son los padres, la familia de origen, la escuela, los medios de comunicación de masas, redes sociales como Twitter, entre otros.

Preocupa entonces observar las respuestas de las mujeres a la siguiente pregunta que se presenta en esta encuesta: ¿en general, Ud. se siente o sintió apoyada en la crianza de sus hijos? El 80% de ellas dice que “siempre y casi siempre” y la tendencia se mantiene según edad y zona de residencia. La diferencia aparece según nivel socioeconómico. La interpretación más obvia a la respuesta positiva del 93% de las mujeres de más altos ingresos es que la ayuda se puede comprar. Sin embargo, que el 76% de las mujeres del nivel socioeconómico bajo diga que siempre, interroga respecto a las estrategias empleadas ¿Quién la apoya? La misma encuesta muestra la preferencia por las redes familiares (44% de las mujeres señalan a los abuelos como cuidador principal y 49% a otro familiar, incluido los abuelos, como cuidador secundario). Es decir, con o sin ingresos, se trata de una función que se resuelve en la intimidad del grupo familiar.

Criar no depende solo de la familia y mucho menos solo de la madre; exige del padre y de una familia de origen activa que no solo participa brindando ayuda a la madre. Se trata de convocar a todos los adultos directamente implicados a asumir corresponsable y proactivamente funciones de crianza. Implica corresponsabilidad parental al interior del hogar, pero también de las instituciones y servicios que generan impacto socializador sobre la infancia. La crianza corresponsable implica que un grupo de personas e instituciones especializadas asumen activamente la definición de proyectos formativos, toman decisiones, ejercen liderazgo y responden públicamente por las consecuencias de ello. Lo que la encuesta muestra, sin embargo, es que las mujeres siguen siendo las únicas responsables y la red familiar solo presta ayuda. Si esto es así, la familia chilena pareciera estar más consciente de ejercer la función de cuidado que de crianza corresponsable propiamente tal.

Finalmente, y retomando la segunda dimensión que acompaña la noción de crianza antes propuesta, —a saber, la importancia de fomentar la vinculación y participación social como indicador de desarrollo humano— sorprende encontrar también en esta encuesta que el 61% de los entrevistados consideren que “lo más aconsejable es que los niños se mantengan dentro de la casa”. Más preocupante resulta observar la diferencia en porcentaje también según nivel socioeconómico: esta es una preferencia del 67% de las personas más pobres en comparación al 45% de los encuestados con más altos ingresos.

Autores como Granovetter (2003) plantean que las personas requieren contar no solo con redes sociales intensas en términos de “lazos fuertes”, como es la familia, sino también ampliar y enriquecer lo que él denomina “lazos débiles” (por ejemplo, la relación con los vecinos, instituciones, grupos de otras clases sociales, entre otros). Vincularse a redes sociales diversas facilita el acceso a información y estímulos que contribuyen a resquebrajar el aislamiento que tiende a producirse cuando las redes solo se remiten a la familia (lo que no hace más que mantener y reproducir desventajas culturales y económicas de los sectores más excluidos de la sociedad). Acudir a una u otra red, sea esta social o institucional, dependerá del nivel de confianza percibido de la misma, las necesidades que requieran ser socorridas, la disponibilidad de fuentes complementarias de ayuda, el nivel de ingresos, las diferencias culturales respecto de actitudes y capacidades para pedir ayuda, entre otros (Coleman 1990). De allí la relevancia de tomar decisiones que ayuden a restituir la confianza social hacia instituciones tan centrales para la crianza como la escuela, los servicios de salud, entre otros, cuestión que esta encuesta también releva cuando se trata de las salas cuna, y los jardines infantiles.

La Encuesta Bicentenario subraya así con fuerza la persistente valoración social de la mujer como la única persona competente para hacerse cargo de la crianza de sus hijos; la que, y en ausencia de corresponsabilidad parental, acude preferencialmente a su familia de origen para recibir ayuda en la función de cuidado. Todo esto, lo más aislado posible de otras redes sociales consideradas potencialmente riesgosas para la seguridad de los hijos. La invitación entonces es a que, y más allá de la promoción de corresponsabilidad parental del cuidado, el debate se enriquezca con más evidencia y argumentación que refuerce la relevancia de incorporar la dimensión psicosocial del cuidado o la cuestión de la crianza también a nivel de política pública. El Estado, con sus decisiones y políticas, también debe ser copartícipe y corresponsable de que todos los niños y niñas, no importa su procedencia económica y cultural, tengan derecho e igual oportunidad a tener experiencias de crianza que les aseguren desarrollo humano, bienestar, movilidad y participación social. El desafío es buscar soluciones para la protección social de una función más amplia que la maternidad, como es la del cuidado y la crianza¹.

¹ El Convenio 156 de la Organización Internacional del Trabajo, por ejemplo, ya no habla de protección a la maternidad sino de conciliación entre responsabilidades familiares y laborales de todos los trabajadores, sean estos hombres o mujeres.

Referencias

- Bowlby, J.**, 1976. *El vínculo afectivo*. Buenos Aires: Paidós.
- Bourdieu, P.**, 1997. Capital cultural, escuela y espacio social. México: Siglo XXI Editores.
- Bronfenbrenner, U.**, 2002. *La Ecología del Desarrollo Humano*. Barcelona: Paidós.
- Coleman, J.S.**, 1990. *Foundation of Social Theory*. Cambridge: Harvard University Press.
- Granovetter, M.**, 2003. La fuerza de los lazos débiles: revisión de la teoría reticular. En: Requena, F. *Análisis de Redes Sociales: Orígenes, Teorías y Aplicaciones*. Madrid: Siglo XXI de España Editores.
- McNamara, E., Weininger, E. y Lareau, A.**, 2003. From Social Ties to Social Capital: Class Differences in the Relations Between Schools and Parent Networks. *American Educational Research Journal*, 40 (2), 319-351.
- Ministerio de Planificación**, 2009. *CASEN. Familia*. Disponible en www.mideplan.cl [visitado el 20 de marzo de 2011].
- Ministerio de Salud**, 2006. *II Encuesta de calidad de vida y salud*. Chile 2006. Disponible en epi.minsal.cl
- Montaño, S. y Calderón, C., coord.**, 2010. *El cuidado en acción: entre el derecho y el trabajo*. Santiago: CEPAL.
- Oliva, A., Parra, A., Sánchez-Quejía, I. y López, F.**, 2007. Estilos educativos materno y paterno: evaluación y relación con el ajuste adolescente. *Anales de Psicología*, 23 (1), 49-56.
- Reay, D.**, 2000. A Useful Extension of Bourdieu's Conceptual Framework?: Emotional Capital as Way of Understanding Mother's Involvement in Their Children's Education? *The Sociological Review*, 48 (4), 568-585.
- Voz de Mujer**, 2010. *Encuesta Nacional Mujer y Trabajo*. Santiago: Comunidad Mujer.
- Winnicott, D.**, 1993. *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires, Argentina: Editorial Paidós.

La Iglesia Católica en la opinión pública: balance de una década

EDUARDO VALENZUELA

Director del Instituto de Sociología UC

La última Encuesta Nacional Bicentenario ha incluido un conjunto de preguntas acerca de la posición institucional de la Iglesia Católica que replican a aquellas que se hicieron en la Encuesta Nacional de Iglesia (Conferencia Episcopal de Chile-Instituto de Sociología de la Universidad Católica 2001) hace diez años. Ambas encuestas fueron diseñadas con muestreos probabilísticos de hogares de buen tamaño (alrededor de 2.000 casos para cada una) y con la pretensión de representar una porción importante de la población nacional (ciudades de más de 30 mil habitantes, alrededor del 70% de la población total, hombres y mujeres de 18 años y más, cualquiera sea su identificación religiosa). La encuesta de 2001 estaba enteramente dedicada a temas religiosos y eclesiales, mientras que la Encuesta Bicentenario de 2011 incluye solamente un módulo dedicado a estos problemas. Y es que la experiencia indica que las encuestas monotemáticas tienden a interesar más a las personas involucradas en el problema de referencia, quienes aceptan contestarlas con mayor frecuencia y mejor disposición. Ambos sondeos llevaban la marca de la Universidad Católica en el diseño y responsabilidad de los cuestionarios. El método de aplicación fue también el mismo: se obtuvieron respuestas en papel y lápiz en el marco de entrevistas cara a cara en hogares particulares seleccionados aleatoriamente.

El lapso que cubren ambas encuestas (2001 y 2011) estuvo marcado por las denuncias de abusos eclesiásticos que sacudieron a la Iglesia Católica tanto a nivel mundial (con la oleada de acusaciones que afectaron al catolicismo norteamericano al comenzar la década, y también a iglesias europeas en la última parte del decenio), como local. Las denuncias nacionales tuvieron dos

inflexiones importantes: alrededor del 2002-2003, con el caso emblemático del llamado “cura Tato”, y luego, al finalizar la década, con el proceso igualmente resonante del cura Karadima (2010-2011).

La primera encuesta de 2001 no estuvo marcada por ninguna situación conocida de abuso eclesiástico en el país, mientras que la última tiene todavía fresco el caso más importante que ha afectado a la Iglesia chilena. Este hecho produjo un fuerte sacudón en la confianza en la Iglesia Católica, muy similar al que ya se había producido con respecto a las instituciones políticas –Congreso y judicatura en particular– en la década pasada a raíz de denuncias de corrupción igualmente impactantes. Al comenzar la década, la Iglesia Católica era de las pocas instituciones que gozaba de un aprecio amplio y significativo, mientras casi todas las demás entidades perdían credibilidad, incluyendo las Fuerzas Armadas, atravesadas por las acusaciones de violación de los derechos humanos y la crisis provocada por el arresto del general Pinochet en Londres. Al finalizar la década, sin embargo, la Iglesia había perdido gran parte de esa posición de privilegio en la estima pública.

El contexto de abusos eclesiásticos y su impacto sobre la credibilidad pública de la Iglesia debe ser distinguido cuidadosamente de otros cambios que vienen ocurriendo con la Iglesia hace mucho más tiempo. La caída en la identificación católica de la población chilena ha sido una tendencia persistente desde hace varias décadas. En el censo de 1992 los católicos alcanzaron el 76% (aunque los datos de censos anteriores no están disponibles, las encuestas de Hamuy de los años sesenta y setenta marcaban alrededor de 82%). En el censo de 2002, en tanto, esta proporción había descendido a 70%. La retracción

del número de católicos en el país está calculada en 22% para el período 1950-2000 (aunque en términos absolutos los católicos se han duplicado en el mismo lapso) (Augustyn, 2006). Chile tendría una de las mayores tasas de decrecimiento relativo de población católica del mundo. La razón más importante de esta tendencia ha sido el auge de los cultos evangélicos y de quienes no se identifican con ninguna religión. El pentecostalismo chileno es uno de los más antiguos de América Latina, pero su ritmo de crecimiento aumentó mucho en las últimas décadas. De hecho, alrededor de 1970 solamente el 5% de los chilenos se declaraba evangélico, mientras que veinte años después ya marcaban 12% y en el último censo de 2002 alcanzaron el umbral del 15%.

Los datos de la Encuesta Bicentenario del último quinquenio muestran, no obstante, un crecimiento más lento y moderado de la población evangélica (alrededor de 17% en la víspera del próximo censo de 2012). Las limitaciones de esta expansión se han explicado por el amplio ciclo de prosperidad económica que ha atravesado el país, la reducción significativa de la extrema pobreza (donde estuvieron radicadas el grueso de sus conversiones religiosas) y las dificultades del pentecostalismo para acceder a la clase media mejor educada en los marcos de un culto fuertemente carismático y extático. El evangelismo ha tenido siempre una capacidad especial para reparar desórdenes graves en la experiencia vital de las personas (alcoholismo, enfermedades, miseria, criminalidad), pero se pone a prueba ahora, en el marco de una población evangélica de segunda generación (calculada actualmente en 50% del total), que aspira a conservar y aumentar los umbrales de integración que ha conseguido y no solamente vencer y reparar experiencias de desintegración. Sin duda, el evangelismo no ha conseguido vincularse sólidamente con las aspiraciones de movilidad social que aparecen por doquier en los medios populares (y continúa asociado con una religiosidad de extremadamente pobres), aunque muchas iglesias han comenzado a establecerse en los marcos de una cultura de la decencia y la respetabilidad que sintoniza mejor con las nuevas aspiraciones.

Por otra parte, la Encuesta Bicentenario ha mostrado que lo que comienza a tomar más fuerza es la población que no se identifica con ninguna religión, estimada en 10% en el último censo, pero con estimaciones de aumentar a alrededor de 18% al finalizar la década (pudiendo llegar hasta el 25% en los jóvenes de 18 a 30 años). Este grupo no debe confundirse siempre con el de los no creyentes: la proporción que se confiesa atea/agnóstica es muy exigua y muchos de quienes no profesan ninguna religión

creen en Dios e incluso en Jesucristo y conservan alguna devoción mariana. La desvinculación religiosa ha perdido su talante ateo y anticlerical —característico de las clases medias ilustradas del pasado— acompañado de dudas filosóficas acerca de la existencia de Dios y de muchísima hostilidad hacia la Iglesia, para convertirse en una actitud de desafección institucional y de indiferencia religiosa. Una parte importante de esta población corresponde simplemente a cristianos cuya fe se ha desinstitucionalizado hasta el punto de que casi no pueden confesar alguna fe, o lo hacen de una manera muy imprecisa. La frontera entre esta clase de no creyentes y los católicos que se identifican como tales, pero que permanecen completamente alejados de la iglesia sacramental (y en algunos casos también de la religiosidad popular) se ha vuelto muy delgada e imprecisa. En el caso de los jóvenes, se ha observado que las identidades culturales adscritas y heredadas (del tipo “en esta familia hemos sido siempre católicos”) se tornan menos perentorias y también que la posibilidad de no declarar religión es menos rechazada que antes, lo que ha abierto las puertas para que una porción importante del catolicismo desafeccionado, que ha existido siempre, se exprese de manera más abierta y explícita.

Otros autores han mostrado que la desafección, las dudas y la incertidumbre religiosa no tienen otro cauce que la increencia en países con iglesias nacionales o hegemónicas y que carecen, por ende, de pluralismo y alternativas religiosas. La diferencia entre la secularización europea y norteamericana ha sido explicada de esta manera: la estructura denominacional de las iglesias norteamericanas permite encontrar alternativas religiosas y evitar las salidas de la religión, que son mucho más frecuentes en el marco de las iglesias nacionales europeas. Un estudio muy reciente ha mostrado, por ejemplo, que el catolicismo norteamericano perdió casi dos millones de fieles en los cinco años posteriores a la gran crisis de abusos sexuales (alrededor de 3 mil millones de dólares en donaciones se desviaron hacia otras iglesias); cerca de la mitad de esta deserción se dirigió hacia otras iglesias y una parte importante de este flujo se movilizó hacia las iglesias bautistas que se encuentran en las antípodas de las iglesias católicas por su talante estricto y particularmente puritano (Hungerman 2011).

Una crisis de confianza

El declive en la credibilidad pública de la Iglesia Católica es el dato mejor documentado hasta el momento: la Encuesta Nacional de Iglesia de 2001 otorgaba 61%

de confianza eclesiástica en el país (mucho/bastante confianza en la escala convencional sobre instituciones), mientras la última Encuesta Bicentenario entrega solamente el 32%, lo que indica que el total de credibilidad se ha reducido casi a la mitad. Estos datos están bien respaldados por las series CERC y CEP.

La credibilidad entre no católicos ha desaparecido casi por completo. En 2001 todavía el 16% de evangélicos y el 21% de los que no declaraban religión confiaban en la Iglesia Católica, pero hoy día esos datos son ambos casi cero. No se sabe hasta qué punto esta desconfianza entre no católicos se ha tornado derechamente en hostilidad y en caldo de cultivo de nuevas “guerras religiosas”.

La confianza entre católicos también ha mermado desde 76% hasta 47% durante la década. El dato crucial, no obstante, es que casi toda esta caída se concentra en católicos no observantes, donde actualmente se obtiene un registro de apenas 29%, que debe compararse con el 81% que se anota entre católicos observantes. Mientras la confianza retrocede cerca de 10 puntos porcentuales entre observantes, entre no observantes la caída es de casi 40 puntos. Esta retracción hacia el círculo interno de los católicos observantes es bien conocida. La confianza es siempre más consistente entre los cercanos que son capaces de apreciar vivamente la institución y están más comprometidos con su suerte (los cuentacorrentistas confían más en los bancos, tanto como los militares en las Fuerzas Armadas). Casi se puede decir que la crisis de confianza en la Iglesia Católica no se ha anidado entre los católicos más activos, lo que explica que los indicadores de actividad religiosa (asistencia a misa, por ejemplo) no aparezcan demasiado resentidos y que la crisis se vuelva menos visible y apremiante ante los ojos del mismo personal eclesiástico que no observa cambios dramáticos en su feligresía.

No se puede distinguir exactamente hasta qué punto este declive en la confianza proviene de tendencias de largo plazo que afectan a todas las instituciones (“*confidence gap*” características de los años setenta norteamericanos para todas las instituciones políticas que nunca recuperaron los niveles de credibilidad que tuvieron antaño) o son efectos pasajeros y ocasionales de los escándalos públicos en que se ha visto envuelta la Iglesia. Los datos de la Encuesta Bicentenario muestran una caída abrupta de la confianza en los últimos dos años: hasta 2009 se había mantenido en 44% (después de la primera oleada de denuncias locales de abuso eclesiástico) para descender a 35% y 29% en los años siguientes (en medio de

la segunda oleada, sin duda, la más grave). La serie de encuestas realizadas por la Universidad Diego Portales, por su parte, muestran una tendencia que oscilaba en torno al 43% entre 2008-2010 para caer a 24% en 2011, lo que arroja también efectos contingentes relacionados con la condena vaticana en el caso Karadima (aunque la tendencia a la baja en la encuesta UDP de 2011 afecta sospechosamente a todas las instituciones por igual, lo que puede indicar errores de medición). En la serie CEP, en tanto, la Iglesia Católica retrocede de 50% en 2009 a 45% en 2010 y 37% en 2011, lo que sugiere también un poderoso efecto Karadima en el declive de la credibilidad pública de la Iglesia Católica (los valores CEP son siempre algo más elevados que la Encuesta Bicentenario para todos los indicadores de confianza pública).

Los problemas de confianza institucionales son más agudos, sin embargo, cuando se los aprecia fuera de la escala institucional. Por ejemplo, en 2001 el 80% de los católicos declaraba que recurriría a un sacerdote para recibir ayuda o consejo en caso de una crisis personal, cifra que descendió a 53% en 2011. La proporción que otrora decía que lo haría de todas maneras, sin ninguna vacilación ni temor (52%), descendió a la mitad (23%) entre los católicos. Una encuesta realizada por el Instituto de Sociología UC (2011) revela que la credibilidad en la Iglesia Católica es claramente mayor (38%) que la que existe en los sacerdotes (21%). Entre los mismos católicos, esta diferencia es abismal: 61% confía en la Iglesia Católica, pero solamente el 34% lo hace en los sacerdotes. Asimismo, revela que la confianza en instituciones católicas —como colegios (58%), universidades (57%) y obras sociales, como la Fundación Las Rosas o el Hogar de Cristo (64%)— se mantiene en buen pie. Estas cifras indican que el grueso de la desconfianza se ha volcado sobre los sacerdotes cuyo prestigio y carisma aparece seriamente resentido.

La privatización de la religión

Aunque las presiones por desplazar a la religión de la esfera pública son de larga data, pueden verse alentadas en el marco de una crisis de credibilidad pública como la que atraviesa hoy la Iglesia. Esta inclinación a relegar a esta institución del campo de las decisiones públicas (“En general, se debería tomar más en cuenta a la Iglesia Católica a la hora de tomar decisiones públicas”) ha aumentado significativamente en los últimos años. Prueba de ello es que mientras en el 2007, el 35% pensaba que la Iglesia debía ser tomada más en cuenta, en 2011 esta cifra bajó a un exiguo 26%.

El margen de tolerancia frente al discurso público de la Iglesia también se ha estrechado. Al comienzo de la década se reconocía de manera casi unánime su propiedad para hablar sobre temas de moral social y familiar. Al finalizar el decenio, sin embargo, esta capacidad aparece bastante mermada. De hecho, se aprecia una caída de alrededor de 20 puntos en casi todos los temas sociales (pobreza, desigualdad y derechos humanos) que se estabilizan en torno al 60%. En este ámbito llama la atención que la Iglesia pierda tanta competencia en el problema de la pobreza, que otrora estaba en el primer lugar de los asuntos sobre los cuales la institución debía hablar. Asimismo, su capacidad en el tema del aborto descende de 81% a 63%. En el caso del matrimonio —que mantiene su preeminencia como el aspecto de mayor propiedad eclesiástica— la caída es algo menor que el promedio. En educación sexual, sin embargo, pierde muchísimo terreno: pasa del 69% al 45%, convirtiéndose en el único tema en que la tolerancia respecto de la capacidad discursiva de la Iglesia se vuelve negativa.

La desinstitucionalización de la fe y la moral

Los datos comparados de la última década también muestran una proporción creciente de encuestados que consideran que las personas pueden ser justas y buenas sin la ayuda de la religión: los que están absolutamente de acuerdo con esto han pasado de 29% a 53%, casi el doble en el lapso de un decenio. Debe notarse que prácticamente todo el aumento está concentrado entre católicos, quienes incrementan su adhesión a este enunciado de 27% a 52%, mientras que entre evangélicos y no creyentes esta subida es mucho más moderada, lo que indica un trastorno singular en el mundo católico.

La legitimación creciente de una moral laica es característica de períodos de oscurecimiento de la moral religiosa, íntimamente ligada en nuestros países con la moral eclesiástica. La reputación moral de los sacerdotes asociada doblemente —a veces de manera inestable también— con el celibato y el servicio a los más pobres (una u otra, en algunos casos con ambos atributos) se desequilibra por ambos lados. En primer lugar, por el abandono creciente del carisma diaconal del servicio y compromiso con los más pobres y el recentramiento del carisma sacerdotal en los valores del celibato y de la piedad sacramental y, en segundo lugar, por los abusos sexuales que ponen en entredicho justamente los fundamentos de este nuevo carisma sacerdotal. Más adelante se muestra cómo la imagen de la Iglesia Católica se carga

crecientemente hacia el núcleo de la piedad sacramental (especialmente en mujeres y adultos mayores, y también en los ricos, que elaboran siempre una religiosidad pietista basada en los ideales de la pureza más que del servicio) mientras pierde pie su imagen social.

Por ahora, basta observar el impacto que tienen los abusos sexuales sobre la credibilidad de la moral eclesiástica y especialmente sobre el valor del celibato. Una encuesta del Instituto de Sociología de la Universidad Católica (2010) muestra que el 53% de los chilenos atribuye los abusos sexuales al celibato (y solamente el 38% a la homosexualidad), resultados que entre católicos son exactamente iguales. Esta misma encuesta también muestra que solo el 47% encuentra que el “celibato de un sacerdote es un mérito especial que merece reconocimiento”, cifra que se eleva a 58% entre los católicos. En su conjunto, el celibato eclesiástico —que constituye la marca principal de la distinción estamental entre curas y laicos— pierde credibilidad moral de una manera que requiere mucha atención, ya que en vez de aparecer asociado con la pureza, aparece vinculado con la corrupción.

Otro dato de la Encuesta Bicentenario apunta directamente al problema de la desinstitucionalización de la fe: la proporción que señala que la “fe puede vivirse sin pertenecer a ninguna iglesia” alcanza al 64% de los católicos (y solo cede algo entre los evangélicos, donde llega al 47%). Lamentablemente, no tenemos en este caso un punto de comparación para observar cuánto podría haber avanzado esta aseveración. Es arriesgado interpretar esta sentencia en el sentido propiamente luterano de la sola fides, puesto que la mediación eclesiástica de la fe, especialmente de la religiosidad popular en nuestros países, ha sido siempre baja. Gran parte de la fe se vive, de hecho, al margen de la iglesia, como muestran las expresiones más salientes de la religiosidad popular, especialmente de la devoción mariana. Es muy probable que la crisis de la credibilidad institucional de la Iglesia Católica no tenga ningún impacto sobre el alcance y vigencia de la piedad popular. Es difícil aislar entonces lo que haya de religiosidad popular (y natural) en esta voluntad de vivir la fe al margen de una iglesia y lo que haya propiamente de desinstitucionalización de la experiencia religiosa: una fe anteriormente implantada en la estructura sacramental de la Iglesia que comienza a desplazarse hacia afuera. No tenemos datos precisos sobre esto. La Encuesta Bicentenario muestra un declive suave en la proporción de católicos que sostiene que va a misa semanalmente (baja de 19% en 2006 a 15% en 2011). No obstante, la experiencia de la crisis del catoli-

cismo norteamericano enseña que el núcleo de católicos observantes permanece activo y fiel puesto que su lealtad está puesta en la comunidad de pertenencia religiosa (parroquia, iglesia o comunidad local) que habitualmente no resulta afectada con los escándalos. Los procesos de desinstitucionalización afectan, por el contrario, a la masa de católicos que tienen una relación más ocasional y distante con la estructura sacramental de la Iglesia.

Un cambio de imagen

Un último aspecto que puede ser considerado es el cambio en la imagen de la Iglesia Católica en la última década. En el eje ricos-pobres (“¿Dónde ubicaría usted a la Iglesia Católica: más cerca de los ricos o más cerca de los pobres?”), esta institución conserva una posición de equilibrio (alrededor del 40% indica que está entremedio, ni especialmente inclinada hacia los ricos ni hacia los pobres). Sin embargo, la proporción que la ubica definitivamente hacia los ricos ha crecido de 21% en 2001 a 36% en 2011 (al revés, quienes la sitúan más cerca los pobres han descendido de 38% en 2001 a 28% en 2011). Esta imagen de una Iglesia de ricos es más común entre evangélicos y personas que no declaran religión que entre católicos, donde la percepción de clase está definitivamente equilibrada. En el eje izquierda-derecha los cambios son más dramáticos: la posición de equilibrio estaba marcada por el 60% en 2001, pero ahora solamente alcanza al 47%. Quienes cargan la imagen de la Iglesia Católica hacia la derecha, por su parte, han aumentado vertiginosamente de 18% a 41% en el lapso de esta década.

El desplazamiento de la agenda –tanto de la Iglesia como de la izquierda– desde la pobreza y los derechos humanos hacia los problemas de familia y sexualidad pueden explicar estos cambios tan abruptos. También en este caso es cierto que una imagen de derecha es más frecuente entre no católicos, aunque los católicos observan también un sesgo político, cosa que no ocurría con el sesgo de clase.

El desplazamiento de imagen en el eje jóvenes-adultos es también muy dramático. Así, la posición de equilibrio que era marcada por el 52% en 2001 alcanza el 34% en 2011, mientras que quienes cargan la imagen de la Iglesia hacia los adultos han subido de 21% a 48%. La percepción de una Iglesia más vieja se instala muy consistentemente. Más o menos lo mismo ocurre con el eje mujeres-hombres. En este caso, la posición de equilibrio retrocede de 67% a 46% y la inclinación hacia las mujeres –un rasgo característico de la Iglesia preconciliar– aumenta de 28% a 47%. El desplazamiento

hacia mujeres y adultos es algo percibido por igual entre católicos y no católicos. En su conjunto, la imagen de la Iglesia aparece hoy con más sesgo que hace una década: ligeramente más inclinada hacia los ricos, pero más contundentemente volcada hacia la derecha, los adultos y las mujeres. Asimismo, el tinte conservador, y en cierto modo, la imagen preconciliar reaparecen con fuerza según estos datos. El principal riesgo que corre la Iglesia es quedar confinada en una imagen de élite, una posibilidad que es refrendada con la enorme proporción de quienes la inclinan hacia el bando de los que tienen el poder, la derecha y los ricos. La iglesia y la piedad popular –y en general, la iglesia de masas que convoca a miles– pierde visibilidad, oculta detrás de las poderosas órdenes religiosas, firmemente ancladas en las élites empresariales y políticas que comienzan a monopolizar la imagen de la Iglesia institucional. Otro aspecto relacionado, pero distinto, es la imagen conservadora de la Iglesia, vinculada con el pietismo de clase alta y la defensa exagerada de la familia (que reduce la ética cristiana a una moral particularista de la familia) que resiente los compromisos sociales y de bien común que están tan hondamente arraigados en el carisma eclesial.

Referencias

- Augustyn, B.**, 2006. *The Growth and Decline of the Ordination Rates to the Roman Catholic Diocesan Priesthood Cross Nationally, 1950-2000*. Tesis (PhD). Catholic University of America, Department of Sociology, Washington D.C.
- Hungerman, D.M.**, 2011. Substitution and Stigma: Evidence on Religious Competition from the Catholic Sex-Abuse Scandal. *NBER Working Paper Series*, 17589. National Bureau of Economic Research.
- Instituto de Sociología UC**, 2011. *Encuesta nacional de Iglesia*.
- Instituto de Sociología UC**, 2010. *Encuesta nacional de Iglesia*.

ANEXO

Encuestas, metodología y propósito

Encuesta Nacional de Iglesia: Conferencia Episcopal de Chile, 2001

Población objetivo: Hogares, personas de 18 y más, hombres y mujeres de cualquier nivel socioeconómico.

Universo: Nacional, muestreo estratificado de comunas por tamaño y zonas, con selección aleatoria en todas las etapas.

Instrumento de medición: Cuestionario estructurado aplicación cara a cara.

Tamaño muestral: 2.019 casos, margen de error +/- 2,2.

Encuesta Nacional Bicentenario, Universidad Católica-Adimark, 2011

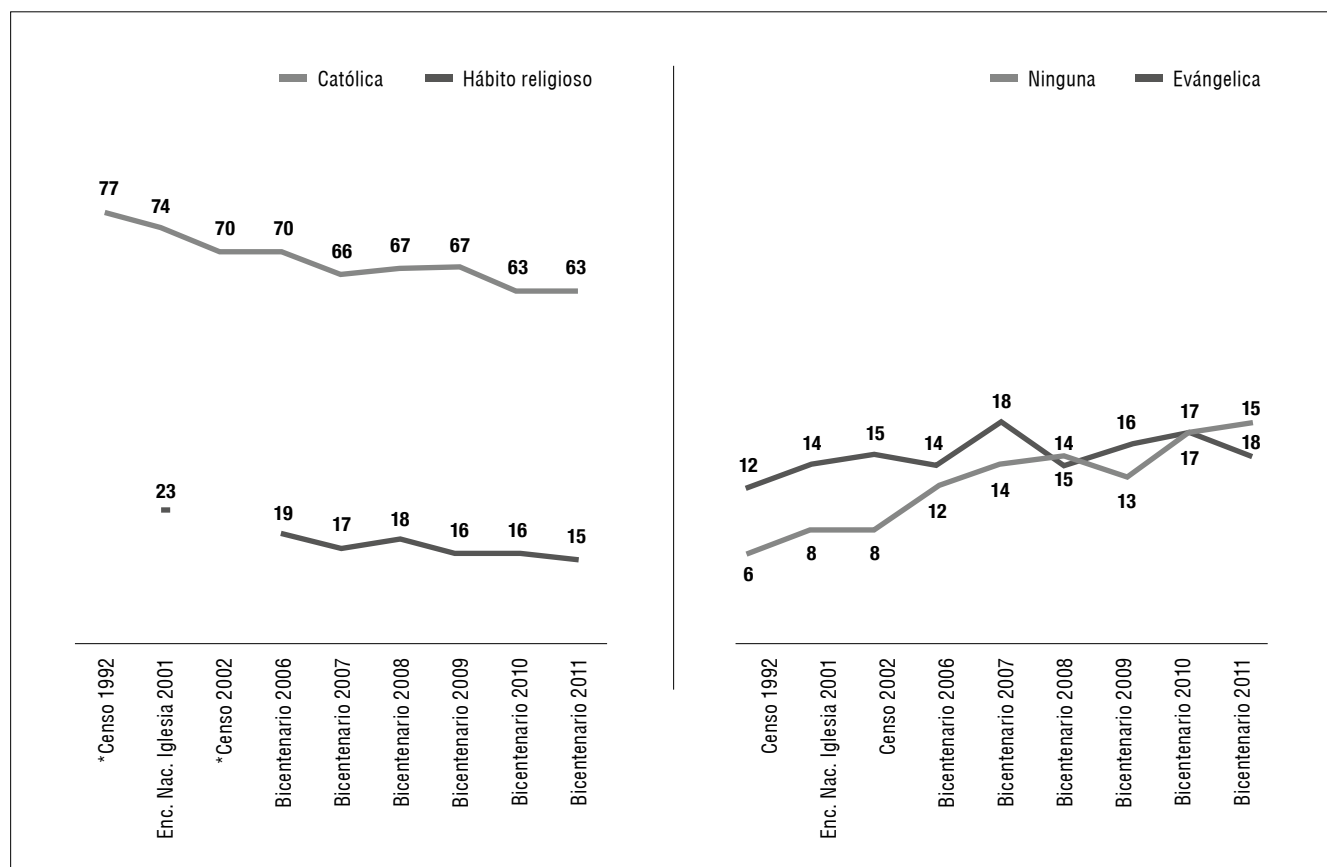
Población objetivo: Hogares, personas de 18 y más, hombres y mujeres de cualquier nivel socioeconómico.

Universo: Nacional, muestreo estratificado de comunas por tamaño, con selección aleatoria en todas las etapas.

Instrumento de medición: Cuestionario estructurado aplicación cara a cara.

Tamaño muestral: 2.005 casos, margen de error +/- 2,2.

Gráfico 1 | Evolución de la identificación religiosa (%)



*En Censo 1992 y 2002 no se indagó respecto al hábito religioso.

Gráfico 2 | Identificación religiosa según grupos de edad (%)

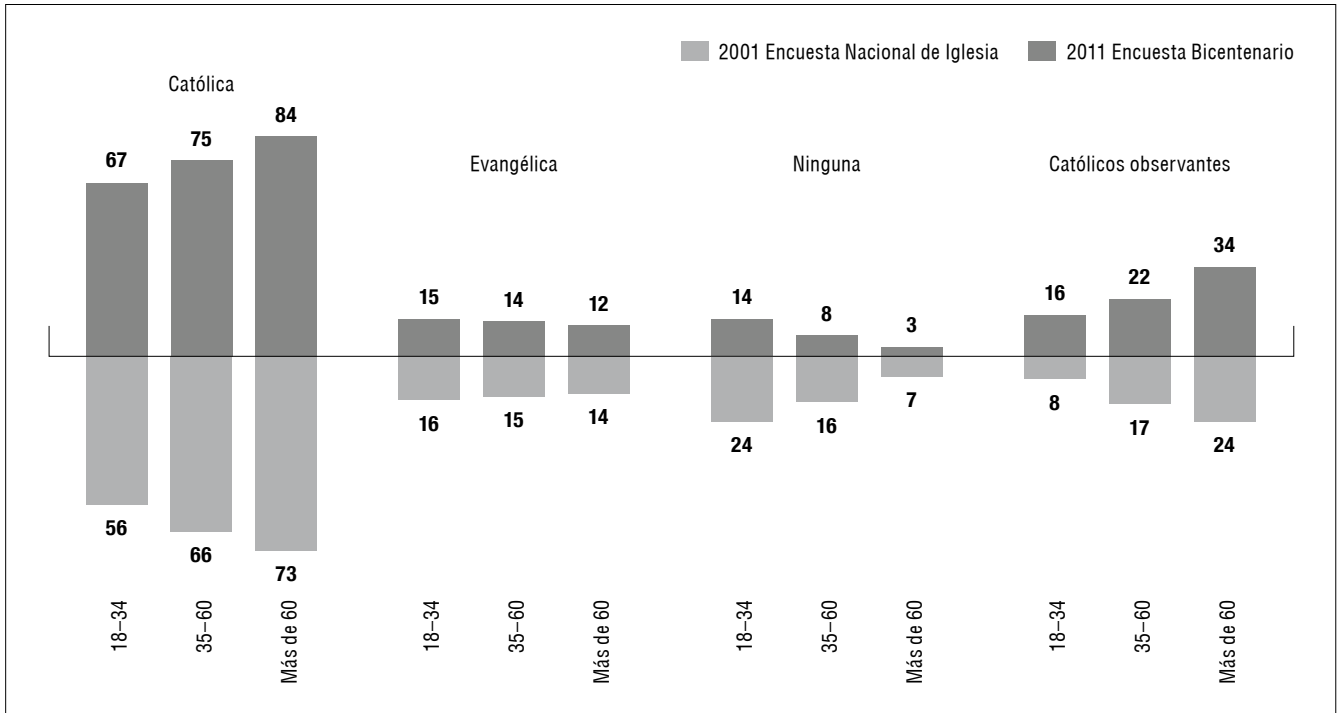


Gráfico 3 | Declive de la confianza en la Iglesia Católica según religión y observancia (%)

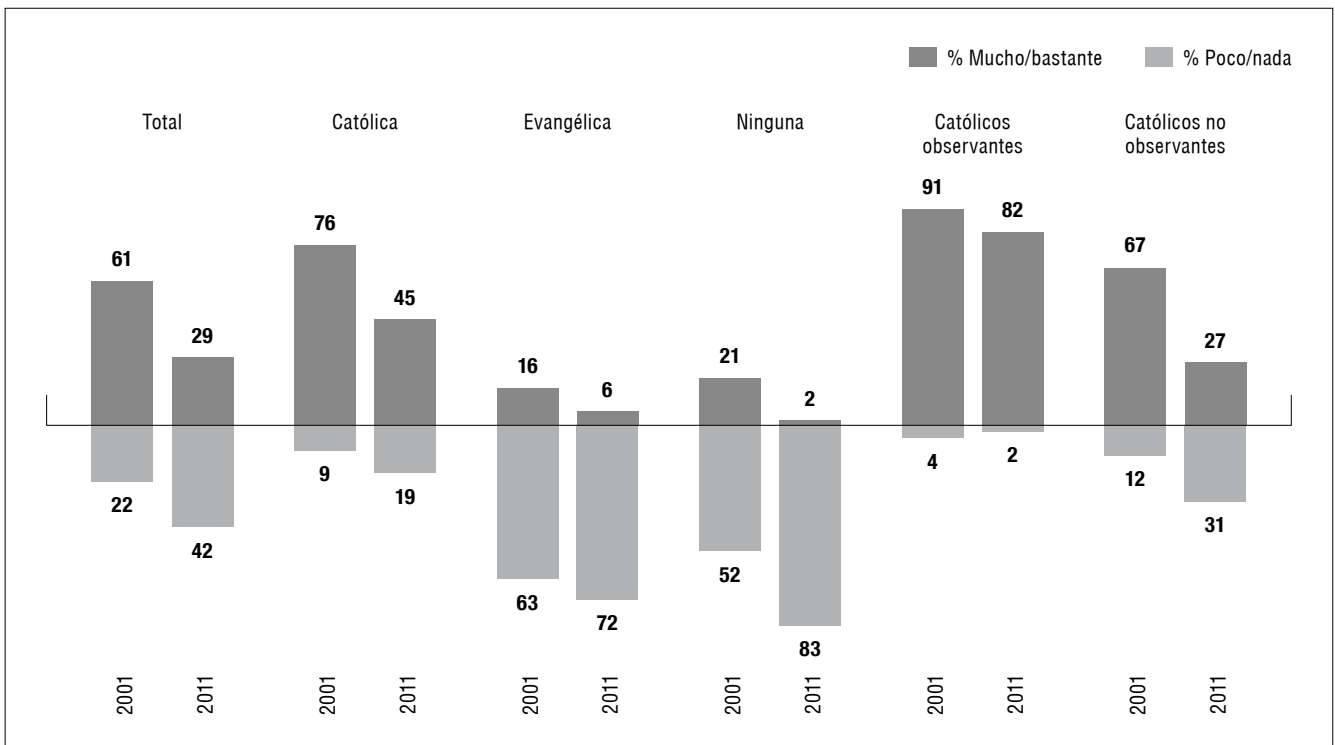


Gráfico 4 | Confianza en sacerdotes entre católicos
 Enfrentado a una crisis personal, ¿recurriría a un sacerdote para recibir ayuda o consejo?

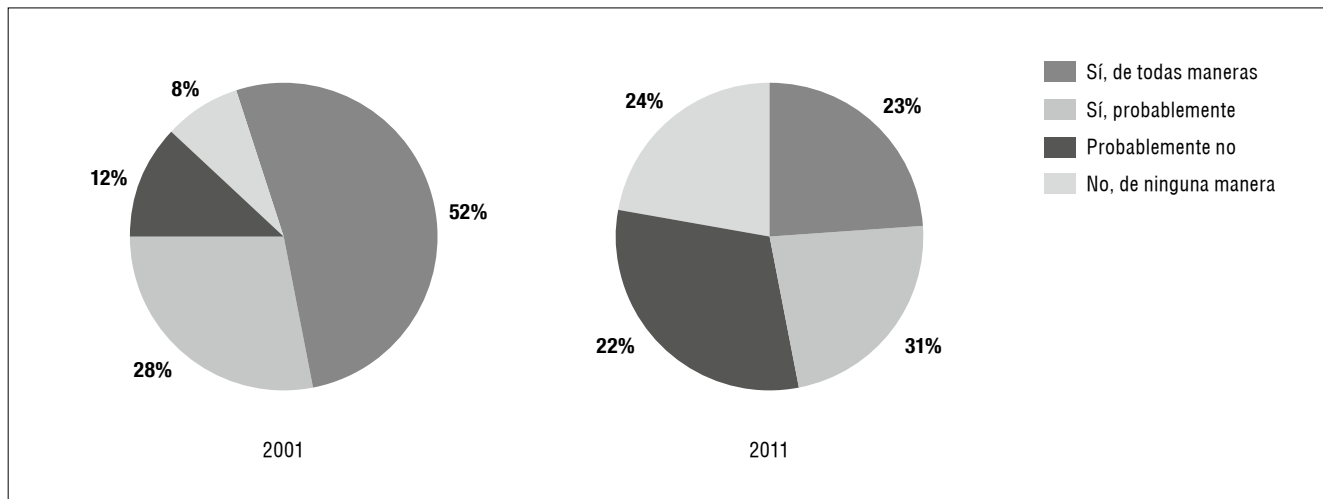
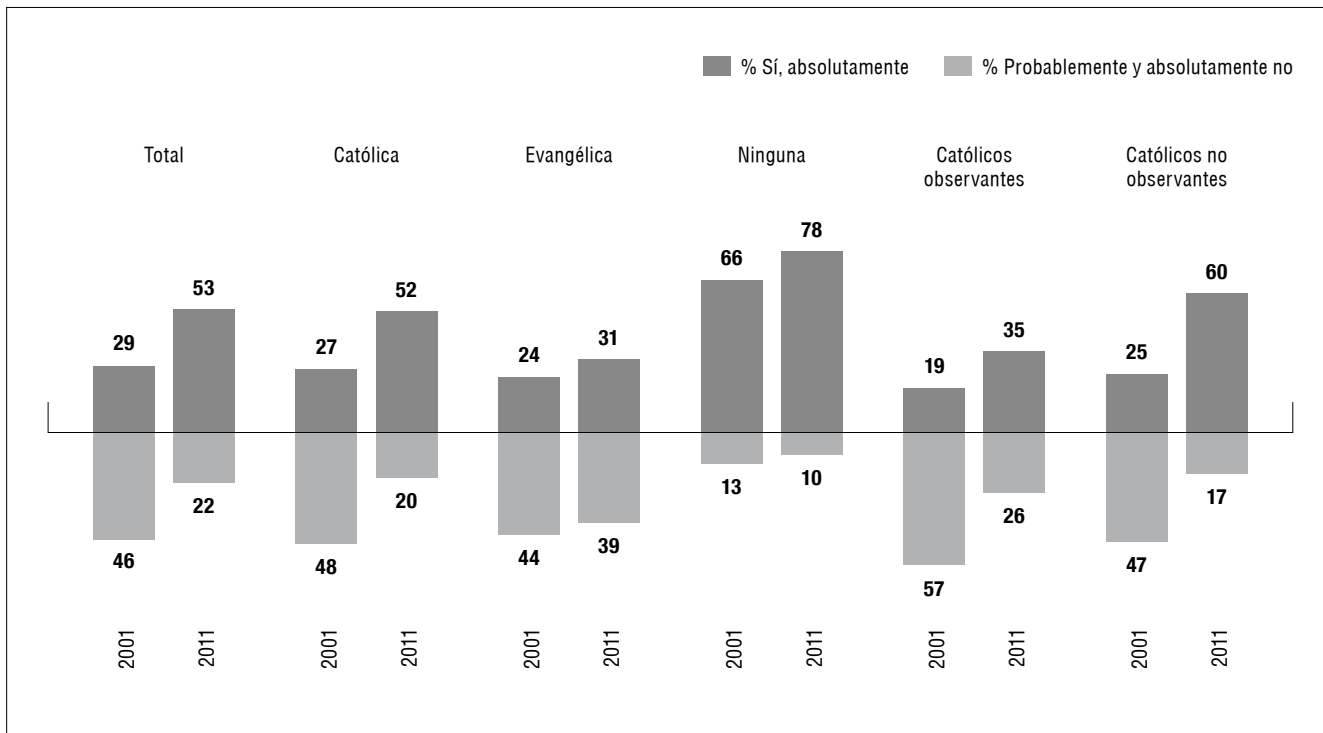


Gráfico 5 | Moral y religión
 La mayor parte de las personas pueden ser justas y buenas sin la ayuda de la religión



Comentario

SOL SERRANO

Académica del Instituto de Historia UC

En un tema tan sensible como este, que es objeto de un debate duro y sordo en no pocos círculos, se nos ofrece un análisis para comprender antes que para defender, para comprender como insumo para la reflexión y el cambio. Las noticias no son auspiciosas para la Iglesia, y quisiera destacar que la mensajera sea una universidad católica.

Hemos visto que el primer valor del análisis es contar con información serial que permite captar no solo una fotografía, sino las tendencias en una década compleja para la Iglesia y también de cambios societales que quizás recién empezamos a avizorar.

Mi primera reacción es preguntarme si podemos hacer este ejercicio en el largo plazo. En rigor no, porque los instrumentos son distintos y sería comparar peras con manzanas. Pero las mediciones en el tiempo pueden aportar, no rigor metodológico, sino tendencias fragmentadas sobre mutaciones culturales.

Es cierto que los historiadores tenemos muchas dificultades para medir y ello se debe no solo a que no hicimos cálculo I, sino a que no podemos medir aquello que los actores del pasado no se interesaron en medir. El instrumento es por ello tan valioso como el resultado.

La sociología religiosa empírica es relativamente nueva. El levantamiento de esos datos no le interesó ni a la Corona ni al Estado nacional hasta 1907. No obstante, la Iglesia ha sido una institución con gran vocación por medir, porque requería saber si efectivamente estaba salvando las almas. Desde el Concilio de Trento recogió sistemáticamente información a través de las visitas pastorales, que eran encuestas, porque tenían un cuestionario tipo, no con alternativas, pero sí con preguntas abiertas. Y no eran aleatorias, porque las respondía el

cura a veces con rigor cuantitativo, cuando podía, a veces a puro ojo.

El sentido no era medir a la sociedad, insisto, sino salvar almas. Por tanto, lo fundamental era el acceso real de los fieles a los sacramentos y a la doctrina y el rigor de la vida religiosa. Nunca, ningún resultado fue auspicioso.

En 1903 se creó la Oficina de Estadística del Arzobispado de Santiago, que generaba su propia información y la cruzaba con las muchas otras producidas por el Estado. Su objetivo era medir las condiciones de acceso a la vida religiosa. El universo no eran los “católicos”, sino la población. Esa distinción parecía inofensiva. Cuando el Padre Hurtado escribió su famoso libro en 1941 *¿Es Chile un país católico?*, la pregunta tenía un supuesto: que los chilenos eran católicos y que no podían serlo en un sentido evangélico por razones estructurales, especialmente por la pobreza, por el secularismo, que ya era no sólo liberal sino también marxista, y porque la Iglesia no lograba llegar a la mayoría de la población. El padre Alberto Hurtado tenía razón: el 98% de los niños nacidos eran bautizados, el 50% de los chilenos se casaba por la Iglesia, y el 10% iba a misa.

En dos palabras, si los chilenos no eran católicos, era porque no podían, no porque no querían. O, dicho de otra forma, la cristianización era un problema mucho más central para la Iglesia de mediados del siglo XX que la descristianización, aunque fueran dos fenómenos que convivían. Ello puede verse en la enorme encuesta que se realizó para la Misión General de 1962. Para entonces, se había creado la Oficina de Sociología Religiosa del Arzobispado.

Las encuestas iniciadas por el Instituto Sociología de la Universidad de Chile, a comienzos de los años 60, fueron las primeras mediciones religiosas no eclesásticas que llegaron a las personas mismas. Los datos de Eduardo Hamuy, a fines de los años 60 y comienzos de los 70, mostraban que el 83% se declaraba católico, el 8% decía no tener religión, y el 62% aseguraba ir a misa entre varias veces a la semana y una vez al mes.

Sin embargo, la encuesta de opinión de Santiago, realizada por el Centro Bellarmino de 1969, arrojó que el 12% iba a misa, mientras el 73 % se declaraba religioso o muy religioso. El 14% decía no tener religión, porcentaje del cual el 56% creía en un ser supremo. En fin, solo quiero mostrar que hay una coincidencia en los “perfiles” que ha clasificado Eduardo Valenzuela. Ellos no parecen nuevos.

La desinstitucionalización es un fenómeno antiguo. Valenzuela menciona la debilidad histórica de la mediación eclesial, con la que concuerdo (aunque posiblemente discrepo de su concepto de religiosidad popular), que se debía efectivamente a la capacidad material de la iglesia institucional.

La pregunta para mí es cuándo esa desinstitucionalización aparece como una opción –la fe puede vivirse sin pertenecer a una iglesia– y cuándo se empieza a distinguir racional y voluntariamente entre religión e institución. En la encuesta del Centro Bellarmino, ante la pregunta sobre con qué asocia a la Iglesia Católica, el 75% respondió “Dios o Cristo”. Sería interesante repetir esa pregunta hoy.

En cierta forma está hecha y se puede responder con el declive de la confianza pública en la Iglesia Católica que cae a los niveles que hemos visto. Eduardo Valenzuela señala que la Encuesta Nacional de Iglesia (realizada por la Conferencia Episcopal de Chile y el Instituto de Sociología UC en 2001) no alcanza a tomar el primer escándalo de abuso sexual como lo hacen las posteriores. La pregunta es por qué fue en esta década, como en los 90 en Estados Unidos, que aparecieron las denuncias de personas adultas abusadas en su infancia. A mi juicio, se debe a la toma de conciencia de los propios derechos por el proceso de individuación, de autonomía, que recorre con tanta fuerza social este periodo. Allí se expresa, creo, la distinción entre religión e institución.

Es posible que el tiempo más largo nos permita proponer que allí reside el principal quiebre, es decir, que la crisis es institucional más que religiosa, lo cual la distinguiría de otras magnas crisis de la Iglesia.

Minimizarla sería la más grave de las crisis.

Comentario

MONSEÑOR CRISTIÁN CONTRERAS
Obispo auxiliar de Santiago

La Encuesta Bicentenario ciertamente nos pone ante cuadros porcentuales que muestran la compleja situación de las instituciones en la actualidad, entre ellas, nuestra madre, la Iglesia Católica. Efectivamente, aunque la Iglesia Católica se encuentra entre las instituciones con mayor confianza pública, es evidente que desde 2001 esta ha caído, desde el 61% al 44% el 2006, y al 29% en el 2011. Sin embargo, otra encuesta, la del CEP, publicada el 29 de diciembre de 2011, mostraba que la confianza pública en la Iglesia Católica era del 37%, ubicándola después de las Fuerzas Armadas (54%), Carabineros (50%) y las radios (48%)¹.

Datos duros

Si el nivel de confianza en la Iglesia Católica ha decaído y se la percibe más bien cercana a quienes tienen poder, a los adultos, a las mujeres, a quienes se identifican políticamente con la derecha y a los más ricos, podría estar mostrando una lesión en su capacidad de convocatoria a todos los sectores de la sociedad.

Que un alto porcentaje considere que es posible llevar una vida moralmente recta sin ayuda de la religión (54%) y que se puede vivir la religión sin pertenecer a una iglesia (65%), son datos elocuentes y preocupantes —al menos en la opinión de los encuestados— respecto de cómo hemos vivido y anunciado la vocación de la Iglesia. Tal como lo expuso la Constitución dogmática *Lumen Gentium*: “La Iglesia es en Cristo como un sacra-

mento, o sea, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano” (LG, 1).

Estos son algunos de los duros datos de la realidad. El valor de la investigación realizada por la UC y Adimark está en que nos ayuda a la reflexión en medio del profundo proceso de cambios que experimentamos y que tocan de manera particular a todas las instituciones.

Mirada de contexto

Una comprensión adecuada de los datos requiere de una mirada al contexto. Durante 2011 hemos asistido a la irrupción de diversas movilizaciones. No se trata de un hecho aislado, sino de un fenómeno global que se expresa en un creciente malestar, relacionado con las formas establecidas democráticamente, o totalitariamente, de ordenar la convivencia. El año pasado constatamos el surgimiento de movilizaciones frente a la situación en los países árabes; ante los problemas económicos en Europa; ante la crisis alimenticia en África Oriental; ante las situaciones de pobreza y corrupción en América Latina; ante la depredación de los recursos naturales en distintas latitudes del mundo; ante los alarmantes niveles de violencia de quienes ejercen el terrorismo, el narcotráfico y la trata de personas o nuevas formas de esclavitud. En fin, son muchas las situaciones frente a las cuales surge la indignación social, en que las instituciones encargadas de orientar y modelar la convivencia no han sido capaces de dar respuestas satisfactorias. Las mismas encuestas nos muestran que en Chile estamos des “concertados”; des “alianzados”, des “ilusionados”, más aún, estamos des “contentos”. Esto ha dado paso al conglomerado global de los “indignados”.

Este proceso de malestar ciudadano nos indica que no

¹ La situación de la Iglesia Católica aparecía más agraciada en confianza ciudadana respecto, por ejemplo, del gobierno y los sindicatos (ambos con 22%), de las empresas privadas (18%), del Ministerio Público (17%), del Congreso y los tribunales de justicia (ambos con 13%) y qué decir, por desgracia, de los partidos políticos (7%).

estamos frente a cambios solo de carácter social y político, sino de un orden más profundo, es decir, en el ámbito de la cultura. Como señalaron los obispos de la Conferencia Episcopal de Chile el 10 de agosto de 2011, el empoderamiento de la sociedad civil y la ciudadanía más escolarizada y exigente; la revolución de expectativas ante el crecimiento económico del país, la evolución de demandas básicas hacia otras más complejas y diversificadas, serían, entre otras, señales de un cambio cultural que no logra ser asimilado con la misma rapidez por quienes ejercen los distintos liderazgos. La rebelión contra el modo de ejercer el poder y la mayor conciencia sobre diversos abusos en distintos ámbitos no parece sintonizar con el mundo político institucional tradicional, el que se ve sobrepasado y con dificultades para representar, canalizar y dar adecuada respuesta a las expresiones de malestar².

Más allá de la incapacidad institucional para responder a las expectativas ciudadanas, el cambio cultural que experimentamos se relaciona con otros temas. Tal como lo han señalado los estudios del PNUD, una de las características del cambio cultural actual es la centralidad del sujeto, lo biográfico, el proceso de individuación que vivimos, en detrimento de las instituciones como portadoras y dadoras de sentido para los sujetos. Se trata de un proceso de desinstitucionalización en que la referencia ética y cultural son los sujetos mismos³.

Este es el complejo contexto cultural en que se ubican los resultados de la Encuesta Bicentenario. Ciertamente, sobre estas condiciones estructurales incide también el significativo deterioro en la imagen de la Iglesia Católica, marcado por las graves situaciones de abusos psicológicos, sexuales y de ministerio protagonizadas por algunos sacerdotes en Chile. Un caso dramático ha sido, sin duda, el daño causado por el llamado “caso Karadima”, sentenciado por la Congregación para la Doctrina de la Fe.

Con todo, y sin pretender disminuir la gravedad de esta situación y de otras que deploramos por el perjuicio ocasionado a las víctimas de estos abusos y a la imagen de la Iglesia, me parece que la interpretación de los datos requiere mirar el contexto global y no solo estas situa-

ciones condenables que están siendo abordadas por la Iglesia en Chile a partir de normativas emanadas por la Santa Sede.

Otro tema sensible se refiere a la poca relevancia que tiene “la vida de todos los días de la Iglesia” en los medios de comunicación. Este es un tema en sí mismo y sería bueno que la Universidad Católica realizara un seminario, una mesa de diálogo sin anestesia entre las grandes instituciones existentes en la nación, los propietarios de los medios de comunicación y sus más representativos exponentes. Sería un noble ejercicio de transparencia.

Son estos algunos de los contextos en que se debe entender, en parte, la baja en la confianza en la Iglesia Católica y la desafección institucional de la que da cuenta el estudio.

Desafíos para la Iglesia

Asumidos algunos de los datos duros y la mirada de contexto, un primer desafío de las instituciones, incluida la Iglesia, es comprender los cambios culturales a los que asistimos. Este esfuerzo es clave para interactuar entre las instituciones de modo que puedan liderar los procesos de transformaciones sociales. El bien común de la sociedad lo exige y debe ser siempre el norte que verifique los anhelos de una convivencia respetuosa e inclusiva. De este modo, las instituciones podrán canalizar, representar y depurar las demandas de la influencia de las ideologías manipuladoras o de las nuevas dictaduras de minorías con gran capacidad comunicacional. No por nada la Iglesia Católica, a través de laicos de auténtica adhesión eclesial, impulsó las amplias y plurales mesas de diálogo con ocasión del Bicentenario.

Un segundo desafío tiene que ver con la capacidad de las instituciones para reflexionar sobre sí mismas y su aporte al entorno social, cultural e histórico. Vivimos tiempos en que se valora la transparencia y la consecuencia. Recuperar credibilidad y capacidad para responder a las demandas de personas y comunidades, implica asumir este esfuerzo en mayor coherencia con la identidad profunda de cada institución. También pedir perdón por los pecados, por los abusos y errores come-

2 Declaración “Recuperemos la confianza y el diálogo”, n. 3.

3 Esto plantea temáticas que no podemos soslayar, como la concepción de libertad y de felicidad que anida en el sujeto chileno; el bien individual en contraste con el bien común; un ambiente de creciente desconfianza entre las personas, así como entre estas y las instituciones; el sentido de la vida y de la existencia en común. Un ejemplo muy concreto de estas disociaciones es la crisis de la familia, las exigencias que a ella se le hace y las pocas ayudas concretas que recibe. Esto afecta también a la institución matrimonial con las consecuencias para el desarrollo armónico de los hijos.

tidos. En el caso de la Iglesia Católica, esta necesidad ya había sido advertida en la V Conferencia General del Episcopado Latinoamericano y del Caribe, realizada en 2007 en el Santuario de Aparecida, Brasil, que llamó a una profunda conversión personal, pastoral y eclesial⁴. Y en este desafío quisiera dejar enunciado un tema de fondo que se refiere a la auténtica adhesión eclesial del laicado católico y las incoherencias vitales que pueden ser causas del ateísmo, del agnosticismo y, peor aún, como sería en el caso chileno, del indiferentismo religioso. Ya lo decía el Concilio Vaticano II, al mencionar que entre las causas del ateísmo moderno “pueden tener parte no pequeña los propios creyentes, en cuanto que, con el descuido de la educación religiosa o con la exposición inadecuada de la doctrina, o incluso con los defectos de su vida religiosa, moral y social, han velado más bien que revelado el genuino rostro de Dios y de la religión” (Gaudium et Spes, 19).

Un tercer y último desafío es la necesidad de cercanía, de dar sentido a la existencia humana. Efectivamente, la capacidad de ser instituciones que den respuestas a las búsquedas de los hombres y mujeres de hoy supone una adecuada comprensión de los cambios culturales y de las demandas sociales. Supone mayor transparencia, consecuencia y cercanía a las personas. En este sentido, la necesaria función orientadora y articuladora de las instituciones requiere fortalecer los debilitados vínculos sociales que se constatan en la actualidad y generar posibilidades de encuentros, desde la cercanía vital con la comunidad. En este desafío, la Iglesia muestra grandes y notables fortalezas. En efecto, en la evaluación sobre personas concretas, un significativo porcentaje señala que recurriría a un sacerdote para superar crisis personales. El buen trato y la cercanía personal humanizadora son un desafío para instituciones que quieren recuperar la credibilidad de la población. No por nada el proemio de la Constitución Pastoral sobre la Iglesia en el mundo actual, *Gaudium et Spes*, hace una verdadera confesión de fe: “Los gozos y las esperanzas, las tristezas y las angustias de los hombres de nuestro tiempo, sobre todo de los pobres y de cuantos sufren, son, a la vez, los gozos y las esperanzas, tristezas y angustias de los discípulos de Cristo. Nada hay verdaderamente humano que no encuentre eco en su corazón (...) La Iglesia por ello se siente íntima y realmente solidaria del género humano y de su historia”. En Chile queremos hacer viva esta com-

preñión de la misión eclesial. Nuestro ideal en la Misión Continental es “Chile, una mesa para todos”. Se trata de compartir el pan, “cum panis”, es decir, ser compañeros de Jesús y de los hermanos.

Ex Corde

Finalmente, frente a la conciencia de un cambio de época, el llamado a la renovación institucional es parte de la esperanza con que los cristianos católicos miramos la historia, sabiendo que en ella se manifiesta la acción del Señor. Por esta razón, asumimos estas cifras como un desafío y, sobre todo, como una oportunidad para servir de mejor manera a la humanidad en su búsqueda de plenitud y trascendencia. Esperanza que se fundamenta sobre todo, no en la realidad sociológica de las instituciones, sino en la fuerza del Resucitado que es capaz de transformarlo todo y de “hacer nuevas todas las cosas” (Apocalipsis 21, 5).

Seguramente, más allá de los datos que se nos presentan en las encuestas, hay una afirmación del Documento de Aparecida (n. 12) que es más contundente que cualquier análisis profesional o que las respuestas a preguntas acerca de la institución eclesial:

No resistiría a los embates del tiempo una fe católica reducida a bagaje, a elenco de algunas normas y prohibiciones, a prácticas de devoción fragmentadas, a adhesiones selectivas y parciales de las verdades de la fe, a una participación ocasional en algunos sacramentos, a la repetición de principios doctrinales, a moralismos blandos o crispados que no convierten la vida de los bautizados. Nuestra mayor amenaza ‘es el gris pragmatismo de la vida cotidiana de la Iglesia en el cual aparentemente todo procede con normalidad, pero en realidad la fe se va desgastando y degenerando en mezquindad’ (Joseph Ratzinger, México 1996). A todos nos toca recomenzar desde Cristo, reconociendo que ‘no se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva’ (Benedicto XVI, encíclica *Deus Caritas est*, 1).

Estamos en un seminario para analizar los resultados de la Encuesta Bicentenario. Todos los aquí presentes

4 Cfr. Documento de Aparecida, 366- 369.

somos de una generación nacida en el siglo pasado. La providencia de Dios, para quienes somos creyentes, nos dice que también esa providencia nos permite ser testigos del inicio del Tercer Milenio Cristiano. No pretendo rebajar el nivel de esta reunión académica, pero me permito decir lo siguiente. Si un relator de fútbol decía antaño: “Esto se acaba, señores”, los cristianos católicos decimos: “Esto comienza señores”. La misión de evangelizar es una apropiación del mismo hijo de Dios. Así lo relata un escrito del siglo I, de un autor llamado Mateo, que escribe en un género literario inédito en aquella época, es decir, Evangelio:

(...) los once discípulos marcharon a Galilea, al monte que Jesús les había indicado. Y al verle le adoraron; algunos, sin embargo, dudaron. Jesús se acercó a ellos y les habló así: Me ha sido dado todo poder en el cielo y en la tierra. Vayan, pues, y hagan discípulos a todas las gentes bautizándolas en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de los tiempos (Mt 28, 16-20)⁵.

He aquí nuestra responsabilidad en los inicios del Tercer Milenio Cristiano: ser fieles al mandato evangelizador de Cristo Resucitado, hacer fructificar la herencia de la fe recibida a lo largo de siglos, y compartirla hoy “por desborde de gratitud y alegría” y con coherencia de vida.

⁵ El Papa Juan Pablo II, con ocasión de la preparación del Jubileo del Año Santo 2000, en su Carta Apostólica “Tertio Millennio Adveniente” (10 de noviembre de 1994), señaló: “En el cristianismo, el tiempo tiene una importancia fundamental. Dentro de su dimensión se crea el mundo, en su interior se desarrolla la historia de la salvación, que tiene su culmen en la plenitud de los tiempos de la Encarnación y su término en el retorno glorioso del Hijo de Dios al final de los tiempos. En Jesucristo, Verbo encarnado, el tiempo llega a ser una dimensión de Dios, que en sí mismo es eterno. Con la venida de Cristo se inician los ‘últimos tiempos’ (cfr. Hb 1, 2), la ‘última hora’ (cfr. 1 Jn 2, 18), se inicia el tiempo de la Iglesia que durará hasta la Parusía” (n. 10).

Chile y sus relaciones vecinales

JUAN EMILIO CHEYRE¹

Director del Centro de Estudios Internacionales UC

Introducción

La Encuesta Nacional Bicentenario se ha constituido en un importante referente que entrega al país, y fundamentalmente a quienes toman decisiones, información oportuna, útil y completa en relación a las principales variables que conforman la dinámica del quehacer nacional e internacional de Chile.

El análisis de la encuesta 2011 tiene especial relevancia por cuanto, ya celebrado el Bicentenario, nuestros desvelos y sobre todo la capacidad de proyectarnos al futuro deberían orientarse en aquello que constituyó la dinámica del quehacer de nuestro país en los últimos cien años: sentar las bases del actuar que definirá nuestro quehacer en los próximos cien años. Son importantes los cien años pasados, pero resulta vital construir el fundamento de los cien siguientes.

Desde esa perspectiva, es importante el momento en que vivimos. Transversalmente se ha posicionado la idea de que el objetivo de Chile es alcanzar el desarrollo en el 2018. Ello exige construir una estrategia con profunda legitimidad societaria y que cubra los múltiples aspectos que implican desafíos en asuntos económicos, políticos, sociales, educacionales, culturales, productivos y también en el ámbito internacional.

Es esta última dimensión la que convoca el panel en que nos encontramos. La Encuesta Bicentenario tiene el mérito de tratar la temática de los asuntos internacionales, lo que en nuestro país lamentablemente es poco frecuente.

En el proyecto país al que he aludido, nuestra política

exterior no solamente es responsabilidad del Estado, sino que también del sector privado, las ONG y múltiples instancias, lo cual hace necesario ampliar la mirada hacia lo que hoy se denomina la “diplomacia pública”. Allí, los Estados interactúan con otros actores, y la agenda de lo internacional ya no solamente cubre los tradicionales ámbitos de la diplomacia y la seguridad, sino que aborda temáticas diversas.

Por lo expuesto, esta encuesta es importante. Se entrega en un momento donde los diferentes actores comprometidos en definir el futuro de Chile requieren información concreta, normalmente inexistente en estos temas. Ello cooperará para delinear una estrategia que resuelva aspectos donde existen déficits que pueden afectar el logro del objetivo al que aspiramos. Es por ello que el análisis que compartiremos enfatizará esas dimensiones.

Bases que nos entrega la Encuesta Bicentenario

El tema internacional en la encuesta se circunscribe a preguntas referidas a los migrantes y a opiniones con respecto a la situación vecinal, limitadas solamente a Perú y Bolivia. El espacio en que estas interrogantes aparecen es en el acápite “Nación”, donde también se plantean preguntas relacionadas a la percepción de los chilenos con respecto al origen étnico y al vínculo con los mapuches.

Las preguntas con referencia a lo internacional alcanzan el 8% del total, lo que, siendo un avance en un país poco acostumbrado a medir esta variable, se estima como insuficiente, dada la importancia de este aspecto en el logro de nuestra meta como país, lo que es muy

¹ Doctor en Ciencia Política y Sociología por la Universidad Complutense de Madrid, magíster en Planificación y Gestión Estratégica, magíster en Ciencia Política con mención en RR.II. Comandante en Jefe del Ejército de Chile 2002-2006.

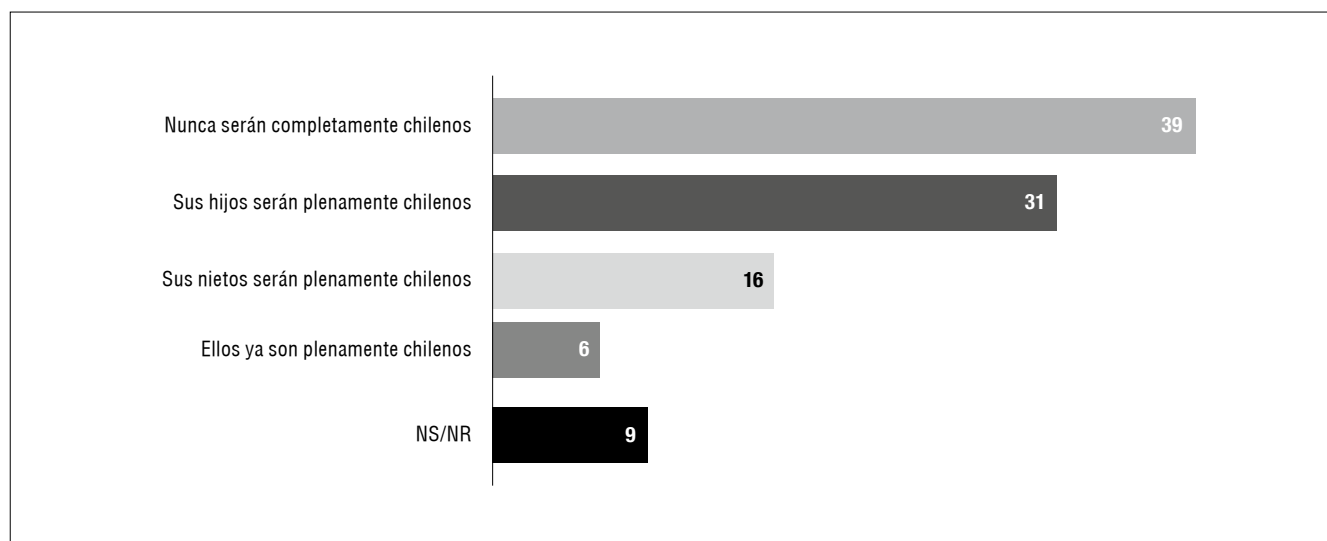
dependiente de nuestro vínculo con el mundo, la región y nuestros vecinos.

Es destacable el interés por el tema migrantes, un asunto que ya ha cobrado importancia en un Chile donde cada día existirá mayor presencia de extranjeros dadas dos razones. Por un lado, la búsqueda de mejores oportunidades en nuestro país y, por otro, la presencia de sectores productivos, como la agricultura, donde el déficit de mano de obra ha sido cifrado en 24% en esta temporada de verano. Lo anterior exige una ponderación de la forma de enfrentar un tema donde nuestra le-

gislación presenta carencias que, por una parte, regulen la entrada y permanencia de migrantes en el territorio y, por otra, les brinden adecuados niveles de vida que respeten su dignidad.

Al respecto, tres son las preguntas relacionadas con este tema. La primera (detallada en la figura N° 1) estipula: “¿Cuánto cree que se demorarán en ser plenamente chilenos los inmigrantes peruanos y bolivianos?” La respuesta es que el 39% estima que nunca lo serán; el 31% establece que sus hijos serán plenamente chilenos, y el 16% que lo serán sus nietos.

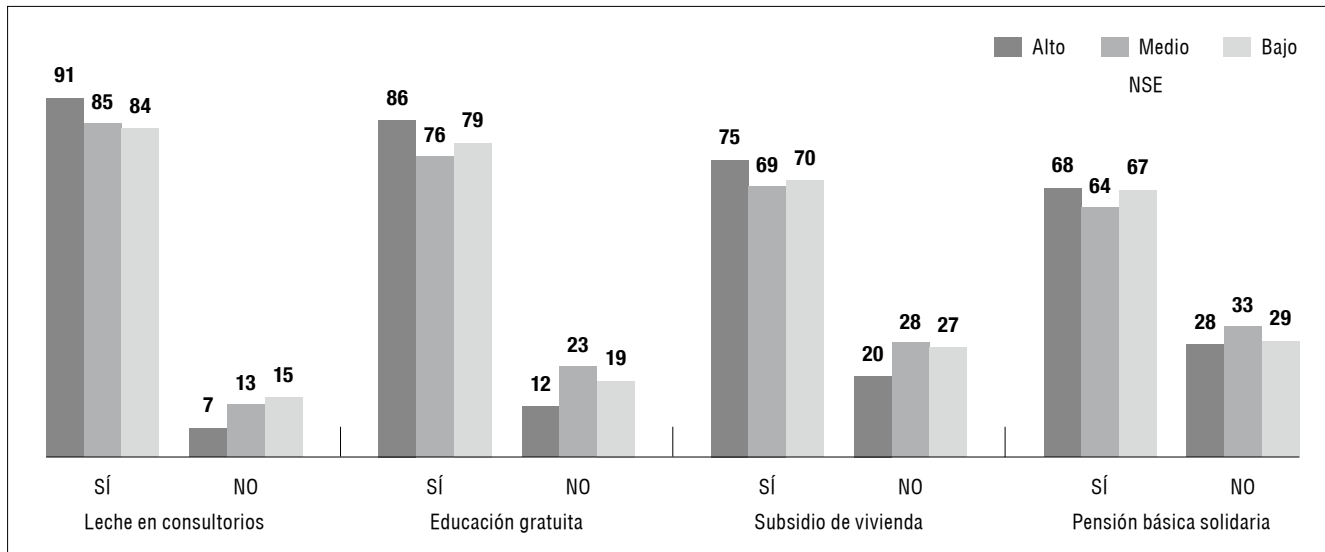
Gráfico 1 | ¿Cuánto cree que se demorarán en ser plenamente chilenos los inmigrantes peruanos y bolivianos? (%)



La segunda pregunta, detallada en el gráfico N° 2, dice: “Pensando en los migrantes legales peruanos y bolivianos. ¿Cree que deberían tener derechos a estos beneficios?”. Las respuestas se estratifican por nivel socioeconómico alto, medio y bajo. El nivel alto tiende a ser más proclive a otorgar los beneficios, pero sin grandes dife-

rencias con el bajo y el medio, que es el de mayor reticencia. Al respecto, el derecho a otorgar leche fluctúa entre el 91% y el 84%; el de educación gratuita, entre el 86% y el 76%; el de subsidio a la vivienda, entre el 75% al 69%, y el de pensión básica solidaria, entre un 68% y un 64%.

Gráfico 2 | Pensando en los inmigrantes legales peruanos y bolivianos, ¿cree que deberían tener derecho a estos beneficios? (%)

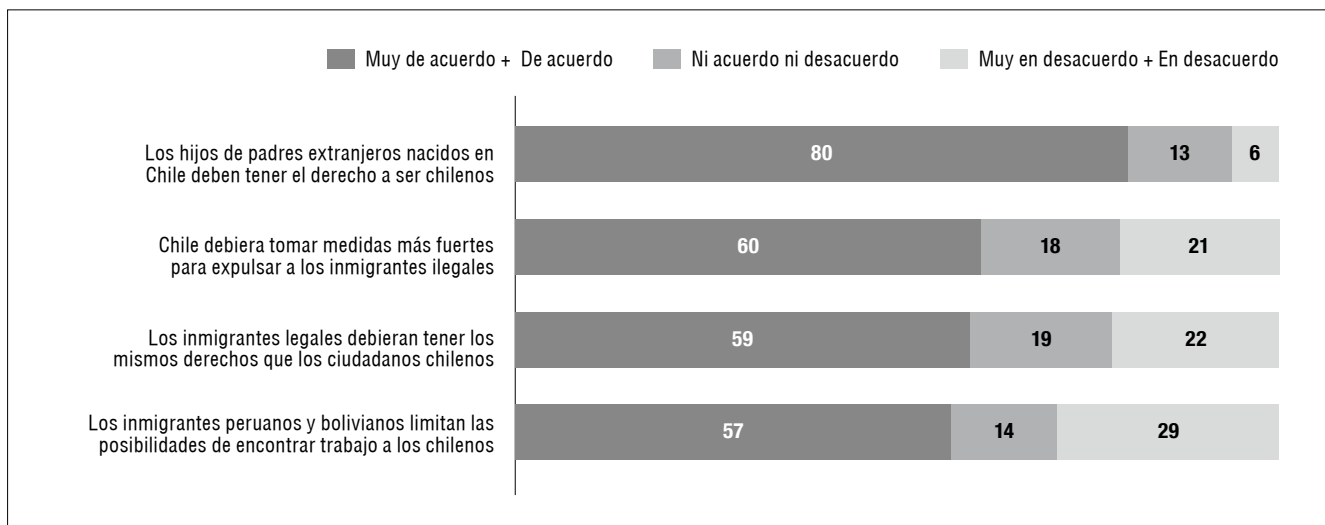


La diferencia para completar 100% corresponde a la categoría "No sabe/No responde".

La tercera pregunta se grafica en la figura N° 3 y está referida a afirmaciones que buscan establecer una escala en el rango desde "Muy de acuerdo" hasta "En desacuerdo". Los temas apuntan al derecho de ser chilenos de los hijos de padres extranjeros, donde el 80% está de acuerdo, y nuevamente a asuntos vinculados a los inmigrantes. En este caso, se relacionan con tomar medidas

más fuertes para expulsar a los inmigrantes ilegales, lo que el 60% de los encuestados respalda. En cuanto a que los inmigrantes tengan los mismos derechos que los ciudadanos chilenos, esta visión es compartida por el 59% de la población, aunque el 57% estima que los inmigrantes peruanos y bolivianos limitan las posibilidades de encontrar trabajo a nuestros connacionales.

Gráfico 3 | ¿Qué tan de acuerdo está usted con las siguientes afirmaciones? (%)

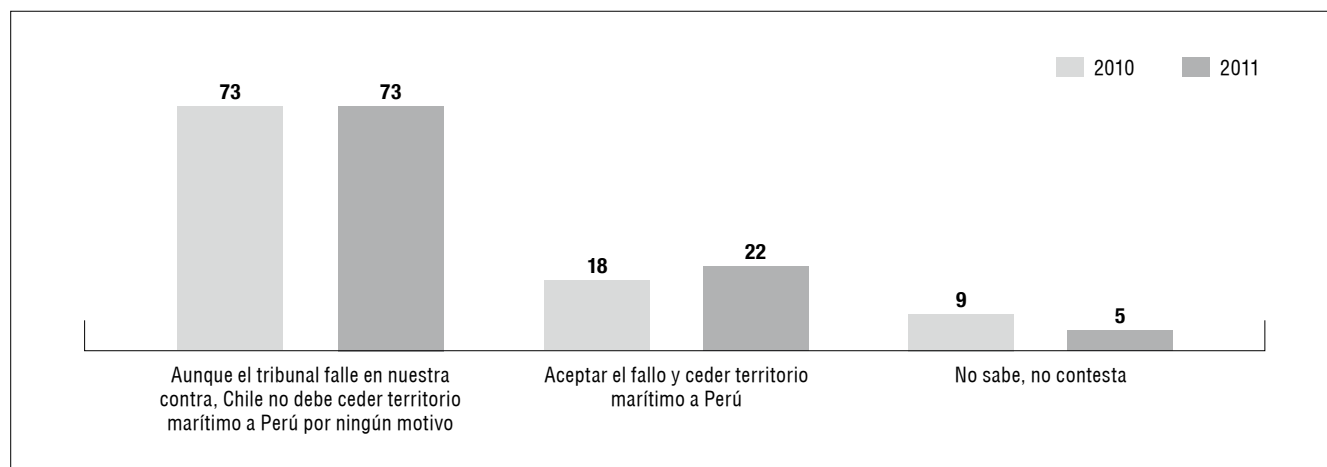


La diferencia para completar 100% corresponde a la categoría "No sabe/No responde".

La encuesta, al igual que en 2010, vuelve a tratar el tema del conflicto limítrofe entre Chile y Perú y pregunta, conforme a la figura N° 4: “Suponiendo que el tribunal fallara a favor

de Perú, ¿qué cree que debería hacer Chile?”. Aquí, el 73% piensa que “aunque el tribunal falle en nuestra contra, Chile no debe ceder territorio marítimo a Perú por ningún motivo”.

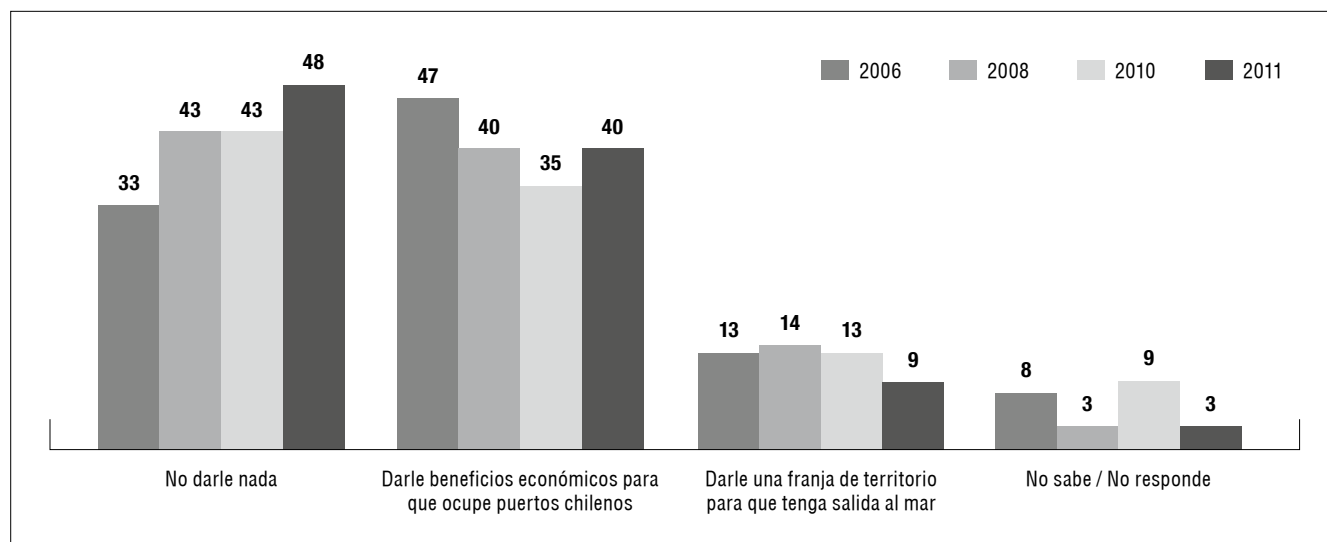
Gráfico 4 | Actualmente un tribunal internacional está decidiendo sobre eventuales conflictos limítrofes entre Chile y Perú. Suponiendo que el tribunal fallara a favor de Perú, ¿qué cree que debería hacer Chile? (%)



La última pregunta se refiere a la opinión sobre lo que debería hacer Chile en relación a la solicitud de Bolivia de una salida al mar, como se detalla en el gráfico n° 5. Las respuestas marcan una clara tendencia a no darle

nada (que sube desde el 33% en 2006 hasta el 48% en 2011). En tanto, la opinión de darle una franja de territorio para que tenga salida al mar cae desde un máximo de 14% en 2008 al mínimo de 9% en 2011.

Gráfico 5 | El gobierno de Bolivia ha solicitado a Chile una salida al mar. ¿Qué cree usted que Chile debería hacer? (%)



Una mirada a los resultados de la Encuesta Bicentenario

Conocidos los antecedentes que nos entrega la encuesta, el análisis que efectuaré se orientará a lo siguiente:

- Dar un valor interpretativo a fin de invitar a ampliarlo, ya que sin duda es posible identificar muchas tendencias donde solo el tiempo me permite reseñar las que a mi juicio son más relevantes.
- Esbozar algunas razones que me parece permiten comprender las respuestas que han entregado los chilenos a las preguntas que se les han efectuado.
- Partiendo de lo anterior, creo que es de igual importancia identificar aspectos de nuestra relación vecinal que no se encuentran explicados en esta encuesta, la que lógicamente no puede abarcar todo.

Valor interpretativo a los resultados

Estimo que, independiente de las preguntas que se formulan, el resultado nos da cuenta de una amplia mayoría de compatriotas a quienes les resulta difícil percibir que Chile requiere construir relaciones de mayor integración con los vecinos, y creo, aunque la encuesta no lo trata, que ello se proyecta más allá, abarcando una tendencia del mismo tipo en el ámbito de lo regional y mundial.

Las respuestas a las preguntas que he sintetizado expresan una tendencia como la descrita. Ello es posible unirlo a otros instrumentos de medición, como el de Adimark en 2006 y 2007, que calificaba las relaciones con Perú como regulares en 44%; malas, en 44% y buenas solo el 8%; y con Argentina de regulares en 52%, malas en 19% y buenas en 29%. Indudablemente esto trasunta una relación vecinal percibida como compleja, difícil, con signos de antagonismo, donde es difícil encontrar espacios propios de buenos vínculos.

Sin duda, hay un énfasis en un enfoque de carácter negativo donde, más allá de los números, es posible identificar la presencia de una desconfianza hacia “el otro”. Aquello que se observa en Chile, si uno lo compara con instrumentos de medición de percepciones de nuestros vecinos hacia nosotros, nos lleva a establecer que la desconfianza tiene un carácter recíproco. Este aspecto adquiere la máxima relevancia, ya que esta variable hoy día es fundamental en la arquitectura del sistema internacional donde los vínculos entre Estados y también los emprendimientos a nivel de empresas, grupos humanos o personas se hacen posibles si existe un basamento que está directamente vinculado con la confianza.

Acabamos de presentar en el Centro de Estudios Internacionales UC el libro “América Latina y El Caribe: Confianza, ¿un bien escaso?”, donde se considera que esta constituye un elemento básico y resulta clave para construir el camino hacia el desarrollo, consolidar los procesos de paz y articular proyectos que se orienten al bienestar en una región del mundo donde persisten situaciones de pobreza e inequidad.

A la luz de lo que nos muestra la encuesta, creo que también es posible observar una tendencia que se mantiene en el tiempo y, en algunos casos, profundiza las señales antes descritas. Al compararla con otros sondeos que se vinculan con mediciones de carácter similar, se puede establecer que se avanza poco en concretar aspiraciones y declaraciones que llamen a construir procesos de integración. Esto exige partir de una visión de esa naturaleza contraria a lo que se percibe en las respuestas y tener al mismo tiempo un vínculo de confianza en el caso que analizamos con los vecinos. En este sentido, el paso del tiempo radicaliza la posición, como se expresa claramente en la actitud de Chile en relación a la solicitud de Bolivia de una salida al mar y en la mantención del alto nivel de rechazo a la aceptación de un fallo negativo en La Haya que implique cesión de territorio marítimo al Perú.

Aquí surge una sostenida visión con signos de antagonismo que, sin duda, tiene dos vertientes: la primera de ellas, ubicada en acontecimientos de fines del siglo XIX que curiosamente persisten, pese a que nos encontramos en el siglo XXI, y, por otra, conductas puntuales que en el caso de Perú y Bolivia, los han llevado a demandas que cuestionan los tratados vigentes.

La encuesta muestra una disociación entre las múltiples medidas de confianza que se han desarrollado a lo largo del siglo XX e inicios del siglo XXI a través de las iniciativas de integración que se han impulsado en el cono sur, y los dos hechos fundamentales que generan desconfianza y que han signado la relación vecinal con Perú y Bolivia en el siglo que se inicia: la unilateral demanda peruana en La Haya y la aspiración boliviana de una salida al mar. Esta última, acompañada de un planteamiento que se aleja del espíritu de la búsqueda de fórmulas viables, para transitar, por parte del gobierno boliviano, cada día con mayor fuerza hacia la pretensión de multilateralizar el tema y, más aún, construir un caso para presentarlo ante un tribunal internacional.

Ambos hechos conforman una realidad que conduce a que la balanza se incline más hacia las medidas de desconfianza o de retroceso en la integración, que a los múl-

tiples y variados acuerdos positivos como son, entre otros, el hecho de que Chile tuviera en 2010 al Perú como principal destino de su inversión extranjera directa, y la reforzada agenda de facilidades que se han concretado hacia Bolivia, entre las que destacan el uso del puerto de Iquique, la reparación del ferrocarril Arica-La Paz y una amplia gama de medidas que llevan a que la XV y la I región trabajen para facilitar el intercambio comercial desde y hacia Bolivia.

Razones del contexto de las respuestas

Identificado aquello que con mayor fuerza es posible observar en los resultados de la Encuesta Bicentenario, resulta interesante explorar en lo que permitiría explicar lo que no siempre puede aparecer como lo más lógico. Solo a modo de ejemplo, resulta extraño que en un país respetuoso del derecho internacional y que sufrió el efecto de una decisión como la que efectuó Argentina al rechazar el Laudo de Su Majestad Británica en relación al Canal de Beagle, se observe una tendencia mayoritaria a cuestionar el futuro fallo de la corte internacional de justicia en el diferendo con Perú. Sin embargo, en esta y otras respuestas pueden encontrarse ciertas circunstancias que permiten comprender, más que concordar, con los resultados que se han expuesto.

En la mirada que se describió y la relación con el tipo de problema que se observa es posible detectar razones, como por ejemplo, la última reseñada, que se vincula con el actuar de los gobiernos de Perú y Bolivia a que se hizo mención. Sin embargo, hay otras que merecen ser tratadas por separado de los hechos.

En Chile existe una mayoritaria falta de cultura y conocimiento de la temática internacional, no solamente en cuanto a los hechos que constituyen la dinámica de estos procesos. También se observa que la mayoría y que la élite no cuentan con un conocimiento de las características que adquiere el sistema internacional actual y de las normas que rigen el orden internacional. Por lo antes expuesto, a un país donde estos asuntos no constituyen tema, no se le puede pedir un grado de opinión fundada, por ejemplo, en relación a la obligatoriedad que exige el cumplimiento de un fallo de una corte a cuyo juicio se ha aceptado concurrir.

La misma carencia de información relevante existe en el conocimiento que se tiene de la amplia gama de acuerdos que ya se han suscrito y cumplido en beneficio de Bolivia. Estos, ante la opinión pública, pueden aparecer

como concesiones producto de la buena voluntad, en circunstancias que lo primero que debe observarse es que obedecen al cumplimiento de los tratados, un principio fundamental de nuestra política exterior. En síntesis, estimo que el bajo índice de conocimiento de la temática internacional lleva a nuestros conciudadanos a emitir opiniones que no siempre se condicen con los ejes rectores de nuestra política exterior o con los intereses del país.

Se agrega a lo anterior, en relación a los tres temas que trata la encuesta (La Haya, concesiones a Bolivia y migrantes) un sentimiento mayoritario de lo mucho que ha costado al país y a sus ciudadanos obtener el nivel de desarrollo que ostentamos, junto a una profunda convicción de que nuestros límites obedecen a acuerdos que nos otorgan plena soberanía sobre un territorio donde los derechos de Chile son incuestionables.

Una visión de esa naturaleza, amparada, por una parte, en el derecho internacional y, por otra, en la historia del esfuerzo que ha significado al país tener un nivel de actividad que brinda oportunidades para emprender y trabajar, sin duda tiende a proteger en forma bastante absoluta aquello que no se está dispuesto a compartir. Esto último, en el sentido de la encuesta, es ceder espacio marítimo a Perú, entregar territorios a Bolivia o darle facilidades a migrantes que reducirían las opciones laborales de una población que aún tiene necesidades de desarrollo.

Independiente de lo expuesto, estimo que en Chile existe una visión de contenido nacionalista que hace explicable resultados como los conocidos en la encuesta. Tal vez algunos elementos que permiten comprender esta mirada son nuestra posición geográfica, que nos sitúa como un archipiélago geopolítico, nuestra historia con herencia de una capitania general alejada de los centros de poder y con recursos escasos, y una trayectoria militar de triunfos en la guerra que no han sido suficientes para construir las bases de una paz donde las heridas del ayer no afecten la relación actual.

En directa relación con la visión nacionalista resaltada, creo que en una mayoría ciudadana, pero también en sectores de tomadores de decisión en asuntos políticos, económicos o de otra naturaleza en Chile, se dificulta la identificación de los beneficios que traen los procesos de integración, ya que los éxitos que podemos exhibir en términos de crecimiento y desarrollo más bien se vinculan con nuestra proyección hacia zonas alejadas, como el Asia Pacífico, Estados Unidos o la Unión Europea.

Una mirada de esa naturaleza tiene directa relación con

el benéfico resultado que ha tenido el exitoso proceso de acuerdos de tratados de libre comercio que nos ha vinculado con el 82% de las economías del mundo. Esto a muchos los hace pensar que en el corto y mediano plazo deberíamos seguir apostando por una relación de esa naturaleza, pero allí surge la contradicción, en el sentido de que no se ha sido capaz de posicionar la idea de que hacerlo es más fructífero si ello parte por incluir a los vecinos y a la región.

De lograr configurarse una visión de ese tipo en Chile, pero también en los países vecinos, sin duda nuestras relaciones y las de ellos adquirirían un mejor nivel, aprovechándose complementariedades que no hacen antagónica nuestra proyección al mundo con una fuerte vinculación vecinal y regional.

Identificación de variables que la muestra no considera

Sin duda, en una encuesta como la que analizamos, existen múltiples demandas y cada uno en el ámbito de su quehacer desearía que un instrumento de tanto valor abordara el máximo de temas, lo que es imposible. Sin embargo, identificar para esta u otras encuestas interrogantes que permitirían comprender mejor la relación de Chile en diferentes ámbitos me parece relevante, ya que obtener información de esta naturaleza nos ayudaría en el proceso de definir una estrategia para alcanzar un desarrollo pleno.

Al respecto, me parecen vitales los siguientes asuntos:

- Es utópico abordar el tema vecinal y, más aún, proyectar el comportamiento de Chile en el escenario internacional sin considerar a Argentina. Este país es un socio natural con el cual debemos consolidar la relación de paz ya lograda. Además, nos hace factible transitar hacia una integración o asociatividad la cual permite complementarnos, aprovechando ellos nuestra posición geográfica y geopolítica para proyectarse al Asia Pacífico desde nuestro territorio. A su vez, Chile, que es una economía con población y recursos acotados, se vería ampliamente beneficiado de una integración económica con una potencia del nivel de Argentina.
- En las preguntas que se formulan en relación a Perú y Bolivia, el énfasis se encuentra en temas que nos dividen. Sin embargo, sería muy interesante buscar la identificación de variables que nos unen, donde las percepciones que pudiéramos conocer permitirían transitar hacia la definición de políticas de Estado o de interacciones a nivel del sector privado posibles de realizar.
- Se ha resaltado la necesidad de nuestro país de ge-

nerar una mayor complementación con el Cono Sur y América Latina. Resulta vital, entonces, identificar las variables que permitan comprender la visión de nuestros conciudadanos con respecto a esta materia. Son especialmente relevantes los vínculos con Brasil, México, los países del Pacífico, y la zona del Caribe y Centroamérica, la que puede ser visualizada como un área de proyección en el apoyo que nuestro país pueda brindar a Estados que presenten necesidades en aspectos en los que nosotros tenemos fortalezas.

- Habida consideración de nuestra amplia red de acuerdos comerciales con el mundo, pareciera necesario transitar desde la exitosa firma de los tratados hacia una mejor implementación de los mismos. Para ello, interrogantes sobre el comportamiento y las experiencias que se han obtenido en la fase ya vivida, ayudarían a la mejor proyección internacional de Chile.

Conclusión

La Encuesta Nacional Bicentenario, en su parte referida a Nación, nos entrega importantes antecedentes vinculados a la visión de Chile y sus vecinos. Mayor relevancia adquiere haber considerado interrogantes como las que hemos analizado en nuestro país, que enfrenta los primeros años después de su Bicentenario y cuyo posicionamiento en lo internacional resulta clave en la obtención de la meta de llegar a ser un país desarrollado en los primeros veinte años de este siglo.

Hemos buscado dar una mirada interpretativa a la encuesta, exponiendo no solamente las preguntas y sus resultados, sino que buscando una explicación en relación a las razones que pueden haber generado respuestas como las conocidas y mostrando también ciertas tendencias vinculantes con las interrogantes y su contenido. Nos ha parecido necesario hacerlo, ya que una primera mirada puede llevar a interpretaciones de carácter absoluto, en circunstancias que lo limitado de las preguntas y las consideraciones que he tratado de resaltar permiten establecer que esta encuesta aborda temas muy puntuales y vinculados a factores complejos de nuestra relación vecinal. De allí que pareciera necesario ampliar las preguntas y revisar su formulación, a fin de asegurar una mayor amplitud en la mirada y no solamente circunscribirla a aspectos de contenido que enfatizan las visiones contrapuestas.

En tal sentido, la encuesta tiene el mérito de tocar temas de alta sensibilidad en nuestra política exterior, con di-

recto efecto en la sociedad que no es indiferente a cada uno de los asuntos que se abordan. Pienso que surge la necesidad de mejorar el nivel de comprensión de nuestros conciudadanos sobre asuntos complejos como los reseñados, donde un mayor conocimiento de las características de los mismos y también del actuar por parte de las autoridades responsables de la política exterior, ayudarían a generar una opinión con un basamento más sólido que la mera percepción influenciada por circunstancias como las que he buscado explicitar.

Nuestro país está llamado a tejer una red de vínculos internacionales que partan, tanto de una fuerte y profunda buena relación vecinal, como de un posicionamiento en la región capaz de hacernos más fuertes en la proyección hacia lejanos horizontes de Norteamérica, Europa y el Asia Pacífico. Todo esto a través de un proceso de integración que requiere construirse sobre confianzas recíprocas que hoy no existen con el grado de desarrollo que necesitamos.

Un proyecto de esta naturaleza no solamente resulta conveniente a nuestros intereses, sino que también se inscribe en aquellos beneficios recíprocos donde ganarán nuestros socios y ganaremos nosotros. Trabajos como la Encuesta Bicentenario constituyen una necesidad absoluta para que los tomadores de decisión del mundo público y privado tengan antecedentes fidedignos en un mundo donde resulta vital generar certezas, dados los escenarios donde la incertidumbre constituye una tónica del sistema internacional actual.

El conocimiento que surge en centros de estudio como la Pontificia Universidad Católica de Chile, sin duda puede cooperar junto a instancias del Estado, el sector privado e instituciones de tanta experiencia como Adimark, a construir herramientas que contribuyan a identificar las barreras que debemos derribar y las fortalezas que estamos en condiciones de aprovechar para fomentar el proceso de integración de Chile con sus vecinos, con la región y el mundo. Hoy más que nunca, esto resulta un imperativo para alcanzar la meta que nos permitirá brindar a todos nuestros conciudadanos condiciones de vida dignas y justas.

Comentario

EUGENIO TUMA

Senador de la República

Las personas y las sociedades somos tanto nos vemos a nosotros mismos y cuanto nos perciben los demás. Por eso, al momento de reflexionar sobre el alma de Chile es clave incorporar la visión de nuestros vecinos, de los migrantes y, por cierto, de la diversidad racial y cultural que habita en el país. En este sentido, comparto la observación en torno a la baja presencia que estos temas tienen en la encuesta, cuyas preguntas no superan el 8%.

En la relación con los países vecinos, los procesos migratorios impactan y forman parte de la construcción de la identidad nacional. La aceptación de la diversidad cultural y social en nuestra institucionalidad es un desafío permanente.

Las élites en Chile han situado la homogeneidad social, cultural y territorial como un valor constitutivo de la identidad nacional y del Estado. A estas alturas, queda claro que esto es una ficción académica, una visión que resta valor a la diversidad y riqueza cultural, social y territorial del país. Por eso, al mirarnos en los ojos de nuestros vecinos y explicitar nuestra percepción sobre la incorporación de los migrantes, damos cuenta de gran parte de los valores que rigen nuestra convivencia social.

Por otro lado, la política internacional es cada día más una materia de opinión pública. Fruto del proceso de globalización y de la agudización de los conflictos con nuestros vecinos del norte, estos asuntos están más presentes en la agenda pública y han salido de los círculos de las élites ilustradas de diplomáticos, militares, políticos y académicos, quienes constituían una comunidad cerrada en la discusión de los temas vecinales.

En los últimos diez años, fruto del proceso de internacionalización de nuestra economía, aumentan los flu-

jos migratorios hacia Chile, se agudizan situaciones de conflictos históricos con nuestros vecinos del norte y la opinión pública comienza a interesarse por la forma en que se conducen las relaciones internacionales del país.

Los medios de comunicación social, especialmente la prensa escrita y la televisión, ubican los temas de política internacional vecinal en las secciones dedicadas a la política interna o doméstica, y nuestras autoridades gubernamentales, y también los parlamentarios, comenzamos a ser evaluados por la forma en que abordamos estos asuntos.

Al analizar la encuesta, me parece importante distinguir dos tópicos, uno referido a la inmigración peruana y boliviana hacia Chile, y otro respecto a las situaciones de conflicto con los países vecinos.

Respecto a sus resultados, lo primero que llama la atención es el escaso nivel de respuestas neutras, esto es, “No sabe o no responde”, que oscila entre el 9% en la pregunta “¿Cuánto cree que se demorarán en ser completamente chilenos los migrantes peruanos y bolivianos?”, y el 3% en la consulta sobre qué debe hacer Chile en relación a la pretensión de salida al mar de Bolivia. Esto demuestra que respecto a los asuntos consultados existe una opinión formada y que no se trata de temas indiferentes para la ciudadanía.

A la hora de revisar nuestra visión y relación con los procesos migratorios, sería interesante incluir otros grupos de migrantes, como argentinos, colombianos y dominicanos, cuya presencia en el país es cada vez mayor. Además, en nuestras relaciones vecinales es clave integrar a Argentina: se trata de un actor relevante respecto a la extensión de nuestra frontera, intercambio comercial, flujo de turistas y procesos migratorios, especialmente en el sur del país.

Frente a la consulta sobre cuándo serán completamente chilenos los bolivianos y peruanos que emigran hacia Chile, el 39% sostiene que nunca, el 31 % dice que sus

hijos serán chilenos, el 16% que sus nietos lo serán, y el 6% que ellos ya son chilenos. En este punto, resulta llamativo observar que el 47% de los encuestados acepta que en las próximas generaciones se desarrollará un proceso de integración con este grupo de migrantes. Sería interesante comparar la respuesta respecto a otras nacionalidades; lo digo porque me parece que en el tema de las migraciones andinas está presente la relación de nuestra sociedad con los pueblos indígenas, situación más que compleja, puesto que con nuestro vecino interno –el pueblo mapuche– tenemos un situación pendiente por más de 200 años.

Coincido con los historiadores que prefieren entender la migración peruana y boliviana en Chile como parte de un proceso mucho más antiguo y complejo de migraciones del hombre andino a través de la región sudamericana, que viene de tiempos precolombinos y que hoy en día es mediada por la realidad de la constitución de nuestros jóvenes estados nacionales.

En cuanto a las situaciones de conflicto con Perú y Bolivia

Sin duda que las respuestas dadas por los encuestados reflejan el ambiente que se ha ido construyendo en estos últimos años en relación a la pretensión peruana de una nueva delimitación marítima presentada ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya y a la antigua pretensión boliviana de poner término a su mediterraneidad.

En el primer caso, a la presentación de la demanda en el Tribunal de la Haya, que fue calificado por nuestras autoridades como un acto inamistoso, y el consiguiente enfriamiento de las relaciones políticas durante la administración de la Presidenta Bachelet, se agregan las consecuencias de un meditado trabajo del ex Presidente Alan García para agudizar el conflicto vecinal hasta el extremo de reaccionar frente a un supuesto caso de espionaje, con expresiones destempladas hacia la Jefa de Estado chilena y el país. A lo anterior se suman las expresiones del ex comandante general del ejército peruano Edwin Donayre.

Dichas expresiones contribuyeron a crear un clima de crispación social que se traduce en respuestas tan insólitas como el hecho de que el 73% de los encuestados diga que se debe desconocer un fallo favorable a Perú, cuestión que obviamente para Chile, país respetuoso del orden internacional, es una hipótesis absolutamente descartada, salvo para algunos radicales nacionalistas.

En el caso de Bolivia, el mayoritario 48% que se pronuncia por “No darle nada” a ese país, en relación a sus pretensiones de salida al mar, demuestra el fuerte efecto que han tenido sobre la opinión pública chilena los cambios de política de Bolivia y Chile en la materia.

Las continuas declaraciones y acciones del Presidente Evo Morales en orden a tratar de multilateralizar el conflicto, además de iniciar acciones judiciales en La Haya, han minado lo que a mi juicio era una creciente voluntad de la población chilena en orden a considerar como posible y conveniente el poner término a la mediterraneidad boliviana. No dejo de reconocer, en todo caso, que esta reacción es consecuencia de la decisión de este gobierno, que no comparto por cierto, de empantanar el diálogo bilateral en torno a concordar una superación definitiva de este conflicto histórico.

Conclusiones generales

- a) Los chilenos en general, empezando por sus élites, debemos asumir que las oportunidades y amenazas a nuestro proyecto nacional de desarrollo están vinculadas a la relación que configuremos con Perú, Bolivia y Argentina.
- b) Debemos hacer los mayores esfuerzos para concordar democráticamente una nueva forma de relacionarnos con el mundo andino, más allá incluso de la pura relación formal y burocrática entre los estados nacionales. El mundo andino es esa enorme población quechua, aymara y mestiza que hoy es política, económica y culturalmente hegemónica en Perú y Bolivia.
- c) Debemos ser capaces de terminar con nuestra egolatría seudonacionalista que se expresa, en primer lugar, en una actitud de indiferencia sobre lo que pasa con Perú y Bolivia. En Chile, más que animadversión hacia esos países o sus poblaciones, subsiste el desconocimiento. Somos más parecidos que distintos a peruanos y bolivianos. El viejo discurso de la excepcionalidad chilena, fundado en la homogeneidad racial y en la existencia de una clase dirigente con valores patrióticos superiores, fue siempre más un deseo de las élites plasmado en la historiografía liberal del XIX que una realidad. Esa percepción nos condena al conflicto no solo con los países de la subregión, sino que también internamente, como se refleja en la relación entre el Estado de Chile y el pueblo mapuche.
- d) Los vínculos vecinales son permanentes y requieren de una política exterior de largo plazo. Nuestra rela-

ción con Bolivia sigue anclada en el siglo antepasado y sin resolución por parte de la élite política. No podemos construir nuestra política exterior en base a puros intereses económicos. Debemos avanzar hacia una estrategia vecinal que incorpore la complejidad económica, social y cultural y, sobre todo, logre legitimidad en la opinión pública. Nuestra sociedad debe asumir que la extensión infinita de los conflictos vecinales limita la oportunidad de integración de nuestros territorios y de la región andina para asumir los desafíos del nuevo escenario global.

- e) Se deben resolver asuntos legislativos cruciales en los próximos meses, y uno de ellos es la aprobación de un nuevo estatuto de las migraciones. Necesitamos ordenar y formalizar los flujos migratorios, asegurando los derechos humanos de los migrantes y, al mismo tiempo, el orden y la seguridad interior y exterior de la República.
- f) Chile debe realizar serios esfuerzos para facilitar los intercambios académicos y culturales con el mundo andino. Necesitamos que las nuevas generaciones de chilenos, peruanos y bolivianos se reconozcan. Solo el intercambio personal de las realidades nacionales puede derribar los prejuicios. Hubo programas públicos que tenían esta orientación especialmente en becas de postgrado para estudiantes sudamericanos que deberíamos fortalecer y focalizar en el mundo andino.
- g) Los dirigentes debemos asumir nuestra responsabilidad política en materia vecinal y orientar nuestros esfuerzos a construir una relación de largo plazo y evitar situaciones que terminan escalando en conflictos diplomáticos de mayor envergadura. Es conveniente eliminar la retórica que pretende interpretar cualquier acción o declaración de nuestros vecinos en el puro deseo de revancha por las derrotas del pasado o en la necesidad coyuntural de sus dirigentes de alimentar un mercado político interno que consume antichilenismo.

Prudencia, responsabilidad y creatividad, debieran ser los principios rectores de nuestra actuación hacia Perú y Bolivia en los próximos años en que probablemente nos situemos en escenarios más complejos.

- h) Chile debe desplegar sus mayores esfuerzos para avanzar en un modelo de relaciones recíprocamente positivas con Perú y Bolivia. Debemos abandonar las viejas ideas y prejuicios que alimentaban los diseños geopolíticos de finales del siglo XIX y buena parte del XX. La globalización económica, política, jurí-

dica y cultural nos obliga a sentarnos con nuestros vecinos y concordar un nuevo *modus vivendi*. La globalización es esencialmente una forma de organizar el trabajo y el capital a nivel planetario. Tenemos la oportunidad de superar los conflictos históricos y hacer del norte de Chile y del sur andino peruano y del altiplano boliviano un gran polo de desarrollo económico, cuya base sea el libre tránsito de mercancías, la interconexión física y energética entre los países del área y el puente de tránsito de la producción de Perú, Chile, Bolivia, Brasil, Argentina y Paraguay hacia los mercados del Asia Pacífico.

El desarrollo de esta macro área es un desafío superior que ofrece nuevas oportunidades a los países andinos: la implementación de un área de cooperación y desarrollo económico y social es un objetivo que sitúa en un nuevo contexto a las relaciones vecinales y permite repensar los caminos de solución a las controversias históricas.

Comentario

JOSÉ RODRÍGUEZ ELIZONDO

Director del Programa de Relaciones Internacionales de la Facultad de Derecho de la Universidad de Chile

La peligrosa verdad de las encuestas

Midiendo el ser nacional

Como las encuestas miden lo que existe y no lo que debiera existir, su validación tiene relación directa con las percepciones de su público objetivo (*target*): a mayor identificación de este con las respuestas y sus alternativas, mayor excelencia de las preguntas y sus opciones... y viceversa. Por eso, las grandes sorpresas no suelen provenir de las encuestas mismas, sino de su decodificación por los analistas o de su proyección en el espacio-tiempo por cuenta de geopolíticos y futurólogos.

La madre de todas las encuestas chilenas es la que trata de medir la ontología del ser chileno. La que busca respuestas cuantificables al cómo somos en aspectos fundamentales de nuestra existencia: cuánto dura nuestra lactancia, cuán temprano comenzamos a socializar, cuán fuerte (o débil) es nuestra fe religiosa, cuán fuerte (o débil) es nuestra convicción democrática, cuánto amamos (o detestamos) la diversidad y cuánto queremos (o aborrecemos) a nuestros vecinos.

La Encuesta Bicentenario es, precisamente, del tipo ontológico. En cuanto tal, entrega un espejo nacional con poco margen de error (2,2%) y con dos peligros: uno, común a ese tipo de espejos, consiste en identificar *el ser* reflejado con un *deber ser* intangible, que se reproduce en el tiempo con variaciones solo cuantitativas. El otro, específico, es el de soslayar que ese mismo espejo refleja un déficit de cohesión nacional en materias literalmente estratégicas.

Tendencias y retrato robot

Los dos peligros de esta encuesta se sintetizan en la verificación del ensimismamiento chileno y su coartada subliminal de la superioridad intrínseca. Es decir, en lo que más prudentemente se conoce como “excepcionalismo”. Tal verificación supone hipótesis tácitas de trabajo que, al aplicarse a los encuestados, reflejan tendencias matrices. A continuación, las cuatro que (a mi entender) sobresalen:

- Socialización tardía. El 75% opina que se debe amamantar a los hijos más allá de los seis meses. El 19% estira el plazo hasta los dos años y el 7% se apunta a más de dos años. Paralelamente, el 72% desconfía de las salas cuna, pues en ellas los niños se contagian en grupo y no de a uno, como corresponde. Una mayoría similar está contra la educación preescolar o parvularia (75%) y empieza a aceptarla (60%) sólo a partir de los 4 años.
- Posicionamientos políticos hiperbólicos y, por tanto, desprolijos. Así, la relación entre el gobierno y la oposición aparece, para la mayoría de los encuestados (69% a 77%), como un “gran conflicto”. Llamativo tremendismo pues, durante el período de observación (2007-2011) y desde antes, ese “gran conflicto” se expresó en un “gran empate”, sistema binominal mediante. En ese marco, el binomio gobierno-oposición se fundió en una “clase política” que, como refleja la encuesta, viene perdiendo poder de manera acelerada. Ergo, si hoy existe un “gran conflicto”, sería contra la clase política establecida y no entre sus dos componentes básicos.
- Individualismo por desconfianza en los vecinos extranjeros –tema que trataremos aparte– y en las instituciones. Respecto a estas, tienen la convicción de que mejor se está solo que en la mala compañía de las iglesias, los medios de comunicación, el gobierno, los partidos políticos y los parlamentarios, en orden decreciente de confianza. Tácitamente, reflejan una relación inversa entre el potencial del individuo y la pérdida de poder de las instituciones nacionales.

- Optimismo respecto a nuestra vía al desarrollo –con base en la primacía del mercado–, en contraste con cierto pesimismo respecto a la reconciliación política, el ascenso social, la salida de la pobreza y una mejor distribución del ingreso. Esta tendencia contrasta con la percepción nekeynesiana de quienes viven la crisis global de las economías desarrolladas. En esos países parece exigirse la potenciación del rol regulador del Estado y de las políticas públicas que favorezcan la unidad nacional, la integración regional y una mayor equidad.

El retrato-robot del chileno, con soporte en esas tendencias matrices, muestra rasgos más propios del isleño o del montañés, que de miembros de una sociedad compleja, comercialmente cosmopolita y con indicadores macroeconómicos que la proyectan hacia un desarrollo pleno. En efecto, los chilenos de la encuesta serían:

- Maternodependientes, tardolactantes o francamente “mamones”. Aquí estaría el origen genético-cultural de su socialización tardía.
- Católicos “a su manera”, pues su actual desconfianza en la iglesia (católica) dominante tiende a marginarlos de la organización jerárquica de su fe. El 65% cree que esta se puede vivir, “absolutamente”, al margen de las iglesias y el 18% dice que se puede, pero “con dificultades”.
- Políticamente integristas, en cuanto vinculan su credibilidad personal con la mantención de la misma posición durante “toda la vida” (63% a 76% según franjas etáreas).
- Sistémicamente pragmáticos, en cuanto estiman que los partidos políticos son indispensables para gobernar, a despecho de la baja estima que les tienen y sobre todo en momentos de crisis política abierta. El 67% opina así respecto al convulsionado período 1970-73 y el 60% respecto a la coyuntura actual.
- Geográfica y laboralmente sedentarios: prefieren vivir siempre en el mismo lugar (56%) y mantenerse siempre en el mismo trabajo (73%).
- Apegados a sus pertenencias. Las renuevan solo cuando agotan su vida útil (54%), pese a vivir en una sociedad donde se avasalla la privacidad con la promoción multisistema del consumismo.
- Socialmente endogámicos en el NSE más bajo. El 65% prefiere relacionarse solo con gente conocida.
- Algo más sociables en el NSE alto. El 41% está a favor de la “gente nueva” y un 40% en contra.
- Coherentemente impermeables al conocimiento de los no chilenos y, eventualmente, xenofóbicos. Es lo que, con más detalle, analizaremos a continuación.

Internacionalismo egocéntrico

Los chilenos, según el retrato robot que emana de la encuesta, son nacionalistas o, dicho eufemísticamente, “internacionalistas egocéntricos”. Como tales, parecen considerar que el resto del mundo es una referencia abstracta, pues solo visualizan a los extranjeros que los sacan del ensimismamiento (los que “molestan”). Quizás por eso, los encuestadores restringieron su medición sobre temas y actores internacionales a lo estrictamente funcional. Esto es, a los inmigrantes de países vecinos con los cuales Chile tiene conflictos vigentes en materia de soberanía. Léase: Bolivia y Perú.

La selección y tratamiento de esos extranjeros merece dos observaciones metodológicas: primera, la amalgama implícita entre bolivianos y peruanos, como si fueran inmigrantes sin una clara diferenciación nacional. Segunda, la inclusión de “el pueblo mapuche” en el mismo apartado. La hipótesis de trabajo deducible sería que bolivianos, peruanos y mapuches son problemáticamente homologables, en cuanto ajenos a “la nación chilena”. Esto tiene un efecto estratégico disfuncional, pues aparecen unidos por una percepción antagonista de los chilenos y no de ellos mismos.

La amalgama indicada sugiere, *ab initio*, una infravaloración de la diversidad. Es lo que puede apreciarse desde la primera pregunta, alusiva al tiempo que demorarán los inmigrantes bolivianos y peruanos “en ser plenamente chilenos”. Semánticamente, esta pregunta contiene dos supuestos ocultos. Primero, la aceptación de una especie de período de “purificación” para que los inmigrantes se desprendan de su carga extranjera o ancestral. Segundo, la valoración de una chilenidad plena o inmanente, como contrapuesta a una chilenidad sin plenitud o intrascendente. Solo la conjunción de ambos supuestos habilitaría, en los hechos –no importa lo que diga el derecho– para ser miembro real de la nación chilena. Los encuestados, que obviamente no cuestionan dichos supuestos, responden de la siguiente manera: para el 39% esos inmigrantes “nunca serán completamente chilenos”; el 31% acepta que lo serán sus hijos y el 16% se remite a sus nietos. Sólo el 6% sospecha (tácitamente) de la simplicidad de la pregunta, al responder que esos inmigrantes “ya son plenamente chilenos”. Más notable aún, para pregunta tan complicada, sólo el 9% se declara estupefacto (no sabe/no responde).

Junto con el tema metafísico de la plenitud nacional, aparecen dos subtemas terrenales. Uno, el derecho de los inmigrantes legales, peruanos y bolivianos, a los beneficios sociales que brinda Chile. Otro, la competencia entre los chilenos y los inmigrantes peruanos y bolivianos –sin mención de su condición legal– en el mercado laboral. Las respuestas marcan un desfase interesante, aunque oscurecido por esa falta de homogeneidad metodológica. En efecto, se percibe una franca apertura de los encuestados a compartir con los inmigrantes legales los beneficios sociales, en una escala que va del 91% hasta el 67% y un rechazo mayoritario a competir por el empleo con esos inmigrantes, legales o ilegales: el 57% opina que ellos limitan las posibilidades de los chilenos. En un plano más general, tácitamente complementario y sin mención de nacionalidad, el 60% exige “medidas más fuertes para expulsar a los inmigrantes ilegales”.

Política vecinal privada

Interrogados sobre el conflicto marítimo con el Perú, radicado ante la Corte Internacional de Justicia de La Haya, los encuestados se alinean de manera consistente en una posición contraria a la del gobierno. Por dos años seguidos –2010 y 2011– el 73% estima que, aunque el tribunal falle en nuestra contra, “Chile no debe ceder territorio marítimo a Perú por ningún motivo”. Quienes están por “aceptar el fallo y ceder territorio marítimo a Perú”, son solo el 18% para 2010 y subieron al 22% en 2011. Este aumento puede deberse a la coyuntura amistosa abierta por los presidentes Sebastián Piñera y Alan García –a fines del período de este último– y ratificada por el Presidente Ollanta Humala, en cuyo marco se afirmó el compromiso de acatar la sentencia de La Haya.

Respecto a la aspiración de Bolivia de una salida al mar por territorio de Chile, y computando opiniones registradas en 2006, 2008, 2010 y 2011, los encuestados exhiben dos tendencias mayoritarias, fluctuantes entre el 33% y el 48%: una es “no darle nada” y la otra, “darle beneficios económicos para que ocupe puertos chilenos”. Una minoría, oscilante entre el 9% y el 13%, está por “darle una franja de territorio para que tenga salida al mar”. Tales tendencias son marginales a las decisiones políticas del gobierno, aunque sus oscilaciones reflejen los vaivenes y coyunturas de la relación bilateral. Así, la tasa negativa más alta (“no darle nada”) de 48% y la tasa positiva más baja de 9% (cesión de una franja territorial), corresponden a 2011. Fue el año en que el Presidente

Evo Morales rompió unilateralmente el diálogo con Chile, anunciando la judicialización del conflicto y “ambientando” la denuncia del Tratado de 1904.

12. Los dos puntos anteriores dan cuenta de una brecha importante entre la opinión pública chilena y las decisiones de los conductores y ejecutores de la política exterior vecinal. En el caso de Perú, esa brecha es simple y/o unidimensional: los últimos gobiernos de Chile han comparecido a las instancias jurisdiccionales y se han comprometido a respetar el fallo del tribunal de manera incondicionada, pero los encuestados están por desacatarlo si resulta negativo. En el caso de Bolivia, la brecha es compleja y/o multidimensional: el actual gobierno de Chile ofrece el máximo posible de facilidades portuarias y descarta la cesión soberana de franjas territoriales, pero los encuestadores –además de la posición oficial– añaden dos opciones polares: no dar nada a Bolivia o cederle una franja territorial, tácitamente soberana.

Preguntas para complejizar

Parece claro que la imagen del chileno que refleja la encuesta es poco apta para extranjeros. Posiblemente estos la vean como una versión conosureña de ese “*ugly american*” acuñado por los norteamericanos William Lederer y Eugene Burdick en los años 60. Pero, salvo que creamos estólidamente en la política del avestruz, hay que resistir la tentación “patriótica” de escanearla para embellecerla con los recursos del Photoshop. Consistente o no, justa o injusta, esa imagen de “chileno feo” ayuda a entender, por lo menos, el dato principal de la encuesta: el divorcio o desencuentro entre la opinión pública y la política de los gobiernos en aspectos estratégicos de nuestra presencia internacional.

14. Por analogía y extensión, la información de la encuesta incide, además, en todos los temas externos e internos de la nación chilena. Por tanto, solo profundizando en sus componentes tendenciales podríamos construir una cohesión interna eficiente, que sea sustentable extramuros, funcional al desarrollo con paz y seguridad y que refleje aprecio a la diversidad. Naturalmente, se trata de una tarea cultural que supone complejizar los datos de la realidad y no interpretarlos, siempre, desde el excepcionalismo autocoplaciente. Desde esta perspectiva, y “encuestológicamente”, la complejización debe comenzar por las preguntas. Al respecto, las de esta encuesta (y otras similares) se concentran en medir las percepciones emocionales de los encuestados y no sus conocimientos. Estos llegan a apreciarse solo por la

evaluación que hacen los “expertos”. El inconveniente de esta práctica es que, por lo general, el universo del estudio nunca ve cuestionada, *in actum*, su propia base de datos. Como efecto inmediato, la serie de encuestas termina midiendo solo variaciones de temperatura, pero nunca cambios climáticos.

15. Si se enriqueciera la metodología, incluyendo preguntas que afecten, de manera directa, la base gnoseológica, tal vez los encuestados podrían expresar percepciones menos estereotipadas y mostrar mayor sensibilidad a los cambios. Secuencialmente, surgiría la posibilidad de obtener una información más rica y más incentivante para afirmar políticas públicas rectificatorias. Una sugerencia concreta es introducir preguntas que midan, conjuntamente, las reacciones de los encuestados ante los vecinos “molestos” y el nivel de sus conocimientos sobre el origen de las molestias. Así aprenderíamos más sobre la fuerza de sus prejuicios y/o la precariedad de sus conocimientos. Tres ejemplos al respecto: a) No basta con preguntar si se está a favor de ceder una franja territorial ariqueña a Bolivia; esa interrogante debiera complementarse con la de si Chile puede decidirlo sin la anuencia de Perú. b) Relacionadamente, podría medirse el conocimiento de los encuestados sobre la contigüidad territorial Chile-Perú, que inspiró el Protocolo Complementario del Tratado de 1929... ¿Fue una manera eufemística de impedir la interposición de un “Estado tampón”? c) En cuanto a Perú, sería importante dimensionar el conocimiento de los encuestados sobre las razones por las cuales Chile pasó de desconocer la existencia de una controversia jurídica, al compromiso de reconocer el fallo de los jueces de La Haya. d) También debiera medirse el saber de los encuestados sobre los efectos de desconocer un fallo de la Corte Internacional de Justicia.

16. Lo señalado en los puntos anteriores debe interesar a los actores principales de la política exterior chilena. Por su rol, también son responsables de la independencia o confusión de la opinión pública –que refleja la encuesta–, respecto a sus políticas vecinales. Reconocerlo no significa buscar culpables para castigar. Significa investigar para rectificar, en aras de la unidad nacional que requiere cualquier desafío estratégico, sin importar bajo qué gobierno se iniciaron las carencias. A mayor abundamiento, se trata de carencias ya señaladas por los estudiosos –tal vez con demasiada discreción– y parcialmente reconocidas por el actual gobierno, canciller incluido. Para efectos nemotécnicos, incluso podrían sintetizarse en la siguiente pentagonal

crítica de la política exterior vecinal: a) por concesiones al secretismo, no se ha ejercido como una política pública, b) por déficit de iniciativas, no levantó estrategias nacionales ante las pretensiones de los países vecinos, c) por motivos misteriosos, no ha afirmado ni consolidado una coordinación sistémica con Defensa, d) solo por excepción –o *in extremis*– puede considerarse como “de Estado” y e) se expresa a través de una Cancillería con niveles insuficientes de profesionalidad.

Encuesta Nacional Bicentenario Universidad Católica - Adimark 2011

Edición

Marcela Alam e Isabel Castillo

Diseño

Diseño Corporativo UC

Vicerrectoría de Comunicaciones y Educación Continua

Impresión

Salviat Impresores

400 ejemplares



CENTRO DE
**POLÍTICAS
PÚBLICAS UC**

www.politicaspUBLICAS.uc.cl
politicaspUBLICAS@uc.cl

SEDE CASA CENTRAL

Av. Libertador Bernardo O'Higgins 324, piso 3, Santiago.
Teléfono (56-2) 354 6637.

SEDE LO CONTADOR

El Comendador 1916, Providencia.
Teléfono (56-2) 354 5658.

CENTRO DE POLÍTICAS PÚBLICAS UC

- Facultad de Arquitectura, Diseño y Estudios Urbanos • Facultad de Ciencias Económicas y Administrativas
- Facultad de Ciencias Sociales • Facultad de Derecho • Facultad de Educación
- Facultad de Historia, Geografía y Ciencia Política • Facultad de Ingeniería • Facultad de Medicina